Elvio Romero

Días Roturados
Resoles Aridos
Despiertan las fogatas
El sol bajo las raíces
De cara al Corazón
Esta Guitarra Dura

Poesías completas

Tomo I

RP ediciones

ALCÁNDARA

Elvio Romero nació en Yegros, Paraguay, en 1926. En 1946, a raíz de la guerra civil, abandona el país y se radica en la Argentina. Vivió sucesivamente en Brasil, Cuba, Francia, Italia. Viajó por Asia, Oriente medio, Africa, Europa y América del Sur. Leyó sus poemas y dio conferencias en los principales centros culturales del mundo.

OBRAS PUBLICADAS
Primeras ediciones:

DIAS ROTURADOS (Edit. Lautaro, 1948)
RESOLES ARIDOS (Edit. Lautaro, 1950)
DESPIERTAN LAS FOGATAS (Edit. Losada, 1953)
EL SOL BAJO LAS RAICES (Edit. Losada, 1956)
DE CARA AL CORAZON (Edit. Losada, 1961)
ESTA GUITARRA DURA (Edit. Losada, 1961)
LIBRO DE LA MIGRACION (Edit. Leípzig, 1966)
UN RELAMPAGO HERIDO (Edit. Losada, 1967)
LOS INNOMBRABLES (Edit. Losada, 1970)
DESTIERRO Y ATARDECER (Edit. Losada, 1975)
EL VIEJO FUEGO (Edit. Losada, 1977)
LOS VALLES IMAGINARIOS (Edit. Losada, 1984)
ANTOLOGIA POETICA (Edit. Losada, 1965)

Tomo I

Días Roturados
Resoles Aridos
Despiertan las fogatas
El sol bajo las raíces
De cara al Corazón
Esta Guitarra Dura

Elvio Romero

Poesias Completas

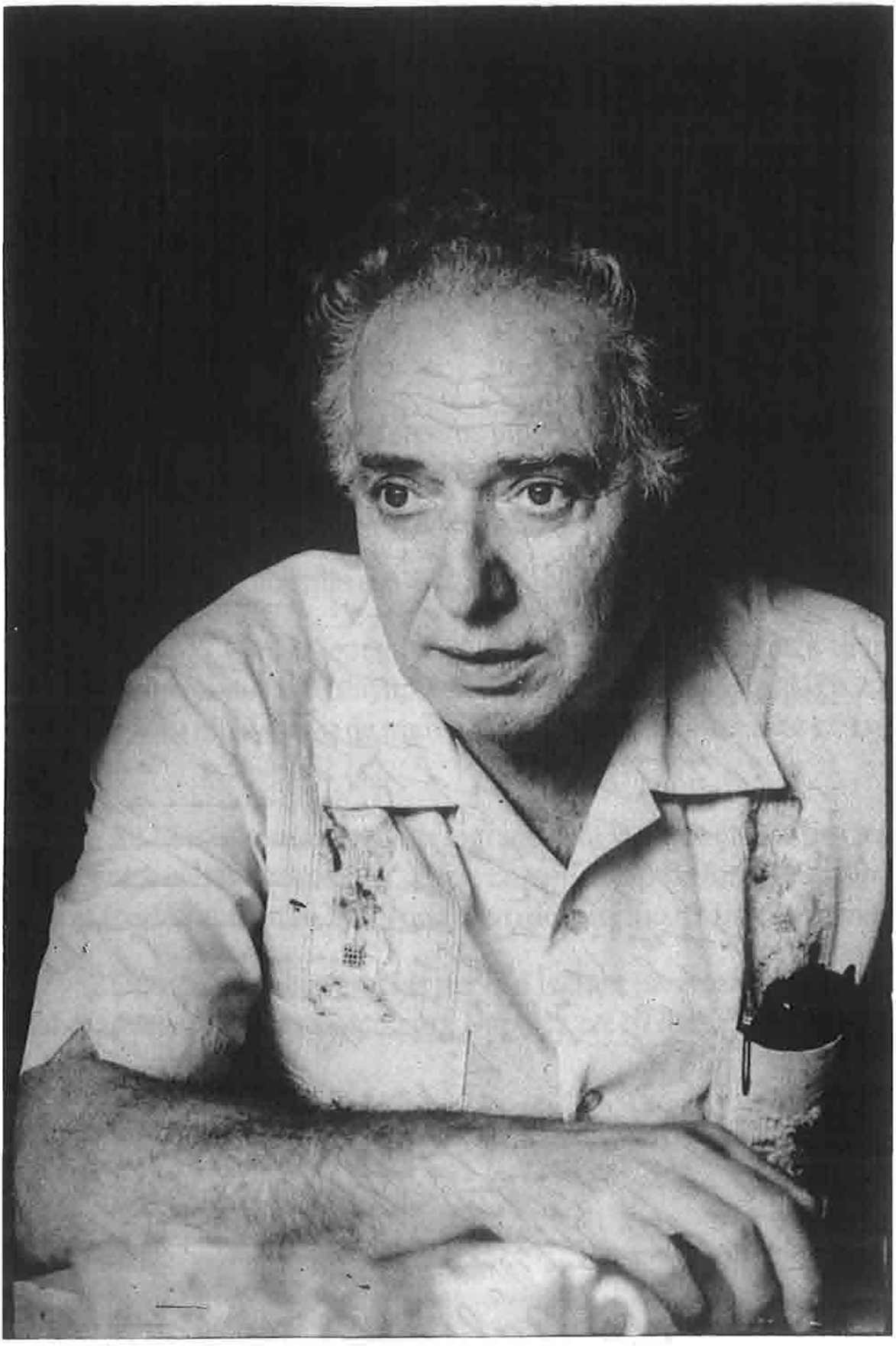
Tomo I

Retrato Romántico
de Rafael Alberti
y
una carta de
Gabriela Mistral

RP ediciones — ALCÁNDARA

© Alcándara — RP ediciones

RP ediciones. Eduardo V. Haedo 427. Asunción–Paraguay.
Teléfono: 498.040.
Edición al cuidado de Juan F. Sánchez.
Tirada: 1.000 ejemplares.
Composición y Armado: Aguilar & Céspedes Asoc.
Hecho el depósito que marca la ley.



ELVIO ROMERO
foto de JULIO MENAJOVSKY

Pocas veces, Elvira Romero, muy pocas, he sentido la fiebre copiar esta carta sobre un filete, "pensando" el caso de "Fuentes". Y yo estoy, en vez, una febrícula, y por campo San Fernando, una arpenifinófila.

Por lo cual he leído sus Reales con una emoción particular. Hecho pensado he pensado que debería ya vivir en Nueva York, en vez de quedarme en Europa. Pero allá vuelvo, después, como mi casa Nápoles, sul di Italia.

Su tipo ultra-terrícola ha logrado, a la vez, que el otro de Jesús, una familia cabal, con una de esta casamiento de forma cultísima con el fondo rural, ha recaído en denote no de Virgilio. ¡Mis parabienes!

Gracias, muchas gracias por esa lectura fructífera. Mi vista es poli, es cruze la letra. Gabriela

Salgo para Nápoles en 10 días.

Carta de Gabriela Mistral

INDICE

Carta de *Gabriela Mistral* 7
Poema de *Rafael Alberti* 9

DIAS ROTURADOS
Poemas de la Guerra Civil
Paraguay 1947

Las palabras no cuentan 12
Elegía inicial 14
Soldados de la aurora 15
Estampa 17
Canción del combatiente 18
Presento a Tacaxi 20
Hospital de campaña 23
Todos aquí llegamos 23
La marcha de Juan Ramón 24
Rapsodia de la amistad 26
Del trigal se levanta la esperanza, hijo mío 28
Los héroes en la muerte 29
Con levedad de réquiem 30
Fraternidad del fusil 32
Ronda al castigo 34
Tuyo es el día soldado 35
Fue entonces que lo sacaron 36
Aprendiendo a ser hombre 38
Canción a un niño en retaguardia 40
¡Taninero! 42
¡Mi sangre es sangre de pueblo! 43
De regreso 46
¡Volveremos! Recuerda... 47
Canto a la libertad 48
Después del final... El corazón esperanzado 50
El sembrador caído 52
Ya en el camino... 55

RESOLES ARIDOS
(1948 - 1949)

Pase señor 60
Vértigo 61
Paisaje 63
Perro viejo 63
De moneda solar, pueblos dormidos 64
Puerto del norte 66
Surcos furiosos 68
Fulgor 68
Costas mudas 70
Río profundo 70
Canción 72
Croquis 73
Canto en el sur 74
Guitarra de sembradores 75
Las verdes copas 77
Galope en la selva 78
Campesino muerto 80
Crepúsculo 81
Solar 82
Versos a... 84
Duro quebracho 85
En los días venideros 99
Terrón de tierra 100
Ya se los ve llegar 102

DESPIERTAN LAS FOGATAS
(1950 - 1952)

Abuelos coloniales 111
Castigo 112
Arado, varón solar 114
Músico paraguayo 116
Si pudiéramos, árbol 118
Con estas mismas manos 120
Costa ferroviaria 121

Alegres éramos 123
Chirigüelo 125
Carta a Julio Correa 126
Luna 128
Mano de campesino 129
Amor sobre el rocío 130
Pequeña canción de Pascua 132
Los niños tristes 134
Paisaje en agosto 135
Llevarás, labrador, por las ciudades 136
Sequía 138
¡Lástima, lapacho...! 139
Música de rocío 140
Corteza... 142
Los desenterradores del agua 143
Tierra 145
Esposa 145
Boyero muerto 147
¡No es cierto, carretero! 148
Puerto taninero 149
¡Tu pan, pueblo mío! 150
Paraguay bajo el cielo 152
Poemas de Juan y John 157

EL SOL BAJO LAS RAICES
(1952 - 1955)

El hijo de la tierra 172
El cuerpo de la madera 172
Las raíces 173
El santero 175
Todo creció en el valle 177
Aguafuerte 179
Valeriano Méndez llega a los obrajes 180
Cara tallada 181
Conversando con José Asunción Flores 183
El cegador de alondras 185
Guitarra 186

Escrito en otoño 188
La copa de la paz 191
La pala 192
Color del alba 194
Guardamontes y botas 195
Lápida para los artistas que traicionaron al pueblo 196
Pequeña canción 198
Abrid el pecho al corazón 199
Los hombres 200
Las intrépidas lanzas 202
Nana en el alba buena 203
Otras fogatas 205
Un hombre 206
Elegía 207
Poema 209
Machete 210
La guitarra pueblera 212
¡Vedlos partir! 213
Aquí y allá 215
Chaco 216
¡A ver, muchacho! 218
El amo de los feudos 219
¿Quién va? 220
¡Es tu deber soldado! 221
Estad siempre atentos 223
La simiente 224
Elegía al polvo guatemalteco 226
Ruego al polvo guatemalteco 234

DE CARA AL CORAZON
(1955)

Canción 238
Magia 239
Aquel día... 240
Tus paseos 241
Fervor 242
Por qué 243

Conozco lo que traes 244
Transfiguración 245
Ellos 247
Así nos completamos 248
Somos únicos 249
Quisiéramos 250
Dirán 251
Ah, no temas, hermosa... 252
Hallazgo 254
Así eres 254
También vienes de abajo 256
Fuego primario 257
El beso 258
Te llevaré a los montes 260
Vestimentas 261
Nuestro lecho 262
Las sonrisas dormidas 263
Ella 265
Fuego 266
Esos días extraños 267
Extasis (Ante un paisaje) 268
Invitación 269
Músicos somos 271
Solo nos cabe ya... 272

ESTA GUITARRA DURA
(1960)

Esta guitarra dura 276
I Gesta - De nuevo, varón del pueblo 277
Dionisio Arturo Guerrero 280
Caballos 281
Casi canción agraria 283
Junto al río 285
Cuidado, Dictador! 286
Calor 288
Regresan victoriosos 288

Pilar Paredes 290
Hoy cantan los soldados 291
La piel de la misma arena... 292
¡Justicia! 294
Noche 295
Fiel arma de brillo fiero 296
Una carta 296
Quema 298
¡Juventud, mirad los héroes! 299
Calí 301
Temple 302
De bruces 303
La carabina 304
¡Yuntero! 306
En circunstancias amargas 307
La violencia que nos trajeron 308
Tributo en gloria 310
Sin respiro 311
II Recuento - Con la mano tendida 313
Arpa nocturna 314
Acorde paraguayo 315

UNA CARTA DE GABRIELA MISTRAL

Pocas veces, Elvio Romero, muy pocas, he sentido la tierra como **acostada sobre un libro,** según el caso de "Resoles" y yo, soy como Ud., una terrícola, y por sangre sanjuanina, una argentinófila.

Por lo cual he leído sus "Resoles" con una emoción particular.

Muchas veces he pensado que debería ya recogerme a tierra nuestra, argentina o uruguaya, en vez de embarcar una vez más hacia Europa. Pero allá vuelvo de nuevo - me voy a Nápoles como cónsul de Chile.

Su libro ultra-terrícola ha logrado, a la vez que el olor de Gea, una técnica cabal, consumada. Y este casamiento de la forma cultísima con el fondo rural, parecer un derrotero de Virgilio. ¡Mis parabienes!

Gracias, muchas gracias por esa lectura preciosa. Mi vista es pobre; excuse la letra. Salgo para Nápoles en 10 días.

Gabriela Mistral.

ELVIO ROMERO
POETA PARAGUAYO

Las alas, si, las alas,
contra la vida quieta.
Cante, llore el poeta
volando entre las balas.

Por los signos del Día,
también tú señalado:
clavel arrebatado
y espada de agonía.

¡Oh adolescencia, aurora
apenas reluciente
y abierta ya en la frente
la estrella anunciadora!

Cándida luz en vuelo
veloz hacia la tierra,
sabes más de la guerra
que del tranquilocielo.

Casi recién nacida,
lumbre madura y fuerte,
sabes más de la muerte
quizás que de la vida.

Y tu nombre aromado
huele más que a romero,
a pólvora, a reguero
de cuerpo ensangrentado.

Las auras populares
te ciñen de grandeza
y una dulce tristeza
de niños sin hogares.

La patria encadenada
y herida se sostiene
sin sueño y te mantiene
el alma desterrada.

Que nada la domina,
por mucho que le duela.
Su corazón en vela
de lejos te ilumina.

Y mientras que penando
sin luz va el enemigo,
la Libertad contigo
regresará cantando.

RAFAEL ALBERTI
1948

DIAS ROTURADOS

POEMAS DE LA GUERRA CIVIL
PARAGUAY, 1947

A mi tierra asoleada, de hervores
purpúreos y desolación; de montes
en tremendas soledades donde sólo
adivinamos la longevidad de sus
ramajes en pavorosa soberbia.
A mi tierra: síntesis amarga del
dolor y la violencia.

ELVIO ROMERO
Poeta Paraguayo

LAS PALABRAS NO CUENTAN...

Cantar, cantar evocando sucesos
que están oliendo a sangre, a agobio, a escombro;
dar un retrato vivo de jirones terrestres,
de angustia prolongada o árbol
desgranando su verde entre estampidos;
tener tantas palabras y no tener ninguna
entre el amor y el odio de los hombres.

¡Tanta edad, tanto tema de exterminio
llegan y forman libros, estantes, librerías;
tanto tema de llanto, de perforada atmósfera,
de agujeros amargos...!

Cuando hablamos de muertos,
de esas madres endebles, sabias de sufrimiento;
cuando hablamos de rápidos sucesos,
sucesos diseñados sobre un mapa de vértigos,
las sílabas nos duelen, las palabras retumban
mutiladas, cortadas de quebranto,
se resisten las letras, los acentos gotean
y el hombre es una máscara deforme,
una sombra entre escombros y escombreras.

¿Qué son estas estampas,
las líneas contraídas, las imágenes tristes
de las hondas goteras de la lágrima,
del beso prisionero sobre redes de llanto?
¿Por qué retratos rotos, y no vida?
Todo se va en papeles, estantes, librerías,
láminas en desuso, tinta gastada y seca.
En nada, en nada más que en papeles,
pilones de papeles,
en palabras gastadas que no cuentan...

¡Cómo se olvida al hombre y sus verdades!
¿Por qué la noche y no la transparencia?
¿Dónde el preciso móvil que lo lleva a la lucha,
con urgencia de vida?
Dentro de este desorden y estos vertiginosos
bautismos de metales:
¡cuántas palabras, sílabas raídas,
y al fin saber que no hay una palabra, mil
palabras
que retraten exactas estas ruinas, enseñándole al
hombre
la luz, las claridades!

Tanto ver la pobreza...;
tanto morir por dentro con los muertos,
y luego ver que existen noches largas, secas,
tensas, vacías, de fiestas o festejos
–por otros meridianos y otras patrias–
sin que nadie recuerde estas tremendas
hondonadas de sangre...

¡Cuántas palabras sobran!
¡Qué urgencia de seguras vocaciones y brújulas
para cruzar la niebla de este tiempo en desvelo!

Recordar a los muertos, su madera
de crucifijos rotos;
y no ver condolerse más que a aquellos
que en el vértigo estaban;
a nadie más estas vasijas llenas
de humareda y sangrías, este drama de pueblo,
a nadie, a nadie, ¡a nadie!

... Caminar sobre asfaltos de cadáveres,
encajes afligidos y frentes desgarradas;
rememorar las ruinas, la camilla, la venda,
las venas como sogas resecadas,
el asombro, la sangre...

ELEGIA INICIAL

Ved, amigos; decidme, decidme, mis amigos,
si visteis el carbón fulgiendo en brasas,
o el corazón de fuego de los sacrificados
que hoy, nocturnos, trajinan en luciérnagas,
o van desparramados por páramos ardientes
como una marejada de rota alfarería.

Ved; decidme, pronunciad la palabra
que diga que os mordían la soledad, la niebla,
cuando el clavel sonoro combatía al martirio
ansiando ser fusil, lágrima, canto,
permanencia orgullosa de metales boreales,
sabiendo que el amargo paso de los verdugos
llegaba al territorio de la flor y el naranjo.

Ved; decidme si os quebraban la calma
los filos que insultaban al rocío,
a la noche aterida de los indios plasmados
en círculos antiguos de triturada arena;
o bien, sencillamente, que andaban caminando
por las viejas aldeas con sol y labradores,
para enredar al huso tradicional los hilos
del luto y su ceniza sofocada.

Quiero que habléis. Decidme
si alguna vez mirasteis al agua combatiendo,
o si sabéis de cierto por qué la tierra un día
se llenó de dulzura, de fulgor, de morada incendiada
y levantó sus puños de torrenciales vínculos
y colosos titanes de su entraña salieron.

Ese día mi pueblo se vistió de diamante,
destacando su estampa de enardecido roble;
los tambores, en sombra, sonaban sus augurios
en una noche indígena de luna y poderío;
y rebeldes diademas de valor daban rumbos

a quienes conducían el trueno rescatado,
para amarrar la furia de los torpes verdugos
que buscaban los ámbitos de su propio naufragio.

Recordaré esta noche,
todas las nuevas noches que huelan al perfume
que emana del caído caudal de nuestros mártires;
recordaré la púrpura golpeada.
en tanto que en las balas calcinadas ardían
remansos poderosos de calcárea fuerza.

Decidme, mis amigos, si recordáis al pueblo;
descended al relente
que sube del quebranto manantial de los héroes,
y sabed que ellos mismos reparten a puñados
nuestro cristal bravío.

SOLDADOS DE LA AURORA

I

Estos hombres parecen brotados de un torrente
con duros litorales de coraje y de canto;
estos hombres nos dejan su memoria de hombría,
de honradez, batallando.

¡Qué duros estos hombres que golpean la noche
con sus manos!

(La libertad les circula
por la sangre y la mirada,
desatando sus reflejos
de fuego, de brasa y llama.

¡La libertad!: ¡Maravilla
revestida de esmeralda!)

II

Alerta y vigilando trajina la esperanza
sobre estas epidermis de soldados y obreros.
Llamean las pupilas –flamígeras linternas–
prendidas como fuego.

¡Qué valor se madura con estos centinelas
de su pueblo!

(La libertad en sus frentes
late pura de esperanzas
y en esos ojos ardientes
–pájaro azul– se levanta.

¡La libertad!: ¡Maravilla
revestida de esmeralda!)

III

Torrenciales, ardientes como la luz del trópico.
Sus manos de alegría tienen sabor a raíces,
socavando la noche para encontrar el día
de innovados perfiles.

¡Qué frescas estas manos que levantan la aurora
con fusiles!

(La libertad es un canto
que cuelga en todas las ramas
y viva está en lo más recio
de las huestes paraguayas.

¡La libertad!: ¡Maravilla
revestida de esmeralda!)

IV

Estos hombres parecen brotados de un torrente
con sus manos que tienen tenacidad de acero.
Buscadores de luces, pletóricos de hombría
labradores intensos.

¡Qué dura varonía despertando en el día,
combatiendo!

(¡La libertad! –¡qué alegría!–
amaneció desvelada;
no reposa ni se duerme
con alas vueltas al alba.

¡La libertad!: ¡Maravilla
revestida de esmeralda!)

ESTAMPA

De duras manos toscas
y torso duro, primero fue yuntero,
creciendo entre clavados morichales
–hijo de labradores macilentos–,
con la pobreza que dejó en su rostro
visibles hondonadas con el tiempo.

Después, cuando los años
fueron trazando pliegues en su cuerpo,
como la lluvia que se da a la tierra,
fue dejando su ardor por los esteros,
con un grito moreno que saltaba
como madera sólida del pecho.

Va atravesando roncas intemperies
con olor a sudor, a viejos cueros,

haciéndose profundo como el ámbito
de la extensión desierta y del desierto.
Harapiento y lacónico, no tiene
más que el ardor del viento carretero.

La amenaza nocturna, el filo que golpea,
la venganza resuelta en el acecho,
la mañana embarrada en los pantanos,
la enredadera, el sobresalto, el miedo,
lo encuentran sumergido
dentro del musgo que labró el silencio.

Todos lo divisamos, aquí mismo,
erguido entre cañados indefensos,
con los ojos despiertos y febriles
por un vivo desprecio,
denso como su sangre, maduro y torrencial,
desbordado y tremendo.

Él es como nosotros:
sobresaltado, claro, verdadero;
ama y odia, profundo
como una hoguera que batalla ardiendo.

Y mirando las ruinas y las ruinas
y el camino deshecho,
herido, con el brazo ensangrentado
y ensangrentado el cuerpo,
trajina esta vorágine.

Lo llamamos Juan Pueblo.

CANCION DEL COMBATIENTE

Desde aquí, desde un centro de equilibrio y
batallas,

sumido entre estos hombres que lidian con la
muerte,
acaricio la boca de este fusil grisáceo,
resuelto y combatiente.

(Hermanos: aquí estas manos duras de labriego,
que conservan el fresco sabor de nuestra tierra,
de un sol que despereza sus ráfagas festivas
y que heredan del surco su laudable inocencia,
la entereza del río, la canción de los pájaros.
y el legado de luces de todas las estrellas;
hermanos: estas manos nacidas del trabajo
que recorren los pobres entre llanto y miserias,
reviven con vosotros, volcadas entre balas,
socavando la sombra con revuelta impaciencia).

Estoy aquí en la hondura donde el hombre batalla
con fusiles que viven para acabar matando,
fusiles que parecen teñir estas tinieblas
de púrpura o relámpago.

(Jamás he visto en pocos tanta fuerza avanzando
reflejada en la ardiente dimensión de la pólvora.
Cuando estos naranjales saben que el hombre llega
a liberar la patria, ya les brindan sus sombras,
y el arroyo se entrega como cristal movible,
y el manantial espera sus bocas y se ahonda
para que el hombre pueda llegar a la fragancia
de la honradez, que nace con la buscada aurora.
Jamás he visto, hermanos, tanto valor y hombría
como en estos soldados que la verdad retoman).

La sangre de estos hombres me apresura la sangre,
me llega hasta la arteria sembrando su coraje,
y no tiemblan mis manos y avanzo en el camino
y hasta el valor me invade.

(Jamás he visto, hermanos, tanto valor y hombría,

tantos hombres que siembran corajes como ráfagas,
y en un itinerario de entereza y denuedo
gobiernan la alegría que en la simiente canta.
Con ellos el anuncio de toda la hermosura,
con ellos yo comparto mi pan y mi alabanza,
con ellos esta sangre de labriego impaciente
que entre pólvora siembra su remanso y su gracia,
y miro que en sus ojos de hogueras encendidas
–con júbilo ya antiguo– renace la mañana).

Y aquí, desde esta hondura de honor recuperado,
ya apaciento un idioma de júbilo y bravura,
y tengo hermanos nuevos mirando a estos valientes
que a la aurora saludan.

PRESENTO A TACAXI

I

Yo puedo presentaros:
Tacaxí, manchado en lodo,
cincelado con duras herramientas boreales
en la cruda materia del desierto,
retazo de follaje endurecido,
contextura gomosa que ha tallado la selva
con buril de vegetales.

Tacaxí,
de ásperas proporcionales, indio de arcilla,
mojado con aceite primitivo
de frutas y de charcas,
mensajero de rosas ancestrales,
turbulencia estelar,
sorbo de tierra.

Una violencia antigua
le cruza todo el cuerpo de mandioca,
la persiana entreabierta de los párpados
donde pesa un letargo con cerrajes
de cobre milenario.

Poblado por el viento,
–con ese taciturno sigilo de tigres,
de las bestias nocturnas–,
varón de los senderos aborígenes,
sale de un laberinto complejo de cortezas,
de pesado desorden, de veranos,
de atávicos rituales
o de secos tunares ya longevos.

Tacaxí:
sensual, enérgico y severo;
Tacaxí:
sorbo de tierra.

II

¿De dónde vino el indio?.¿De dónde su pesado
carbón mordido y negro?
¿De qué maraña amarga su pecho de combate,
su nocturno pedazo de forestal diadema,
su olor a arcilla, a barro,
su reliquia de pobre soledad desgarrada,
su calor cotidiano de quebranto y desvelo?.

¿Por qué su mano antigua descubre los secretos
de aquella carretera de sonidos
trazada sobre el mapa del círculo y del cuerpo?
¿Por qué rueda en sus manos con tan vívida
urgencia
la exactitud raída de la flecha?

Tambor nocturno,
cuero de tambores nocturnos:
el Paraguay le enseñaba sus sensibles
lastimaduras de paloma herida,
su agredida intemperie y transparencia,
su asediado ramaje de lapachos
con sombras violentadas,
sus trituradas ramas.

No sólo por el aire,
no sólo por las plantas y raíces
llegaron muertes, crímenes,
sino por todo el ancho calor de los caminos
bordeando el aguerrido terraplén de los toldos.

III

Testimonio del tiempo,
vínculo inmemorial, cuero extendido:
moreno Tacaxí,
centinela de edades apagadas,
retazo de oquedad,
greda callada.

Juntó flecha y fusil, tambor y dianas,
superando aquel mito de la sangre
fructiferando engaños,
mayorales, látigos,
y negra pulpa de dolor indígena.

Tocó la fibra popular el indio
cuando llegó a la dura gravedad
combatiente.

Y fue un soldado más por estos campos,
un cuerpo con furor secreto y ávido.

Yo hoy puedo presentaros:
Tacaxí, sorbo de nuestro suelo.

HOSPITAL DE CAMPAÑA

Vocación de la muerte
por huellas de vendajes o por lienzos
con pétalos de yodo permanente.

Lava el tiempo
su soledad de grietas y quebranto.
Las balas se apresuran y se alertan
por laberintos altos.

Rechazada la muerte por la dura
tenacidad y fe de los heridos,
–"¡Dadme la vida –dice– y proyectiles,
que aquí late el ahínco!"

Los heridos reclaman sus fusiles,
y con vendas y yodos y jirones
ocupan las trincheras.

El día pasa dibujando montes.

TODOS AQUÍ LLEGAMOS

Todos y cada uno,
todos aquí llegamos
con un aire de sol y viento con paisajes,
mordiendo un odio largo, largamente callado,
y poco acostumbrados a este oficio de horror,
de turbio fango.

Pecho al calor abierto.
Con cabellos hirsutos, puños, arterias, manos,
trajinamos senderos de osamentas
y uniformes amargos.

Con un anochecer en las pupilas
y un tanto fatigados
de estampidos y muertes y tensiones,
caminamos, vibramos y matamos.

Rudo dolor de pueblo, ruda angustia
de pueblo asesinado.
Por eso vamos todos, cada uno,
para poder vengarlo.

Con un aire de sol y viento con paisajes,
soñadores, osados, temerarios;
con un sacudimiento de tierra descuajada
y arada a fogonazos.

LA MARCHA DE JUAN RAMON

–Apacigua esos impulsos
que te encienden la mirada,
piensa que pueden matarte.
¡Ay, Juan Ramón, no te vayas!

–Guarda esas súplicas tuyas,
no pierdas tiempo en palabras,
que en esos campos desnudos
mis hermanos me reclaman,
hermanos de piel morena
que marchan bajo las balas
entre rabia de fusiles
y vómitos de metralla.

–Ay, Juan Ramón, tú no sabes
las penas que nos recargas.
Si marchas a aquellas veras:
¡qué tristeza en esta casa!

–Suéltame el hombro. No pienses.
Déjame partir, hermana,
que quiero latir con esos
valientes en la batalla.
Geografías luminosas
de amor y de fe les trazan
la fuerza en los corazones
y la bondad en el alma;
y más: una valentía
que es toda una suelta ráfaga.
Ellos saben por qué luchan,
que luchan por su esperanza,
por un surco liberado
para las nuevas labranzas.

–¡Pero es que aquí te queremos!
¡Ay, Juan Ramón, no te vayas!

–También yo quiero a mi tierra
tanto tiempo aprisionada,
y pienso que es cobardía
no cumplir esta jornada.
¡Qué importa morir al cabo,
si el pueblo elevado en armas
perfora roncas tinieblas
para enseñarnos el alba!

–Hermano: ¡qué cosas dices!
Nunca escuché esas palabras.

–¡He esperado tanto tiempo
que esta lid se desatara!
Di a nuestra madre que marcho
con esta mi sangre honrada,
que voy a aprender del pueblo
su hermosura de guirnalda.
¡Qué nobleza en sus vertientes
y austeridad de comarca!

¡Y qué altivez en sus hijos
que dialogan con las balas!
El pueblo quiere vivir.
La misma sed me acompaña,
y esta sed de libertad
no se entretiene con agua.
Quiero latir en las sienes
de los que entran en batalla,
y ver y sentir que tengo
sus estampas en el alma;
¡serán mozos que han partido
para enterarse que el alba
renace cuando se erige
su pedestal con metrallas!

RAPSODIA DE LA AMISTAD

Vertientes de la amistad, lindes de la armonía,
estos hombres me llenan de su simple hermosura.
Aquí se olvida el odio porque el odio no cabe
en la bravura.

¡Qué tierna la amistad
aquí resulta!

Cuando marchan, nocturnas, sus frentes
pensativas,
y el lacónico acento de sus rudas palabras,
los siento destacados, soberbios, en el humo
que se exalta.

¡Son piedras del amor
en llamaradas!

Navegan en baldíos de plomo y polvaredas
montados en caballos de la caballería,

y en el rostro moreno de recia mansedumbre
se esculpe de alegría.

Sobre el rostro tranquilo,
la sonrisa.

Poderosos soldados, inundan vegetales
con luces que les brotan de las albas pupilas;
y en el descanso pulsan la guitarra con cuerdas
que son finas.

(La cuerda es una alondra
en maravilla).

Dejaron la herramienta del trabajo en la casa,
campesinos, obreros y tostados yunteros;
y a sabiendas cogieron el fusil calentando
su metal con el cuerpo.

Hoy arden en sus brazos
los aceros.

Yo contemplo sus manos de polen y de lianas
que ascienden hacia el júbilo con claros
ademanes;
se nombran a la vera del sol y de la pólvora
que prestos se deshacen.

Los invita el latido
en los zarzales.

Vertientes de la amistad, lindes de la armonía:
los siento por mi arteria, por el pecho y las sienes,
y tanta fuerza tienen, que me empujan con ellos
como hacia una corriente.

¡Son hombres que nacieron
por valientes!

DEL TRIGAL SE LEVANTA LA ESPERANZA, HIJO MIO

Hijo:
el viento anda desnudo por el patio;
las campánulas viven su azul verdiceleste,
mientras allá, a lo lejos, mis amigos (¡los tuyos!)
llegan al sacrificio –viandantes sobre el sueño–
porque pronto tengamos un pedazo de pan.

No quisiera que olvides los cuentos de la abuela,
de los blancos enanos y de los elefantes,
del Sultán que gustaba de leyendas innúmeras,
del príncipe con torso de piedra y de granito,
y de aquel marinero que topó con gigantes
que vivían en grutas a la vera del mar.

(Mi infancia fue una larga sucesión de pobrezas,
y en las noches distantes sólo el abuelo estaba
junto al fogón narrando sus cuentos patriarcales,
con una voz sencilla de antigüedad velada.
Ya entonces se sabía que en futuras jornadas
el hombre llegaría, como ahora, a cantar).

Yo me voy con canciones,
no llamo al desaliento ni lloro esta partida,
sino que miro el claro luminoso del alba
que en los tejados anda, besando las veletas,
y me digo por dentro que tú verás el día
con flamígeras ondas destacadas al sol.

Más allá de esas ciénagas
–sumergido en el barro y en la humedad y el
musgo–,
despierto, con tu imagen prendida en la mirada,
sabré que existen hombres, honradez y denuedo,
que a mis amplios costados se templan otras sienes
que como yo pretenden la confianza y el ímpetu.

Apresuro promesas: te traeré la substancia
de la salud radiante del hombre redivivo,
ésa que llega y crece cuando la gracia es honda
maravilla que exulta su ternura en los pulsos;
te traeré esa voz simple del hombre combatiente,
y luego el lino fértil del sueño insobornable.

Del trigal se levanta la esperanza, hijo mío...
Un río de esperanzas se destaca en mis venas
con manantial crecido de lumbre y equilibrio.
La libertad renace con su sabiduría
de farol substantivo que envuelve y nos abraza.
Retén en tus pupilas esa imagen de luz.

Te recuerdo estas cosas, cosas simples, sabidas;
es que quiero que guardes conciencia de los hechos,
sabiendo que tú mismo te repites
que vivirás la densa contienda desatada.

No quiero que lo olvides:
tú estás creciendo en llama para las lides próximas.
Entretanto, y resuelto,
conserva esa pureza de la aldea natal.

LOS HEROES EN LA MUERTE.

Entre luz, oquedades y rendijas,
    cortando manos,
la muerte, trabajando con sus garras
va saltando collados y peñascos.

Arrastrando consigo en pleno vértigo
    vacío y llanto;
hondonada profunda, pozo abierto,
frontera de un boquete, va hacia abajo.
Los ojos, aferrados a la tierra,
    casi sonámbulos,

buscan la luz, pretenden evadirse
atisbando sus nieblas y retablos.

Pero siempre la muerte, con soberbia,
    pasa segando;
y el hombre, pobre gajo enloquecido,
se encuentra, al fin, tendido sobre el barro.

Estos también cayeron, los más puros
    faros quebrados,
sembradores de gérmenes flamígeros
y justicieros en el trance amargo.

Estos también, los claros, los más puros,
    no derrotados,
que dejaron su sangre sobre el surco
para matar la muerte, faz del llanto.

CON LEVEDAD DE REQUIEM...

I

¡Cómo cantar, muchacha, tu hermosura de pétalos
si yaces como yacen las alondras heridas;
cómo entregarte un túmulo de apretados recuerdos
si tu estampa, cimbreante, se deshace extinguida!

La palabra: ¡tan pobre para cantar tu aliento
que era un torrente vivo trenzando enredaderas,
y reafirmar que el polen de tu cuerpo era un muro,
un bravo parapeto desafiando a las fieras!

(Belicosa muchacha:
¡si yo pudiera un día cantar tu valentía!
Diría entonces: ¡yo canto,
canto la maravilla!)

II

Por ti los días crecen, como que nunca olvidan
que eras brújula, fibra y rumor de corazones,
que eras –morena y alta– la esperanza y la fuerza
con juvenil fragancia sosteniendo a los hombres.

En ti se maduraban los panales del ímpetu,
de un coraje guerrero –plural de sobresaltos–
y eras la confianza derramando sus gotas
en el pulso de todos los valientes soldados.

Alentando a esos hombres eras un claro anuncio,
y eras sencilla y honda substancia de victoria.
La vehemencia enredaba su parva en tus pupilas
y en ellas –tierna y pura– se elevaba la aurora.

III

Y más aún: llameas en el pan de los hombres,
habitas en la estrella de aquellos que pelean,
y ellos pensando en ti se vuelven capitanes
de valor y de audacia cuando al fragor se integran.
Hoy te lleva la muerte, cruzada de baldíos,
aunque estás con nosotros, entera y derramada;
con nosotros y el pueblo, mientras llegan e irrumpen
la libertad y el sueño, capullos de la llama

(Belicosa muchacha:
¡si yo pudiera un día cantar tu valentía!
Diría entonces: ¡yo canto,
canto la maravilla!)

FRATERNIDAD DEL FUSIL

Con mis dedos lo acaricio,
tenaz y fiel compañero.
Su inquebrantable amistad
me enseña como un ejemplo
lo que es lidiar sin flaquezas,
sirviendo de parapeto
contra las balas que llegan
buscando encontrar los cuerpos.

Con aspereza acaricio
su frío metal de acero,
oscuro túnel cargado
que en los minutos intensos
de la contienda enrojece,
se nombra y late en el fuego.

De inquebrantable amistad,
lo sé, lo palpo y lo siento;
lo comprendo cuando vamos
camino de bosque adentro,
y buscando su calor,
al caño me aferro.

¡Qué erguido cuando entre sombras
avanza mi regimiento!
¡Y qué recio cuando siente
orgulloso su desprecio
por los que enfrente se arrastran,
sigilosos y en acecho!
¡Qué firme cuando penetra
malezas, firme guerrero!
Este fusil es amigo
que me acompaña en el hecho
de sangre que se desata
por una verdad de pueblo.

Y cuando llega la noche
–posada en el campamento–
después de ver la jornada
del plomo en su caño experto,
(sin que duerman esos hombres
tendidos sobre sus puestos),
reposa a mi lado, en frío,
tenaz, a medias despierto
como yo, como los otros,
que no olvidamos el eco
de los pasos rezagados
del enemigo siniestro.

Lo acaricio con mis manos,
fusil gozoso en el duelo
terrible de la contienda;
siempre saliendo al encuentro
de balas que al aire silban
sin dar al viento sosiego.
Entonces en la batalla
cuando se nombra a este pueblo,
se templa en un rojo vivo,
gozoso mira, y soberbio
perfila su boca negra
destacándose primero.
Lúcido hermano y amigo,
sobre mis brazos lo siento.

Ayer le dijo a la muerte:
–"No vengas, porque te espero;
que el pueblo desnudo y pobre
disputa, pleno de esfuerzos,
con fin de aplastar las ratas
cobardes, llenas de miedo".

Lo palpo y lo siento mío,
parapeto de mi cuerpo.

RONDA AL CASTIGO

I

En un alto cedrón que abre sus copas
está el castigo.
En el desierto vuelo de las hojas
está el castigo.

En la penumbra ciega de los árboles
está el castigo.

II

Yo que vivo el milagro del hombre de mi pueblo
y que he visto de pronto la luz petrificada
entre seres que explican que la victoria existe,
yo digo que el castigo resuena en las campanas.

Yo que cuento las gotas del rocío en la esquirla
y que he visto el asombro perfilado en la bala,
buscando su trayecto por túneles del aire,
yo digo que el castigo chispea en las fogatas.

Yo que a mi pulso siento diseminarse en cantos,
violento –si se ahonda– latiendo en las guitarras,
y que vibro ante el pueblo como vibran las coplas,
yo digo que el castigo se resarce en el hacha.

Yo que siento el trabajo de la verdad creciendo
en esa imagen sobria del fusil que batalla
y que miro a las niñas latir en los estruendos,
yo digo que el castigo sobre el musgo se exalta.

Yo que soy una espiga dorada en las canciones
y que tiento un idioma de relámpago y llama,
que pretendo ese centro del vértigo y el élitro,
yo digo que el castigo se agazapa en las plazas.

III

A aquellos que vejaron la humildad de las madres
llenándolas de inmensa soledad y de espanto,
poblando de quejidos las sábanas zurcidas.
no puedo perdonarlos.

A aquellos que a la novia de sonrisa celeste
exaltaron con lágrimas, descendiendo hasta el barro,
bañando los ajuares de sangre entre las sombras,
no puedo perdonarlos.

No. ¡Nunca! Yo no puedo decir: "Se trata de
hombres".
No puedo perdonarlos.

IV

Yo quiero presenciar el castigo en la víspera
del albor que se enreda, celebrado, en el día.

Aquí quiero que miren quebradas las cadenas
los lobos que mancillan la flor como las fieras.

Aquí quiero que sepan que la honradez existe
como el pan, como el aire, como las cosas simples.

Aquí quiero mirarlos ceñidos al castigo.
¡Que se quemen! ¡Que caigan sus huesos derretidos!

TUYO ES EL DIA, SOLDADO

I

Tu brazo
es amplio
faro.

Tuyo será lo ganado,
preclaro labriego, hermano;
recógelo con tu mano
curtida sobre el arado.

Con tu ausencia, abandonando,
sin siembra el surco, vacío.
Yo en tus reclamos confío
después del final logrado.

Tuyo es el día, soldado.

II

Por el vado
irá el amo
derrotado.

Y ya lo verán corriendo
distancias y lejanías,
con la memoria ya fría
de su soberbia, cayendo.

Ya lo estamos esperando
–tú lo esperas, yo lo espero–:
con la lumbre del lucero
la aurora vendrá cantando.

Tuyo es el día, soldado.

FUE ENTONCES QUE LO SACARON

Y de entre las cosas viejas
y de entre los hierros viejos
sacáronlo por vengar
afrentas hechas al pueblo,

insultos, vivos ultrajes,
un día de alumbramiento.

Boca azul y temeraria;
antiguo y pardo mortero.
Lo sacaron cuando el hambre
mostraba sus filos negros,
y la miseria enseñaba
sus cordones más horrendos,
y el dolor mordía entrañas
con sus ramajes sangrientos.

¿Quién no mordía la pena
en esos días siniestros,
bajo la danza grotesca
de felones borrachuelos
que, oropelados por fuera,
iban podridos por dentro?

Hasta los toldos indígenas
perdieron todo contento;
luna aborigen torcía
su roja lumbre sufriendo
y el espanto recorría
largos caminos desiertos.

Aquellas vegetaciones
por donde van los yunteros,
con esa indigencia antigua
del ser esclavo en su suelo,
empañaron sus ramajes
y fueron presas del miedo.

Fue entonces que se elevaron
- un día de alumbramiento -
clamores y gritos hondos
con puños rojos de fuego

y a toda la selva torva
su decisión transmitieron.

De las chozas que bordean
el río pleno de helechos
(En esa pesada atmósfera:
¡qué hermosura floreciendo!),
macilentos, aunque ardientes,
hombres y niños partieron . . .

Unos fueron de soldados,
hundidos en los esteros,
otros con las montoneras
galoparon, mano al freno,
y un idéntico propósito,
con fibra al sol, los unieron.
Madres lejanas alzaban
sus plegarias y sus ruegos.

Fue entonces que lo sacaron
ya de entre los hierros viejos;
y fue puesto en las trincheras,
- antiguo y pardo mortero -
por enseñar lo que vale
la valentía del pueblo
a los borrachos felones,
a felones borrachuelos
que, oropelados por fuera,
iban podridos por dentro . . .

APRENDIENDO A SER HOMBRE

También pelea.
También sus ojos miran correr a los caballos
entre espinos, marañas y declives,
el polvo que levantan al sol los guerrilleros,

y el trébol que se inclina llamando la caricia
de los pasos audaces
de aquellos tiradores.

Es casi un niño;
unos graciosos bucles castaños bailotean
sobre su tierna frente;
corta camisa, rota, disimula el desnudo
curtido en su trayecto de boyero.
Su figura sugiere la de aquel lazarillo
cuyos hombros cubrían calandrias y gaviotas.

Ha dejado el bolero, la armónica y el trompo
en un rincón oculto de la casa,
su sombrero de paja,
la pandorga que siempre se enredaba a los árboles;
y vino a ser un hombre,
a aprender la rudeza del polvo y un idioma
que le aliente y conforte.

Una oscura granada
se retuerce en la sucia cavidad de sus manos.
Sus pálidas mejillas
ostentan en hoyuelos una inédita gracia.
Está erguido entre zarzas
y con él una antigua leyenda de prodigio
que evoca con su estampa de hoguera y llamarada.

Ha venido de lejos,
dejando hasta los bueyes que amaba y conducía;
ha venido cruzando comarcas y parajes.
No permitió que nadie dudara de su hombría.
Él estaba seguro de manejar el máuser
pues se había adiestrado con escobas de paja . . .

Y llegó hasta las filas;
allí dijo su nombre palpándose los músculos
y ofreció su adiestrado valor con los caballos.

Su voz estaba firme;
sus ojos se posaron en los soldados rudos,
y quiso ser como ellos
y un flujo de coraje se le enredó en el cuerpo . . .

CANCION A UN NIÑO EN RETAGUARDIA

I

Detrás de aquel verde monte
se vive, niño, sin pan;
del rocío y el ardor
de ramas que se abrirán.

Con un caballo de escoba
y un gorro de celofán,
con un fusil de madera,
va el hijo de un capitán.

II

Ay, niño, en el verde monte
marchan hombres de cartón,
llevan metrallas de caucho
formando un rudo eslabón.

Ay, niño, en el verde y alto,
verde monte el batallón,
con hombres que van matando,
febriles, sin compasión.

Ay, niño, en el verde monte
van sin alma y corazón,
sobre el verde y alto monte
en verde desolación.

III

Mirando su triste casa
ya sin pan,
- desierto el patio, el establo -
va el hijo del capitán.

(Granadas de chocolate
llevan mechas de algodón.
Tamborileros de plomo
beben vientos de explosión.)

Veinte cañones lo esperan
tras un verdiazul zarzal;
veinte cañones de cera,
de cera y sal.

IV

Llora, niño, que mataron
al hijo del capitán;
al niño que fue buscando
el pan.
Y mira que allá en lo verde
van aves de inmensidad,
contando que allí han matado
a un niño, niño, a tu edad.

V

Recoge lo que ha dejado,
y el gorro de celofán,
que al alentar la mañana
los traidores morirán.

Coge el caballo de escoba,
y el fusil, ¡y a galopar!,
que al alentar la mañana
vendrá el pan.

¡ T A N I N E R O !

Ya he llegado hasta ti;
ya adelanté mis pasos para ver, taninero,
el humus, más que amargo, que rezuma el lindero
donde trabaja el hierro corporal
de tus brazos;
ya he mirado las huellas de tu rostro
curtido en el silencio;
el asedio del hacha y del puñal que llevan
tus manos en costumbre de avizorar peligros,
la sombra de tu oscuro corazón
en tinieblas . . .
Hermano:
aparta un poco tus guitarras;
apaga más tus cantos tropicales
porque esta es hora de saber
si eres hombre o qué cosa.
Tanto sudor has dado a esos lejanos
manantiales de sangre, de cansancio y de venta,
que hoy se erigen en fuentes que reclaman
la altivez de tus gritos.

Aparta un poco tus guitarras . . .

¿Acaso no eres hombre?
¿Acaso tus anhelos no son de hombre?
¿Quién dice que eres sólo sudor, rabia,
insensible elemento
remachado a ese tallo semiturbio de monte?

Mayorales antiguos te castigan,
hombres que nunca han sido de estos duros solares,
traficantes de tus puros veneros,
del amargo racimo de sudor de tu frente.

Hermanos incansables, tanineros,
dispersos en el denso boscaje del tanino,

en praderas que pueblan cocoteros caldeados,:
¡qué estigma de dolor en la enramada
de esas selvas que tienen el musgo asesinado!

Hermano:
aparta un poco tus guitarras;
aparta más tus ojos de esos troncos
talados por tu fuerza,
y di a los tuyos que sequen la humedad de su llanto,
y aprieta el puño,
que aquí estrujamos sílabas que llaman
la alegría,
la alegría severa de la aurora,
porque la aurora viene,
- poderosa invasora en su llegada -
para horadar los círculos del monte,
¡para darte alegría!

¡MI SANGRE ES SANGRE DE PUEBLO!

Aquí yace Taní Rojas
que ayer fuera organillero,
cuando - remanso callado -
su infancia pasó sin ecos.

Encontró a su pueblo un día
con sed, con hambre y en pelo,
en abandono e indigencia,
recorriendo un largo trecho
de abrupta niebla y de pena,
de callado sufrimiento.
Taní Rojas dijo: - "Vamos,
mi sangre es sangre de pueblo;
cuando a esta madre lastiman,
sus hijos la defendemos."

Partió sin que diga a nadie
lo que sentía en el pecho;
pero él sabía que estaban
mancillados sus derechos
y que era deber de todos
retomarlos, trecho a trecho.

Después de llegar al Frente
se encontró carabinero.
Un viento arisco y brioso
le despeinaba el cabello.
Calor de sudor y fiebre
- rojo manto - en los esteros.
En vertientes de espinillos,
presagios de bruma y duelo.

Callado entró Taní Rojas
por un cañado entre cedros,
con las pupilas cerúleas
y en soliloquio por dentro:
- "No son hombres, son chacales,
chacales pobres son éstos
que tiemblan en su vacío
llenos ya de sordo miedo.
Honda y plural esta llama
que emerge desde los hechos,
que de los más tenso brota
como flamígero fuego.
¡Cuajados van de traiciones
los que traicionan al pueblo!"

Taní Rojas ya sabía
la cobardía de aquellos
que la gracia de los niños
tronchaban a golpe fiero;
que la quietud de las novias
marchitaban como pétalos,
y la verdad de las madres

violentaban con desprecio.
Por eso llegó a las filas
resuelto, firme y sereno.

El sol lo encontró lidiando
cuando bajó a los helechos,
desenredando sus hebras
por aguachares y cerros.
Multiplicado el verano
llegaba con pasos lentos.
Llorones sauces lloraban
con innumerables ecos.

Allí estaban sus amigos
entre mechas y morteros,
y aquel que un día le dijo:
- "Hermano: lo que queremos
es dar pan a todo pobre
y tierra a los chacareros."

Sus éxtasis destacaban
cocoteros polvorientos.

Descansaba Taní Rojas
cuando la muerte en su pecho
con una bala perdida
tejió su grave silencio.
Hoy yace entre el humus claro
bajo un amplio cielo abierto.
Con sus veloces estambres
repite, repite el viento:
- "¡Cuajados van de traiciones
los que traicionan al pueblo!"

DE REGRESO

Volveré con el vuelo de los pájaros
Sumergido en la fiesta del sol en el camino
retornaré cantando.

Diré que he visto claros varones en bañados,
con pupilas de espuma mirando las llanuras
sobre recios caballos.

Sensitivas imágenes, como viñedos o astros,
esculpían sus nombres en troncos y palmeras,
con imborrables rastros.

Soberbios, implacables; así los he mirado,
pues parecían lumbres u hoyo de minerías
o manantiales blandos.

Cuando vuelva, si vuelvo, con el puño cerrado,
compartiré ese día de dimensión sencilla
con júbilo en los labios.

Quiero beber el agua cristalina del campo
y ver a la cautiva semilla del durazno
besada por un pájaro.

Volverán las mujeres a amar a sus soldados,
varones cincelados en fogosos destellos,
vigorosos y honrados.

Quiero ver la ceniza del fogón apagado,
y a través de sus ciegas galerías tiznadas
remozar dedos, manos.

Resurgirá el decoro con su fulgor ganado;
y el hijo - desprendido de posibles naufragios -
verbo simple, a mi lado.

Cantarán los herreros sobre yunques quemados,
y aquel ciego con arpa que abandonó la aldea,
volverá con su báculo.

Con un sueño de amor entre las manos,
- sin dudas, sin temores ni pesadumbre alguna -
retornaré cantando.

¡ VOLVEREMOS ! RECUERDA . . .

No desesperes, madre . . .

Aquí llegamos,
con un fervor de fuego y vegetales,
con una sangre indígena gastada
por el hosco quebranto de los años.

Todo fue en vano;
en vano fue que hirieron el capullo
un largo atardecer de sobresaltos, de sangre,
de otoño quebrantado:
en vano acrecentaron el desprecio
y un odio descarnado
y ese báculo roto de la muerte bajando
al raído estelaje de los huesos.

No desesperes, madre:
retornaré de súbito; iremos por las hondas
palideces
de las cosas que en ira se deshacen,
por ese llanto tuyo de aluminio
que alteró el asentado paisaje de tu rostro.

Te he mirado entre ruinas
- metal de minerías -, y eras una solemne
cicatriz arrugada, con pliegues y agujeros

trazados sobre un mapa de quebranto;
y he visto al pescador abriendo el agua
por hallarte,
y eras una bandera con jirones, con luto,
madre de todos,
paraguaya del tiempo del dolor, del rudo tiempo
de las restituciones.

¡Volveremos! Recuerda:
el pan sale del trigo; la simiente resurge
con la lluvia; el clavel arrasado
en años de dolor estalla en balas!

No desesperes, madre . . .

CANTO A LA LIBERTAD

Hacerla nuestra,
permanente y vibrante; diseminada
por el trueno y la lluvia;
frenética en distantes territorios,
en helechos fluviales;
sonora en nuestro pecho, iluminada,
semilla insustituible, espiga virgen.

La libertad no yace como la ven algunos,
ni está herida ni rota,
ni su presencia virgen sangrante como creen.
Nacida con el hombre, a veces demolida
por espadas feroces, por espantos,
pero yacente nunca como la quieren manos
de pus y corrompidas.

Linaje presenciado,
nos golpea por dentro de la sangre,
lluvia vertiginosa y ascua ardida,

repetida y eterna.
Fugaz, mas ausente,
palpitante en el alma se nos queda,
y una flor y otra flor no igualan nunca
su estirpe inolvidable.

Roto eslabón rodado,
embestida por manos macilentas
que levantan su cólera, su furia,
su inconsistencia bárbara;
golpeada por traidores,
escupida,
cayendo en la desgracia y enlutada,
aunque a pesar de todo, enhiesta en las corolas,
en la imagen tenaz de las arquitecturas,
en todo lo visible y permanente,
y en el rumor de la ola.

Nuestro deber: asirla,
recoger su simiente cuando ondulando pasa
por el amor y el sol de los boscajes,
y se pierde en el viento como un respiro fiero
de fuerza y energía.

Golpeándose nos llega, densa de aurora sobria,
por indomables ráfagas,
en perpetua vigilia.

¡Pasiones!
¡Vestirnos de energía por hacerla
nuestra y definitiva!

Que está en nosotros,
en el sendero abierto de las venas
llamando a presenciarla.

Ella misma lo sabe. Ella mismo lo dijo
cuando el hombre nacía:

–Mi sangre por tu sangre.
Mientras yo viva: vives.
Cuando yo muera: mueres.

DESPUES DEL FINAL...
EL CORAZON ESPERANZADO

Yo dejé el corazón por aquellas comarcas
con guitarras cubiertas de sol y mandiocales,
profundas como una madre antigua,
taciturnos recintos del maíz,
cintas de vegetales;
yo lo dejé una tarde densa, seca, enterrada,
con el pecho cayendo de un pesado nocturno
mirando los cereales, la tierra trabajada
por honrados varones, quemados por aviones;
los metales que ardían por encontrar un sitio
donde dejar su rota memoria
enloquecida.

(Era mi patria entonces
un temblor de silencio, un recinto letárgico
de arroyos, amapolas y caballos,
un reducto teñido de verdes naranjales
donde todos lograban su pan y su destino
con el sudor y la honra;
y aún más, un lugar donde el aire
podía simplemente decir: ¡yo soy el aire!)

Yo dejé el corazón, un puñado de sueños
que cubría mi frente como una enredadera
o hermosuras golpeadas por el agua y la lluvia;
cuando el humo extendía su sombra machacada
por calientes heridas; cuando el fuego
fue destruyendo todo, y todo fue cubierto
por un odio brutal, incontrolado.

Campesinos he visto
–viejos robles clavados en la tierra–,
desarraigados de su hogar un día,
taciturnos y graves,
tomando el azadón, moldeando filos...;
vi novias, madres, vi mujeres
–puros y sensitivos perfiles silenciosos–
no llorando al perdido varón, sino inflexibles,
heredando el valor que ellos dejaron...

(Todo: la flor silvestre, sus corolas,
todo estaba golpeado, todo herido;
las pestañas del pétalo, las sábanas del lirio,
todo sumido ya en lastimaduras,
y en esas enramadas inocentes se vio el odio
como una sombra de puñal tendida).

Entonces yo quedé en lo que fue hollado,
hollado sin piedad y con desprecio,
quedé en la arena frágil que temblaba
en la copa del árbol por huir del martirio;
quedé en la pobre aldea, con luz desventurada,
con sólo sombras y oraciones,
en esos campos, sendas desoladas,
que eran endebles cimas de dolor sin amparo.

Todo era denso y duro.

Yo dejé el corazón, allí, plantado,
sabiendo que persiste la fe que nos alumbra,
y cuando en breve sepan que nunca se ha rendido,
volveré a recogerlo.

EL SEMBRADOR CAIDO

(Alberto Candia, una Luz asesinada
por orden de la Sombra).

I

Desde un límite fúnebre nos mira,
desde la niebla inquebrantable y húmeda,
desde un sitio de rotas rosas negras
donde el rosal devora escalofríos,
desde el silencio, desde el fondo
de una casa desierta, sin nada, sólo con sombra y polvo,
sin nada, sólo con la humedad que le muerde los huesos.

La tierra lo recibe;
mas no como una gota exterminada, como hojarasca
que a solas cae sin recuerdo alguno, sino como un mayúsculo
símbolo de la patria violentada;
que lo han metido allí, que lo han clavado
en un cajón a nuestro suelo amargo,
a Alberto, al Hombre,
que andaba con su inmenso amor a cuestas
y a la sombra del pueblo caminaba.

Creció sobre una tierra verdadera.
Su acento era el acento de los ríos, hondura
de un remanso profundo y majestuoso;
su palabra era el pan de los humildes,
y todo él, raíz entre raíces,
piedra de los caminos, gleba y pueblo.

Rumor del pueblo, suma de su hombría.
Pulso de su grandeza y su silencio.

II

Esto es lo más.
¡Ya no es posible, no, ya no es posible
tanto horizonte amargo y empañado,
tanta fibra arrancada de su tallo,
tanta tierra enterrada!

¡Hay que acudir allí! ¡Allí, bajo esos naranjales
ajados, destrozados por la explosión terrible!
Ver esas soledades donde el odio
sacude su imán torvo y descarnado;
allí, donde ya nadie
puede ocultar su sino entre coágulos;
mirar el orificio de las cuencas vacías
y a esa madre que bebe su corazón temblando.

Patria desnuda y sola, patriarcal
madera herida a clavos y a golpazos:
no voltearán tus fechas, no serás aterida
soga cortada; que llevarás a cuestas el retoño
de los héroes, exacta dimensión de tierra pura,
¡brizna total de piedra amanecida!

Alberto es hijo tuyo, manojo
amordazado a secas por la muerte;
él fue a templar su hombría en tus caminos,
anduvo entre tu pobre polvo herido,
aun más, más lejos, fue a tus cauces
de substancias eternas, apartó con sus dedos
hojas y pétalos, conoció a los humildes
y supo ver la altura total de esa grandeza!
¡Y lo han matado, hasta volverlo
un hoyo abierto, hasta pegarlo al barro, hasta
saberlo
definitivamente hermano de la tierra!

Para poder dolernos la agonía
fue necesario verte amordazada; fue necesario
saberte entre candados y cerrojos,
y a él muerto, ¡muerto!
¡vuelto un raudal deshecho en el martirio!

Hoy retorna a su origen.
El corazón se alienta con su vida.
El corazón dolido por su muerte.

III

Aquí se abre la tierra
y su mano nos toca y nos conoce,
discute con la muerte,
señala un horizonte,
siembra una rosa pura en cada pecho.

Sobre esta fosa vienen a mirarse
los que llevan sembrados de esperanza en la sangre;
aquí llegan y miran su corazón aquellos
que heredaron su estirpe y su pureza.

Los oprimidos tocan su llaga, y lo conocen.
Los obreros se tocan el pecho, y lo conocen.
Y desde lejos llega con harapos un niño,
solloza y lo conoce.

Hoy tiene el Paraguay un claro nombre
para quemar las sombras y encenderlas.

Hoy tiene un alto germen de luz para mañana.

YA EN EL CAMINO...

I

Con un estruendo seco,
entre una geografía de súbito abandono,
gastando cerraduras tenazmente
en un trabajo frío,
bajo un atardecer con furia agónica,
haciendo girar goznes, desvencijando goznes,
se cerraron las puertas.

No queda adentro sino yermo,
sino ruidos vagos y agoreros,
sino hueco olvidado.

Lo real es ese pálido agujero,
esos campos sin hálitos, bosques sin leñadores,
esa viuda enlutada por sus hijos,
esa extensión que es patria de salmueras sangrientas,
ese espacio que es patria de cenizas espesas
y humaredas de tumbo en tumbo caídas.

(Primera letra del dolor;
anunciación de asfixia y desventura;
punto inicial del ensimismamiento).

Nuestra patria está sola como un papel caído,
como una hierba sola.

II

Y solo el paraguayo.
Con un par de guitarras sobre el hombro
–sacudiéndose el polvo de todos los desvelos–,
camina oliendo a tierra,
a selva todavía;

en una pulsará su tristeza profunda,
en la otra, su rebeldía antigua como su tierra.

Una imagen de cruces y medallas
caída del follaje forestal
traspone los umbrales de sus pupilas hondas,
le fija una atadura,
le rubrica una amarra de recuerdos amargos.

Autorizado por la voz que sale
de grietas dibujadas sobre muros quebrados,
–tatuado a golpe de hachas,
con la antigua sonrisa demolida,
con el pecho marcado por demolida herrumbre–,
llega con una voz de entraña apretujada
y con una canción de llamarada errante.

Es como si saliera de un barranco,
de patios deshabitados y sin ecos perpetuos;
resucitado de un relámpago,
de un gajo desprendido
como un rayo de luz de una órbita vacía.

Nada sobre su frente que no hable de dureza.
Nada que nos recuerde lo que no sea denso.
Nada en su mano dura que no hable de sudores.
Nada que lleve a olvido su condición de errante.

Todo él, metal cortante; filo final, seguro;
funda de empuñadura.

III

Ahora habrá que errar,
y habrá que ser, ser sobre todo;

habrá que echar un velo por los ojos
y olvidar esos rotos raigones devastados,

los sucios cobertizos del escombro,
esa mirada horrible de los ejecutados
que un día reposaron, de súbito partidos,
sobre la arena exhausta;

habrá que recoger polvo derruido;

habrá que ver la patria
en una pesadilla con vidrios y gangrenas,
sola y desierta
como un arcángel que perdió su rumbo,
sin ese aliento necesario
que hoy se arrastra temblando por los pálidos
yermos;

habrá que morder siempre nuestra mano desnuda
y detener la sangre que por la boca salta
en un grito de rabia,
en este aprendizaje de ausencia involuntaria;
habrá que estar errando.

(Y no olvidar a todos los que adentro,
detrás de una cortina con prisioneros y alertas,
llevando hogueras albas por grises cautiverios,
orientan esa brújula
segura y pensativa de un tiempo venidero).

Solamente con nieblas tapando las retinas
podrá no verse a ciegas nuestra sed de retorno,
nuestras plantas heridas,
la escritura de fe que maduramos,
ese hilo de pasión que recorre la tierra
por encontrar serenas latitudes,
lo mismo que nosotros
–hijos de un gran asombro forestal y catástrofes–,
saliendo como nosotros,
como nosotros,
de la más honda tierra a las seguras superficies.

A las seguras superficies.

Resoles Aridos

1948–1949

A mi madre,
árbol de la misma tierra

I

PASE, SEÑOR...

Pase, señor;
venga a ver este suelo, venga
por la fosforescencia de los verdes panales,
panales refrescados en las constelaciones;
orille usted las márgenes
de ríos que recogen claridad matutina,
donde las frescas aguas mojan los cocoteros.

No hallará aquí sino caminos,
escoriaciones rojas de sol, crepusculares,
vestigios carreteros y aturdidos;
algo insignificante, un niño hambriento,
un hueso calcinado, un perro;
pase, señor, pase, pase.

¡Decoración fragante,
olorosas esencias de la noche!
Luna en el nacimiento de los ríos
y en los ríos las ondas madereras
y en las madererías las frondas donde cuelgan
lentas vocinglerías del pico de los pájaros.

Descanse en este tronco,
sobre esa artesanía de elementales hierbas,
en los soleados círculos
de los agostaderos; sorba jugos
de cocos y raíces,
el jugo natural de las pulpas carnosas.

Recogerá entre matas
medianoche de sombra en las ojeras,
la recóndita pena que hiere las cortezas,

el lacerante agobio
que resbala en los brazos como un niño dormido.

Vea también, señor,
el hipar de los verdes aguachares,
donde están chapoteando resuellos trepidantes
de atardeceres olorosos,
melancólicos ojos en las gobernaciones
susurrantes de los bosques atávicos,
la suspensa opulencia de las fibras frutales
como amarillas lenguas que mojan las estrellas.

Y lo mejor, los hombres;
búsquelos cualquier día en los caminos,
por el feudo feraz de los amaneceres
o en las capitanías del rocío,
sencillos como un árbol,
como los frescos himnos de los antiguos ríos,
estelares, estelas verdaderas.

Pase, señor, pase, pase.

VÉRTIGO

No toquéis esta tierra sino tenéis la sangre
dispuesta a ser después antorcha viva,
quemazón de parte a parte.

Mapa descolorido (sol, paisaje),
entre golpes, arado por terribles
y secas soledades.

De Norte a Sur, resolanas que salen
por la epidermis, como un tufo denso
que al viento se deshace.

El Sur, callado, una corola que abre
como una mano antigua su silencio,
su dolor, por el aire.

Un hedor calcinado de yerbales.
Un verano que acecha entre las ramas
y en el sudor se expande.

El Norte, duro, un combatiente sable
de abierto cortezón y de tanino;
furor de quebrachales.

Lúbricos mediodías que se esparcen
por las grietas escuálidas, sedientas,
que encandilan la sangre.

Y el Centro, un corazón quemante,
latido potencial, alforja verde,
crisol de mandiocales.

Encendidos terraplenes, hondos valles,
paren niños con ojos dilatados
y estómagos con hambre.

Desde antiguo esta tierra tiene arranques
de furor, que le arañan los raigones
como rayos brutales.

A martillazos forja este linaje
de hombres que tienen la corteza dura,
que en las cortezas laten.

Bordado a lento fuego, su ropaje
nos cubre con su seca virulencia
de calor sofocante.

No la toquéis sino queréis que os claven
su espina roja, su ademán terroso,
su vértigo implacable.

Callada es esta tierra. ¡No la toquéis!
Sus polvaredas arden.

PAISAJE

Además, todo es sencillo.
Lomadas rojas, lomadas enjutas, secas.
Sedienta res bordeando tajamares.
Silencio y sed en el solar desierto
y protesta apretada en los bolsillos.

Todo es sencillo.

Además,
niños –tubérculos desnudos, amarillos–.
Sin nada y nadie el mandiocal cercano.
Hambre a puñado, a puño enardecido.
Bocas rabiosas de dormir hambrientas.
A lo lejos, pequeños vientres caídos.
La muerte en el camino.

Todo es sencillo.

PERRO VIEJO *

El perro flaco de la casa vieja,
con algo de color de pergamino,
sale por los atajos y el camino
con un paso de espectro que se aleja.

---

* Inédito, 1949

Con una piel de sombras marchitadas,
rengueando, solo, por las calles trota,
fugaz aparición que siempre brota
de la maraña de las alambradas.

¿Qué habría entre tú y otros, viejo perro,
que se les dio la vida de tal modo,
que peleando y cayendo, codo a codo,
era como marchar hacia un entierro?

Seguramente nadie lo sabría;
lo cierto es que saltando hacia el rocío,
sonaba tu ladrido en el vacío
como un eco que en vano desafía.

¡Quién sabe cómo ha sido! Se asemeja
tu imagen, desvaída en la acechanza
de un sueño triste, a toda la esperanza
que en una siesta ardiente se refleja.

Así se cumple todo, mientras pasa
tu piel raída por la vieja casa.

DE MONEDA SOLAR, PUEBLOS DORMIDOS

Si se mira estos pueblos,
si un día de los tantos pisáramos su sombra,
el equilibrio inmóvil del rocío
solo, solo como una lágrima del cielo:
¿Haría falta un signo, un eco,
un latido recóndito
para tener un nombre al desamparo?
¿O solamente habría
que disponer los ojos como flores silvestres?

Densidad de caballos,
pájaros como gotas virginales de altura,
desvanecidas hierbas, resonancias yacentes de la noche:
¿Os dejaron aquí para estrenar de nuevo
el éxtasis más hondo de la tierra,
o acaso sois un soplo de antigua penitencia?

Poned, poned los ojos
–el manantial desnudo por donde sale el alma–
traspasados de flechas vesperales;
los ojos solamente, así, sin más memoria
que lo que van a recoger sufriendo,
inaugurando un súbito color para el recuerdo
donde reinan remotas claridades.

Cruzad por estos pueblos,
ciegos bajo la fiesta
deshabitada y seca del polvo, detenidos
como ardorosos pétalos de flor agonizante,
donde sólo el metálico esqueleto
de la luna se airea en las centellas;
el verde luminario de los valles perdidos
bajo el lejano pulso desbocado del tiempo...

¿De dónde este desvelo
de silvestre y solar fosforescencia,
el rumor enconado que convoca luceros
cuando un caballo suple el resuello de la noche?
¿Qué lengua aplaca sed en los resoles
del jugo limonar y los naranjos de estío
si no es la misma lengua del silencio?

¿Cautivaron al tedio,
guareciendo en destellos de taciturno ocaso
su rumoroso polvo de vejez y de muerte?
¿Hurgó aquí la fatiga? ¿O solamente un pálido
fulgor inanimado, un soplo agónico?

Tristezas, sí, tristezas
las que cubren su frente de cabellera diurna
–maciega sin el riego, sorbiendo su abandono–,
las hierbas erizadas que no tienen memoria
de la espiral frescura de la lluvia,
el exterminio oscuro de las madererías,
los ocasos inmensos y la triste
sombra desparramada de las tristes muchachas.

Detened vuestra frente
por el rescoldo vivo de la arena,
por las radiantes briznas derruidas
que prenden la fogata de un yerbal pensativo,
por el temblor intacto del verano
quemando resplandores,
densas crepitaciones de calcinados tufos,
coléricos follajes de lumbres forestales.

Amarga línea de pobre,
¡oh pan de pueblo calcinado en lágrimas!,
por aquí maduro vuestra presencia
de carbón fragoroso y de nostalgias,
¡por aquí habéis dejado las más terribles hebras,
el fragor más amargo...!

Poned, poned los ojos
en la invasora copa de los lejanos árboles
abiertos al despojo de las desolaciones...

PUERTO DEL NORTE

¡Salud, muchacho!

Seca ese llanto oscuro
en la represa triste de tus ojos,
y veamos, veamos

el implacable ardor de los bejucos,
la resolana, ese puñal primario,
el sol que raja las riberas mudas.

Hoy tengo para ti todo este día
que trepida en lo fúlgido;
para ti una ancha risa
que ha de estallar como panal maduro.
¡Hoy quiero ver al sol saltando
sobre la piel del músculo!

¡Qué importa que ellos tengan!
Nuestro es el rostro pleno de la luna.

¡Qué importa que ellos tengan!
El lucero estival cae en nosotros.

¡Qué importa un salivazo,
si las llamas del día nos incendian!

Y bien, muchacho:
por aquí andamos, bajo la misma raya
de sol que se retuerce a nuestros pasos,
sobre un aroma virgen y fulgente
de ramajes ligeros;
la luz quema la sarna de los perros
y cubre de estelajes nuestro pecho.

Es cierto que hay momentos
en que todo es amargo, que nos duelen
hasta las hojas llenas de ternura;
cierto que hay niños tristes,
rabiosas chispas de furor, arando
nuestras manos cruzadas de estampidos.

Hoy tengo para ti todo este día.
Todo es nuestro esta tarde;
nuestro el frutal estruendo de las olas

que zarpan clamorosas de la orilla;
el viento con sus ondas.

Todo es nuestro, muchacho.

¡Todo! Hasta las fragancias calurosas.

SURCOS FURIOSOS

En un país de trigos,
se hubiera sido brisa.

Aquí, ráfaga,
ráfagas abortando sobre el vértigo,
grieta desmoronada,
esparto seco.

Aquí, resplandor ciego
y aletazo convulso y deslumbrante,
sequía en amoroso alumbramiento,
¡aridez resonante y relumbrada!

En un país de trigos,
sólo brisa.

Cedazo aquí, cedazo
de sembraduras sórdidas,
fruto terrible, parto de estertores,
¡varonil espiral deslumbradora!

FULGOR

Nada, nada más que la arena
la que colma los huesos de sonido.

El crepúsculo azul, fosforescente,
calcina los aromos.

Conozco este camino,
el disturbio excitante de los pasos,
el vigoroso polvo enardecido,
la opulencia exprimida de su reguero virgen.

Precipitada y ruda,
en un rodaje lento y distendido,
la poderosa talla del hombre, taciturna,
arroja sus veneros de rotunda violencia,
su hervidero feroz de claridades.

Como un perpetuo tajo,
¡qué oscuro grito duerme en el silencio!
Lenta noria de rostros gira aciaga
por las canteras del camino ciego,
rostros de antepasados, escupidos,
entre un fulgor de antiguo sortilegio.

Como el camino andando,
el cuerpo anda arrojando su cansancio,
la yerba anda a zancadas polvorientas,
la resolana andando;
andando en el agobio atardecido
el viento llora por andar desnudo;
andando la aspereza
como el camino andando;
¡y hasta la sed y el hambre
llegan saltando a pasos andariegos!

Largo camino, largo,
verde lagarto en ámbitos terrosos,
su cola invita a ver estos desiertos
como diciendo: aquí, aquí se compra,
aquí se roba el sueño a las estrellas,
éste es el mineral alucinado,

éste el cuchillo,
¡la extensión es ésta!

¡Brecha abierta en la brecha
de este caldeado atardecer radioso!

COSTAS MUDAS

Guardan silencio seco;
también estas riberas
tienen quietud,
quietud que pesa.
Los árboles, arcones de la altura;
los montes, hendiduras polvorientas,
y el sol, rojo relámpago,
horada arenas que su rayo quema.

La tierra con sus ubres
segrega polvareda amarillenta.

Hiere entonces la sangre
—como espolón salvaje— las cortezas;
suda la piel un resplandor antiguo;
raja la luz, tostada, la ribera
y entre el reposo lívido
deja el cuerpo de ser — ¡un sólo instante!—
¡Carbón quemado, diapasón de hoguera!

RÍO PROFUNDO

Precipita su ronda bocanada
de hedores con sabor a selvas ásperas,
horadando arenales calcinados,

sedientos barrancales,
secos agostaderos.

Sorbiendo un zumo amargo,
con el lomo transido a latigazos
de mayorales, hervideros de odio,
con clamor de mestizos, desbaratado a tiros,
cruza toda la ruda
planicie azul hasta una verde hondura.

(Desde más antes,
cuando América andaba en otro signo
y toda su rudeza se enredaba
a su desvelo de follaje y tierra,
llevaba ya esas grises correntadas
entre líquenes hondos de duelo y agonía.)

¡Cuánto deben dolerle sus veneros
de tanto estar quemando con sus aguas, orillas
de atroz desolación y de amargura,
donde se encorvan cuerpos
como negros carbones que se rompen y caen
sin fuego, en una lenta derrota hacia la tierra!

Aguas de antiguo origen,
lágrimas de las grietas que gobiernan los musgos,
tienen toda la ojera de estos montes sombríos,
toda la pesadumbre del llanto contenido,
toda esta sorda rabia,
todo un odio callado y apretado,
toda esta furia atávica.

Muñón y espejo móvil
de locos mediodías trenzados a la noche;
substancia, húmeda fibra que recoge
como un panal silvestre la silvestre aspereza,
el sudor desbocado,

el dolor más antiguo de las espaldas graves
que cargan para siempre su tensión humillada.

Entre piques rompiendo
su esternón poderoso y empapado,
salpicando la arena encandilada
y trasluciendo máscaras,
máscaras de hombres recios que arrastran su destino
por selvas infernales de estupor y castigo.

Estos dejan allí, allí su roja
y flamígera piel de lluvia y de verano,
sus ropas que se empapan jadeando en las tardes,
su silencio lunario de leña y de caminos,
toda la rosa grave de su sombra,
y después, además,
sus bocas y sus gritos despeñados
en el lecho caliente de gris fosforescencia.

Es cuando entonces suenan
por sus remansos turbias dentelladas.

Y ya no quedan hombres que no quieran
medir su voz, su entraña, en sus bramidos.

CANCIÓN

¡Qué larga la puñalada,
signo del puñal clavado!

Rojos caminos de sangre,
puñal, abrirás con saña.
Negros caminos de muerte,
puñal, sobre la alborada.

Las raíces y los pájaros
se elevan en las sombras que agazapa
la noche, por ver tu filo
seguro y además por ver tu vaina,
funda de metal fulgente,
dura y ancha.

Puñal,
lustrado en piedras de rabia,
rayo atado a la cintura,
¡luna de las noches bárbaras!

Sobre la selva, tu filo
claro. Yo voy por la madrugada
a ver tu rastro,
tu rastro sangriento y largo,
es decir,
la puñalada.

¡Hunde, puñal, tu primario
filo en las duras espaldas
de los que se están llevando
hasta el remanso del agua!

Si no, puñal,
¿para qué clavas?

CROQUIS

Con un olor a selva,
en un fragor de vegetal caída
y con húmedas frutas que le sangran
goteando en las pupilas.

Insultando a este círculo
de fresca madrugada retorcida,

sus recónditos ojos han quemado
la boreal orilla
de los caminos lúbricos,
de las raíces limpias.

¡Hembra para el placer! Caparazón
frutal en la fatiga.

CANTO EN EL SUR

Esta noche, en el Sur,
me he mirado en tus ojos.

Soy como tú,
de piel morena, oscura, oscura,
con estrellas metidas por adentro
y por fuera sudor, cáscara ruda.

Tengo la sangre hirviendo
como un sinuoso trueno derramado,
tengo las manos ásperas
como herramientas duras y soleadas;
tengo los ojos lúbricos
como lúbricas raíces.

Esta noche, en el Sur,
me he mirado en tus ojos.

Te vi ayer en el Norte;
vi en el Norte lo mismo, el mismo
y primario dolor sobre los cuerpos,
el aguardiente galopando a sorbos
y lo demás lo mismo: el mismo
brazo sudando a contraluz sangrienta,
el mayoral que brama entre los árboles,
los mismos ojos sin calor, la misma

temblorosa epilepsia del sudor,
los mismos exprimidos,
¡los mismos coronados!

Esta noche, en el Sur,
me he mirado en tus ojos.

Soy como tú,
la misma turbulencia contra el mismo espejismo,
idéntico remanso bajo la misma noche.

Conservo el sortilegio
de estas zonas arbóreas que me cercan;
tengo la risa ronca
y estas anchas tristezas.

De piel morena, oscura,
pisando en el calor exasperado.

GUITARRA DE SEMBRADORES

Contorno y geografía de sueño y de madera,
tienes, guitarra, soles que encienden la garganta,
ecos que condecoran la sangre con estruendo,
el corazón con brasas.

Cristal de miradores aflorando en el pecho,
vena de nuestra voz, terrón arrebatado,
endurecida gota de arboledas sonoras,
de tórrido remanso.

Tienes una armadura de forestal silencio
y áridas bocanadas de estos desiertos áridos,
golpeándonos por dentro con sus sordos secretos
de arpegios incendiados.

Veo en las madrugadas duras manos que cogen
tu cuerpo, hasta apretarlo contra otro cuerpo duro,
desembocando en él para empezar el día
con vértigo profundo.

Son como marejadas que llegan a ribera
y extienden en reposo sus olas más feroces.
Litoral de madera: tu caja es una orilla
donde cantan los hombres.

Dejan allí sus venas, su amor, de cara al viento,
orlados por el sol que las raíces quema,
mientras van arrojando semillas con las manos
en las amargas tierras.

Que tienen la epidermis soleada y te enamoran
con áspera caricia, con raptos torrenciales,
y te dejan sus nervios, su corazón, sus huesos
y su canto anhelante.

Hace falta tocar, coger la más profunda
fibra de hervor caliente o sol desparramado,
para tener la boca ardiente y encendida
y seguir caminando.

Firmes manos te toman de la firme cintura,
firmes manos de suave sudor y antigua sangre,
con una vocación de acuchillar tristezas
besando sus cordajes.

Son hombres que perforan su pecho con tu caja
para enterrarte en él como en rojo relámpago,
hasta que allí te envuelva su cotidiana fiebre
de sueño y arrebato.

Son hombres todos llenos de relente y boscaje,
cálices de la vida, generosos y fuertes,
que cantan y te sienten y están amaneciendo,
que gritan y te sienten.

Toca, guitarra plena, amanecida, toca
la cuerda popular, la más caliente y densa,
aunque rompa tu cuerpo sonoro su mensaje,
su vibración tremenda.

Y entonces cuando vistas ese ardiente ropaje
de las cosas que tienen color de nuestros actos,
pondré tu arquitectura de madera profunda
sobre el pecho, cantando.

LAS VERDES COPAS

¡Alumbra,
alumbra, arrebol, al árbol!

Las jugosas raíces
han de exprimirse aquí con los luceros;
caerá el amanecer como una espuma inmóvil,
vertical y fogosa,
¡tal vez riendo como virgen púdica!

Acaso nadie habite ya estos bosques.
Los ojos con que miro, ¿verán sólo la sombra
de los hombres que echaron estos árboles;
leña, tierna leña quemada,
sólo recuerdos pálidos de dolor y pobreza?
El sonido que siento,
¿es resonancia apenas de valles agobiados?

Temblor, temblores de árbol,
fulguración aciaga de los vértigos;
aire que tiembla, que hace en el otoño
temblar derrumbamientos de madera sonora,
temblor de raíces
por hoyos silenciosos, tembladeros
con canciones de pájaros,

tembladeral de savias, temblor hondo
de vidas pisoteadas,
de temblorosas vidas leñadoras...

¡Alturas de embelesos!
Mira tu rostro, leñador, mira tus manos,
tus manos de cerámica y frescura,
mira la noche, la profunda noche,
la tristeza ancestral de los que han caído
como ardorosas ramas derribadas
o derribados huesos.

Magnitud matutina,
no, no solamente hay árbol
o rumorosas plantas que sujetan al aire,
sino respiraciones,
resollando entre lluvias y resinas,
de una humana presencia que atravesó estas selvas.

Bastión de soledades,
atalaya auroral para el silencio;
derrumbadero tórrido
de murmullos solares, línea augusta
para una vida intensa de amarras vegetales,
para una muerte leñadora...

GALOPE EN LA SELVA

No hay piedra sino polvo, verde polvo,
sólo palmar rielado por la luna,
agrestes turbonadas estivales,
polvo y sudor, rasgando guardamontes.

Sólo calor, oscuras polvaredas;
polvaredas, calor, breñal abierto,

huellas quemantes, lomas coloradas,
verano en virulencias.
Galopando...

Galopando el sudor. El monte duro,
con vapores selváticos y musgos
está quemando frenos y monturas.

No hay sino son de brazos trasudados,
sino brazos talando arboladuras,
desenfundando el árbol de la tierra,
desenfundando el sol de la corteza.

Deshilachando el aire.
A pulso firme
se va a tragar la tierra los estribos.
Un furioso galope en el crepúsculo
pega al sudor el polvo de las huellas.

Sufren la tierra, el monte, las taperas
al son de la herradura.
Las hojas truenan
con verdes ademanes que se quiebran.
Suenan las ramas y el jinete sabe
que la muerte le acecha en la arboleda.

No hay sino polvo, verde polvo,
polvo en el árbol, en la rama quieta,
y en el furor de los bejucos, polvo.

Es el galope a una infernal ribera
porque en el monte hay polvo, polvo y muerte
al son de la herradura.
Muerte y polvo.

CAMPESINO MUERTO

Así pasó, lo mismo que una sombra,
como alguien al que ya, yerto y deshecho,
ni el duro filo del final le asombra.

De una fecunda tierra estuvo hecho;
verde y oscura soledad le llora
y el desierto le brama sobre el pecho.

Lenguas de vendavales van ahora
a dejar en sus sienes el más fino
puñal, que le atraviesa y le enamora.

¡Qué dura vida se trazó un camino
sobre su cuerpo, en densa paletada,
hartándole de penas y de espino!

Con acopio de fuerzas, marejada
de furor fue dejando en su osamenta,
y harapos en su piel de arruga ajada.

Y le dejó en la frente una tormenta
y un relámpago vivo y campesino,
con que labrarse una pasión sangrienta.

Y así pasó, golpeando su destino
con frenético ardor desperezado;
no se alejó, sino que siempre vino
hasta la tierra en que quedó clavado.
Y su corona fue de tierra pura,
como de tierra su ademán callado.

El sol que truena por la piedra dura
y el trueno que fulgura en el estruendo
le arañan con su hervor y calentura.

Y ahora están sus huesos derritiendo

su fervor, por las briznas torrenciales
con secreto calor de tronco ardiendo.

Hoy son sus vestimentas vegetales
las que vuelven su pulso arena fría
por las trepidaciones boreales.

Cayó labrando cuando el sol crecía,
con relente de fuego y armadura
y el fuego entre sus dedos se partía,

Seguro se halla ya en caja segura,
y en un hoyo que al fondo lo destierra
con hierbas por mantón y sepultura.

Raigón yacente que al raigón se aferra,
a la honda polvareda machacada,
sin nada ya que se recuerde, nada
más que el sangriento beso de la tierra.

CREPÚSCULO

Aun con las alturas estrelladas,
aun, hijo, aun con pájaros,
aun con los consuelos del silencio,
yo querría llevarte,
tal vez al Sur, ¡quién sabe!

El Norte, con su cálido aguardiente,
se encandila entre secos mediodías,
incendiando los ojos,
excitando quietudes fragorosas
como quieren los árboles.

He enterrado mis huesos
en el rumor creciente y desolado,

bajo el calor pesado de las hierbas quemadas,
en un sopor de luces vegetales
donde acampan osarios de silencio.

El crepúsculo hierve
haciendo rodar cuerpos;
como un devorador lecho de espinas
suena a espanto desierto,
a un eco entre vagidos jadeantes,
a un rosario de huesos.

¡Quién no vió aquí
a los que exhiben su dolor, a aquellos
que ya ni saben exhibir su sangre,
la grotesca comparsa sifilítica,
los que apenas arrastran su esqueleto,
su ramaje sangriento!

Tal vez al Sur te llevaría entonces,
hacia la clara luz de otras estrellas...

SOLAR

Todo conserva aquí el color de nuestros actos,
color de nuestros pasos,
color de nuestra vida, simple como una raya
de encandilado sol a mediodía.

Sobre la sombra pura de esta tierra,
plateada de cuchillos,
sobre este libro duro de pobre agricultura,
hemos dejado todos algo de nuestra frente,
un austero pedazo de luz de nuestra vida;
en el lascivo y tórrido silencio

y en el aire que pasa sepultando
su fervor turbulento entre las flores.

En los callados pueblos,
fronteras exiliadas en su propio silencio,
con voces de lunaria lejanía,
nuestros pasos dejaron sus vestigios
como fríos puñales pasados por la muerte.

Sobre cada bruñida
guirnalda de raíz se estampó un nombre,
un nombre de los nuestros, una estela
de nuestro ser, siempre escribiendo
en la luz poderosa y las estrellas.

Y entre los naranjales
brillaba, constelada, nuestra angustia,
nuestra dura esperanza,
nuestros puños curtidos que empapaban
de violento aluvión el aire de la tarde.

Herido de verano, solar desamparado,
con follajes transidos de silencio,
llora un dolor de sueños,
sangra un sudor moreno
en los pechos que pasan exprimiendo
su taciturna pulpa en su abandono.

Tendido en el desierto,
solar único y solo,
sabe que alguna vez traspasó nuestras ropas
su arena y su quietud de pobre hierba;
duerme en sus soledades
velando en sus ojeras nuestra ausencia,
interrogando al sol por nuestra vida.

VERSOS A...

Mañana volveré por mis arroyos,
me enfundaré en sonoras vastedades
de cielos y labores,
mañana volveré por desdobladas
capitanías de granos
—dentro de un grano fecundando al viento—,
veré, trajeado de vapor, rocíos,
surcos brillantes,
bríos de la tierra.

Y atrás quedarán todos los sollozos
—sus regadíos de diluvio níveo—,
estos anchos recuerdos, desolados,
ofuscando mi frente,
atrás lo que nos hiere,
atrás este bramar entre hendiduras.

Sonaré a sembradura,
a hierbas apretadas en la boca;
marcharé entre marañas
de crines sacudidas por la lluvia,
hasta cazar crepúsculos y pájaros,
levantaré en la mano una aromada
lujuria de amapolas.

Déjame ahora aquí,
con mi pasión y mi fulgor despiertos;
déjame esta costumbre de cavar con los dientes
en el amor y el odio, en estos años
de trueno deshojado y polvoriento.

Por ahora, sólo por ahora;
ya alguna vez podré cantar distintas
canciones en la tarde,
canciones que celebren
con el más simple amor la nueva vida.

Alguna vez podremos
reposar entre hierbas perfumadas
y yo me iré cantando entre arreboles
y alteraciones de clavel y lumbres.

Mañana volveré por mis arroyos,
¡y he de calzarme flores
y un vendaval me lustrará la frente!

II

DURO QUEBRACHO

Tuve que comenzar a estar despierto
para llegar a tu infernal altura,
y para ver esa enramada oscura
que te ciñe al raigón de este desierto.

Pisando tu sudor, de trecho en trecho,
con telúrico viento entre las sienes,
miro que adentro de la sangre tienes
una fragua de ardor quemando el pecho.

Por encontrar lo nuestro, lo seguro,
llego a tocar tu oreada contextura,
y para hallar la cáscara madura
que nos encienda con su fuego puro.

I

Ni el hervor vegetal,
ni el aire, ni las hojas
que entre flagelos tórridos se desprenden y ruedan,
ni el matorral que aguarda la llegada
de lagartijas con color de fiebre;
ni el aire, ni las hojas
conocen el secreto de la selva,
cisterna torrencial, ámbito airado.

(¡Patio nocturno,
umbría borbotante del murmullo,
vórtice del vacío, confín remoto del espasmo
y la acechanza!)

Apenas una sombra, el indio
—con una vestimenta de sol y de intemperie—,
cruzó estas vastedades,
sumergido en el vértigo, solitario y desnudo,
atisbando el vacío,
esta alfombra ancestral de pelos verdes.

Todo podía ser:
turbulento hemisferio de sombras y guerreros,
violencia de la flecha por el aire
en geometría de fugaz contorno;
podían ser odio,
los antiguos rituales y las hechicerías
sin profanar la catedral de un árbol.
¡Sin profanar la catedral de un árbol!

Un día, sin embargo, cuando el tiempo
hizo sentir su paso en tantas cosas,
y el sol se santiguaba ante la inmensa
grandeza forestal tendida,
un extraño metal cayó implacable,
cayó con furia sobre un torso verde

que en ademán frenético
resolló por la herida en la corteza.
Y cuando el hombre quiso proseguir su faena
–estampa ruda de arrogancia erguida–,
el monte abrió sus grietas y agujeros
y lo apresó entre el musgo.

Y quedó allí,
sujeto a las raíces,
al implacable yugo de las lianas,
cayendo hacia un abismo, hacia un hoyo sin fondo,
a un sitio de colores movedizos,
como se va bajando la hondonada
hacia un sordo sudor de pesadillas...

II

Orlados por el viento,
por una brisa ardiente con olor a resina,
con un hosco silencio ensimismado,
son una caravana entre el rumor lascivo del verano
y un tembloroso amanecer de pájaros.

Están en su elemento;
firman su oscuro nombre en el quebracho
con el primer espasmo madruguero,
se sellan a los troncos
–fibras entre guerreadas ataduras–
y caen con el árbol que ellos mismos derriban.

Un oculto designio
de selva atroz, de monte enfurecido,
los rubricó a la hondura,
oreándolos de atardecer y agobio.

Como líneas de aurora,
cuando el calor comienza en las taperas

y calcinados tufos bajo sus pies se enredan,
marchan por los caminos,
tatuados por un sol de cabellera ardiente.

Los une un nudo firme,
un idéntico sino de forestal desvelo;
atados por una misma pena,
por idénticas hebras de cáscara en derrota,
los recoge la selva en su desgracia
cuando ellos, a sabiendas, para la selva viven.

Hablan con su mutismo,
con signos que intercambian en la grave mirada,
con vocación de apretado silencio,
como una fiebre extraña,
como una turbia herencia.

A veces sueltan gritos
que resuenan a agónica grandeza,
en una ciega urgencia de vaciar el pecho.

Como al caer los aguaceros,
el hacha bate su esplendor terrible,
y el hachero presiente en lo arbolado
una protesta unánime de gajos,
lamentación de matas,
robustos brazos que se están quebrando...

III

Nació entre los arbustos,
entre el galope en polvo de las hojas,
llevando ya en la sangre
la herencia de otras vidas gastadas por las penas;
allí mismo,
bajo el acecho fosco de un calor de verano,

en un rancho de paja,
de sol, polvo y tacuaras.

Su residencia es la quietud del monte,
el laberinto arbóreo;
allí se ha acostumbrado a sus recodos,
a sus impenetrables vericuetos
y a sus recintos ciegos.

Al contemplar su sangre
y espantarle un tumulto de asperezas,
el hacha era un fulgor que desde el fondo
—con sus ocultos pétalos flamígeros—
como un cristal ardía.

Avizorando troncos
se acostumbró a la selva,
a difundir corajes y a manejar el hacha.

IV

Le ha cubierto el verano,
como una racha roja de leño calcinado.

Lleva sobre los labios
un carbón encendido que lo quema;
sobre la frente un halo
de sudor segregado y pegajoso;
lleva la inevitable certidumbre
de su destino anclado entre gemidos verdes.

Tostado entre purpúreas
llamas de Enero seco,
ve una cerrada celda en cada grieta,
sintiendo un calabozo en los tremendos
agujeros abiertos.

Mil veces invitado por la muerte
que vigila, atisbando, en la despierta
soledad de esas amplias reducciones de sombra,
está tenso,
está erguido,
está callado.

V

Creció en las madrugadas
entre trompos y pájaros silvestres;
empapado de lluvias y resinas,
su paso suena a fibras chamuscadas,
a ecos de amaneceres.

Se acostumbró a los musgos,
al esplendor frenético, arbolado,
al enjambre de insectos en el rumor nocturno
de una selva perdida en el furor del trópico.

Precoz y abandonada,
su infancia fue una sombra
y el largo aprendizaje del oficio
dejó rastros amargos en su rostro, a destiempo
y de esa convivencia constante y cotidiana
con otros hijos tensos de la selva,
quedaron la rudeza, la arrogancia, el orgullo
y un día amaneció hecho un hombre
para vivir la suerte oscura
de otros duros hacheros.

Más allá de la selva, nunca ha visto otra cosa
que el puerto calcinado, lleno de embarcadizos
más sucios que las barcas y más fuertes
que el fuerte maderamen de las embarcaciones.

De la selva hasta el puerto,
del puerto hasta la selva.

Y nada más.
Los hombres allí nacen y mueren.
Y sólo los recuerda el follaje que con ellos
batalla y se desgarra.

VI

En el tronco que gime,
en la ola invisible del calor, en las más anchas
zonas del verde asedio,
en el suburbio roído de las hierbas,
en todo lo que es vivo está el mensaje
de fuerza de sus brazos.

En el chasquido seco de las hojas.

El alba, encandilada,
lo encuentra con los brazos en revuelo,
como un desarraigado relámpago golpeando
la tropical corteza.

Con rojas quemaduras en los brazos,
cosido a un gran silencio de días ardorosos
de selva y resolana,
se golpea a la ardiente
madera entre latidos implacables
llegando hasta un estado de atroz desgarramiento.

¿La ley?
Es una sola: la que impone el que es dueño
de todo esos dominios –montes, tierras–
donde mana la sangre esclavizada.

(Cuando alguien quiso un día
prorrumpir con un grito
justiciero y rebelde,
anocheció tendido en las malezas

—en el recodo oculto de un camino—,
acribillado a tiros,
sorbido por la arena de un inmediato olvido.)

VII

Sube el hacha y desciende,
golpe a golpe, hasta el tronco;
furor de metal,
el hacha;
savia madura,
el tronco.

Ahogándose en sonidos,
duro azote,
mientras el blanco filo
el árbol sorbe,
trazando duros círculos
a golpes.

Como en un estertor,
a golpe seco se resbala
cogiendo el aire denso,
rodando hacia la vértebra verdosa
a golpe brusco,
mordiéndose atrozmente
la médula del árbol.
Atrozmente.

Cae y asciende, intacta,
batiéndose, gallarda, con el árbol,
volviendo hacia la atmósfera,
cayendo,
caliente en el sudor de su trabajo,
poblando sacudidas
cae el hacha.

Sube,
radiante siempre
—arcoiris o relámpago del día—,
violando las cortezas,
golpe a golpe, hasta el tronco,
golpe a golpe.

Golpe a golpe.

VIII

Un viento rojo
rueda tenaz entre el calor, despierto y álgido,
con un sudor redondo y sin espumas,
licor gelatinoso, espeso y hondo.
¡No tiene olor, no huele a hembra,
a nada, a nada!
Sabe a cedrón, a sal,
a fermento, a hediondez, huele a malezas.

Así, avanzando solo
por ese imperio de enramadas lúbricas,
acechando entre ramas de sombra y de sigilo,
sigue el hachero en su infernal faena.

¡Si se pudiera suprimir los árboles, limpiar
el odio de la selva,
de un solo hachazo sepultar los torsos
de verdes, traspirados vegetales!
Pero el árbol fue puesto junto a otro árbol
para el tenso combate de la selva.

Sólo el hombre está solo.
Y esas savias que engendran otras savias
por un espeso y hosco laberinto,
le desnudan y enseñan
la dimensión de su orfandad terrible.

Las hojas
caen trazando mapas verdes;
son vellos de mujer en color verde,
con tenaz persistencia
entre el aire infinito,
cayendo en un pezón de oscura tierra,
en un lecho de musgos desvelados...

—Deja a un costado el hacha.

Quiero verte gritando,
haciendo un claro limpio en la maraña,
desarbolando el bosque.

Quiero verte gritando.

Pasan los años y te están mirando
hundido hasta el torso siempre,
enérgico guerrero,
varón duro.

Deja a un costado el hacha.

Debes medir el fondo de tu pena.

Atónitos y lentos
los años para ti son yugo amargo;
son como una ancha soga
que te cose a la tierra en nudos ásperos.

Quieren verte gritando.

Preso de pesadumbres,
¡qué grito antiguo se te ve en los ojos!

IX

¡Qué clamor milenario desde un fondo sombrío,
como un cerraje viejo, te cuelga de los párpados!
Pasado por un soplo de muerte y agonía,
un grito está pidiendo tu boca para hablarnos.

Deja a un costado el hacha.

Hoy otra vez contigo nombraré la alegría.
Por tu voz esta voz conocerá la suya.
Y la alegría, espigando en la sangre,
conocerá tu rostro, tu voz, tu pecho oscuro,
remozándose en ti, subiendo a ti,
¡verdeciendo en tu vida!

X

Es una nueva savia
la que circula a chorros por las ramas
renovando cascadas vegetales,
por médulas ocultas
de un milenario mineral selvático.

—Deja a un costado el hacha.

La selva tiene un rostro
oreado de perenne incertidumbre,
con altas cabelleras de vértigo y altura,
con pelos de bejucos torrenciales;
máscara mortecina de socavón profundo
clavada en un recinto de humeante torbellino.

—Quiero verte gritando.

Por eso,
por su aire que descansa entre fatigas
de tremenda tortura y de violencia,

por su garganta roja de tanino;
por eso, por machacado y agrio,
el monte tiende redes de sombra y cacería.

—Deja a un costado el hacha.

Se hunde la vista presa de presagios
hacia hondos agujeros,
hacia resquicios sucios, burilados
por cortezones, por nudosos tallos,
igual a ensangrentadas cicatrices
o diseños febriles de golpes y castigos.

— ¡Para ti la Alegría!

XI

Con un lunario arpegio
de rumores fluviales y sol fosforescente,
el río toca azules varaderos
y una rara quietud de muelle y malecones
succiona un agua roja de savia y de tanino.

Sentados en la arena,
contemplan el crepúsculo
con el vasto calor de sus pieles mojadas.

Sentados en la arena
contemplan el crepúsculo,
con la roja sortija del pecho iluminado.

Sentados en la arena
contemplan el crepúsculo,
con el denso aluvión del esplendor silvestre.

Con la ropa empapada de silencio,
con la acción de los vientos torrenciales,
con la ronca estridencia de la noche,
con un cedazo de enturbiadas aguas.

Saqueados por el sol
que baja entre infernales mediodías,
son como un solo brillo,
un idéntico grito clamando en la esperanza.

XII

—Yo sé, sabemos que aún hay látigos.

Tú lo has visto,

lo sé porque te he visto;
látigo a pie, a caballo, a puño seco,
a capataz, a botas militares;
látigo oculto a veces,
pero látigo al fin, látigo fiero.

Hablemos simplemente.

Es hora de decir lo que ya todos
guardan como un ovillo pronto a desenredarse;
son cosas que se callan
y no deben callarse; cosas hondas, definitivas
para un día profundo y venidero.

Que hay mucho por decir,
mucho por escuchar, por ver, mi viejo amigo.

El camino es duro y largo,
pero hay que conocerlo,
pero hay que trasponerlo todavía.

Mi corazón está contigo.

Vengo a tocar tu pecho,
tu aliento pantanoso y castigado.

(Hay cantidad de manos que te tienden la mano.)

Vengo a pisar tu sombra.

XIII

De la hondura verdosa,
del follaje radiante en el granero
de los gigantes árboles,
hoy se lo ve llegar,
erguido y poderoso,
esculpido entre ráfagas frenéticas,
con una llamarada de firmeza en los ojos.

Hoy se lo ve llegar,
con un verano ardiente calentándole el pecho,
escultura de arcilla
salida de un reducto de calor sofocante.

Hoy se lo ve llegar
plasmado sobre un fondo de marañas,
evocando la estampa de un guerrero
sumergido en la selva.

Trajina morichales empolvados,
vadea tajamares y picadas,
recintos de sudor y hediondo vaho;
grita a pulmón abierto y hace temblar con gritos
el desnudo silencio,
la quietud pavorosa de las ramas,
las raíces en acecho.

Palpitando, a golpe y furia,
el acero del hacha estalla en su jornada,
temblando entre racimos y agujeros
y el hachero,
profundo y poderoso,
¡guarda un gallardo sol entre las manos!

III

EN LOS DÍAS VENIDEROS

En los días venideros
cada cual tendrá su sitio;
aquellos que derramaron
su vida por conseguirlos,
y su juventud volcaron
sobre los anchos caminos.
Esos llevan en la frente
duro metal encendido,
simientes de sembradura,
relentes de sol invicto.

En los días venideros
cada cual tendrá su sitio.
Los que fueron vivas ascuas
con cuerpo y pecho encendidos,
y los que siempre anduvieron
bajo el temor escondidos,
y son como quienes viven
con el corazón vencido.

Arbol que no tenga frutos
será como un leño herido,

astilla para el brasero,
viejo mojón del camino.
El hombre tendrá en los labios
el resplandor de sus gritos,
y si no ardieron sus manos
con fuego de monte ardido,
su sangre será una sombra
sin esplendores ni brillos.

Los que se han puesto de lado,
eludiendo su camino,
irán como pobres sombras
sin saber ni lo que han sido,
sin tener en la vejez
el respeto de los hijos.

En los días venideros
cada cual tendrá su sitio;
el digno tendrá una muerte
en campo abierto y tranquilo;
los otros, tristes mortajas
que huelan a triste olvido.

Y en un murmullo solar,
se encenderán los caminos.

TERRÓN DE TIERRA

Vestido de esplendor me acerco a verte;
quiero sentirme ardiendo
para saberme digno de tu sangre,
después de verte alzado
—paraguayo sencillo y taciturno—,
saliéndote la vida por el pecho,
por lo más medular y verdadero.

Voy a enterrar los ojos en la tierra,
voy a enterrarlo en lo hondo
para poder mirarte los raigones;
quiero sentir tu corazón profundo,
quiero sentirte el alma, camarada.

Y bien,
cuando la tierra mueve
sus temblores más hondos y profundos,
cuando de noches negras se tapan los caminos
y andan sueltos los ecos agoreros,
entonces sé que acabas
de mirar, como yo, tu pecho oscuro.

Me contemplé las venas
y allí te he descubierto, varón mediterráneo,
hijo de este solar enfurecido,
desde hace tiempo erguido
sobre el caliginoso sendero de las tardes.

Llevas entre las venas
una imagen de pueblo castigado,
sobre la frente hogueras
con cenizas dormidas de estremecido vértigo,
y sobre el pecho austero
un resplandor terrible de pasiones.

Denso terrón de tierra,
sangre de mi sangre, venas
que en mis venas se extienden:
¡cuánta espuma sombría te sale por los poros
arrimando a tus ojos su fiebre y desamparo!

Hueles a agostaderos,
a gredas que han besado el más antiguo
tufo de maderamen derribado,
a aguachares perdidos sobre un sangriento mapa,
y a pueblo que entre rotas vestiduras
trajina una vertiente de sueño y de guitarras.

¡Qué densidad abierta,
qué lentas horas tienden
suspiros derribados sobre la tierra roja;
cuánta vertida lágrima en los surcos;
qué obstinada liturgia de asombro alucinado
derrumba su ritual sobre tus párpados!

Paraguayo sencillo y taciturno:
¡hoy tengo la certeza de recobrarte, intacto,
con una rosa roja de pasión en los hombros
y una bandera clara de valor y de hombría!

Del tiempo de mañana,
duro bastión de tierra,
hombre tallado a sol y a flor de hondura,
oreado por nocturnas intemperies,
gajo de resolanas barranqueras,
corteza del silencio.

Del tiempo de mañana,
áspero y torrencial, terrón soleado.

IV

YA SE LOS VE LLEGAR

(COMUNEROS)

Ya se los ve llegar,
hijos de un sol gallardo,
sembraduras vivientes
de horizontes quemados;
serenos, resarcidos
de un rincón solitario,
pasando serranías,
capueras y veranos.

Ya se los ve llegar,
madera y humo y pólvora en los ojos,
con un ascua de nubes en la frente,
la mano atenazada sobre herramientas firmes,
la mirada tranquila,
el puño embravecido.

Salen
del arrebol caído en los barrancos,
del hervidero de los quebrachales,
de la música arisca que baila en las guitarras,
de los pueblos desiertos del cedro y los palmares.

Salen
de las tardes de fuego y de silencio,
vadeando ríos, pisoteando esteros,
enguantado de aurora el puño seco,
el arma punitiva,
el índice altanero.

Ya se los ve llegar,
madera y humo y pólvora en los ojos,
trayendo la ventura de la viña y del cántaro,
la sal de la justicia convertida en la piedra de salvación
[de todos.

Ya se los ve llegar,
un Talismán de anhelo sobre el rostro,
la piel hecha de tiras de corteza y de vértigo,
disponiéndose a ser lo que nunca han podido con la
[sombra en los hombros.

Ya se los ve llegar,
con un temblor de vientos arenosos,
legión de plumas verdes de un tiempo arrebatado,
la acusación en los labios como ceniza torva del arrojo.

Ya se los ve llegar,
juramentados ante un fuego absorto,

en la región de todas las rutas imprevistas
y en esa Cruz del Sur que ha rayado la noche con
[pronósticos.

Ya se los ve llegar,
honda la estrofa del cantar fogoso,
signados por el alba que les alumbra el paso,
manos de mil relumbres reverenciando un tiempo de
[amaneceres rojos.

Traen consigo
su caballo y sus prendas,
la nube evaporada del amor en los ojos,
un cauteloso manto de jaguares jadeantes,
pieles de cacería de jornadas nocturnas,
un idioma con ecos de antiguas lunaciones.

Traen consigo
la tierra de sus muertos, las esteras
que los pudo cubrir en la intemperie,
el alivio y el agua de su cántaro,
el magro pan de su mantenimiento.

Ya se los ve llegar
con el grito en los labios,
fieles madrugadores,
torsos acalorados,
despertando en la noche
su sueño esperanzado,
final de travesía,
paradero y descanso.

Vienen
a despejar el cielo de tormentas,
a zafarse de un cepo de humillación perenne.

Vienen así, callados,
a borrar la ignominia y el insulto,

a cortarle la mano al codicioso de mirada infamante,
a limpiarle las alas al pájaro yacente sobre trampa alevosa.

Porfiados y atentos, sonrientes,
al ser adelantados de un tiempo justiciero,
llegan retando a toda sombra, al cautiverio,
a la amenaza, a la calamidad, al pan menesteroso
(contando días aciagos como se cuentan granos
de maíz en la tarde,)
al odio, a la crueldad, a la discordia,
en reto a una posible resignación oscura.

Nunca desesperaron
de terminar su hazaña, de fecundar su tierra.

Ya se los ve llegar,
comuneros alzados,
los de piel de hojarasca,
los por siempre vejados,
los de manos gastadas
como rejas de arados,
los bravos macheteros
del monte y de los campos.

Hacia los ríos parten,
hacia ofrecerle redes
al indio pescador color de arcilla,
hacia los bosques,
hacia las picadas
de llantén forestal,
hacia los puertos
de caliente alzaprima,
hacia la piel broncínea
del duro cargador, de los embarcadizos,
hacia enlazar caballos
y levantar banderas de guerra y montonera.

No de otro modo resonarán los pasos
sino así,
en una vasta noche de luceros quemados;
no de otro modo las gargantas desnudas
cantarán
sino así, en una orilla de bosques con celadas;
no de otro modo se alzarán estas manos
desolladas, sino así,
bajo los astros,
con una brasa ardiente de sol entre los cerros.

No de otro modo resonarán sus pasos.

No de otro modo,
sino en temblor de arroyo fresco en la madrugada,
cuando se vuelva el bosque hacia las hojas tristes
y examine su pánico y su noche;
consiga apoyatura, confirmación y soplo la semilla
que fructifique al paso del Justo en su venida.

No de otro modo cantarán los varones,
sino así,
en un estuario abierto a libres temporales
y temerarios sean los manaderos del alba en esas horas,
se agrieten las columnas de una Casa de Leyes preservadora
del robo y la ignominia,
y se escriban los nombres de los héroes que avanzan en
[la Estrella
y ya no resten pronto humillación y peste
y se trajinen rutas de redención y recompensa.

Ya se los ve llegar,
la piel de esponja seca,
la voz pastosa y ronca,
suelta como humareda,
los enérgicos brazos
de tallada madera,

avizorando un tiempo
tembloroso de siembras.

Aquí el invicto y el rebelde avanzan
sobre las tierras cálidas.

Hacia la quemazón de las riberas,
los ríos desembocan la mirada.

Aquí, por los caminos,
intercambian las piedras su secreto
de hoguera retenida en las entrañas.

Y el verano se ensancha.

Su enloquecido viento montañero
el cielo airado de repente arranca.

Aquí, sobre estos valles,
su esmeralda sacude el pastoreo
con rumores de gente y de pisada.

Los macheteros cantan.

¡Aquí el Invicto y el Rebelde avanzan
sobre las tierras cálidas!

¡Ya se los ve llegar,
comuneros cantando,
las manos enlazadas,
los ojos titilando,
trillando los senderos,
inundando barrancos
como una correntada
de ríos sublevados!

¡Cuánto habrá de mirarse en estas tierras de sol y
[sufrimiento,
de estero evaporado donde crecen las hierbas maltratadas;

cuánto de esas semillas resurrectas halando las espigas;
de torrenciales lluvias vaciando su cántaro en las aguas;
cuánto de esas fronteras encendidas de rosa y plantaciones,
cuánto de ese murmullo de protesta prendiéndose en las
[ramas!

Porque veremos cosas milagrosas,
grandes e inesperadas.

Estarán nuestros ojos con el sueño tranquilo retoñando,
sabiendo que intercambian los bosques sus aves y
[esmeraldas,
que la querencia cumple obligaciones de acogida y reposo,
que en la herrería el fuego restallante consume las espadas,
que las banderas como caballadas al viento se sacuden,
que el varón achacoso el pecho altivo de repente levanta.

Porque veremos cosas milagrosas,
grandes e inesperadas.

Y tendremos sucesos que contar en la tarde, a la sombra
de comandantes claros que entregaron su vida a esta
[jornada,
de varones que nunca reclamaron ni piedad ni clemencia
en tiempos de morir, en este tiempo del empeño y la
[hazaña;
cosas de ver y de contar de pronto como asuntos de pueblo.
cosas de celebrar en ese instante del fin de la batalla,
cuando ya no se tenga esta sequía amarga calcinando las
[tierras
y en el silencio inmenso el fiel del rumbo ofrezca
[llamaradas.

Porque veremos cosas milagrosas,
grandes e inesperadas.

Despiertan las fogatas

1950–1952

Si uno es de un país, si uno ha nacido allí, si es, como quien dice, nativo, y bien, uno lo tiene en los ojos, en la piel, en las manos, la carne de su tierra, los huesos de sus piedras, la sangre de sus ríos, su cielo, su sabor, sus hombres y sus mujeres: es, en el corazón, una presencia imborrable, como una joven que uno ama: se conoce la fuente de su mirada, el fruto de su boca, las colinas de sus senos, sus manos que se defienden y se entregan, sus piernas sin misterios, su fuerza y su debilidad, su voz y su silencio.

JACQUES ROUMAIN

I

ABUELOS COLONIALES

Cuando vuelvo a estos patios
donde el sol se arrodilla con humildad de niño
y ha podado la luna los tilos del Otoño,
os contemplo de nuevo
avanzar desde lejos con los brazos abiertos
apartando las frondas –roto el anciano báculo–,
apenas recordados bajo el polvo del tiempo,
presencias fantasmales de antigua dinastía.

Cuando vuelvo los ojos
y quiero asir la cifra de los años perdidos,
os quisiera de nuevo a nuestro lado,
echando mano al tallo de vuestra gran ternura
y comprendiendo ahora
por qué este afan airoso de que todos enciendan
por adentro – ¡y por siempre!–
¡lámparas valerosas detrás del corazón!

Vivisteis otra vida;
otros aires llegaban a orear esos sitios
amados como altares de honradez y entereza,
eran otras las lluvias mojando la inquietante
presencia de los viejos corredores;
eran distintos tiempos, distinta hora sonaba
su letal sacudida por los campos vacíos. . .

Entonces nadie andaba
midiendo la infalible centella de la noche
ni tocaba el perfil de los caídos;
no había piedras taciturnas ni había
que aposentar el llanto sobre negras mortajas

ni llevar los jirones
rotos del corazón –escombro y ruinas–
como deshechos hálitos que se piensa enterrar

Poco importa que ahora
no tengamos el símbolo de paz de vuestros días
ni la serenidad puntual de las estrellas,
simplemente un pequeño
lugar para el nivel de las fatigas,
la penumbra boreal de una arboleda,
el amparo del cielo,
la claridad nupcial del azahar.

Si volvierais, veríais
la alta brújula verde del laurel recibiendo
el pétalo paciente de un beso del rocío,
y en vuestra frente antigua
nuevos brotes pondrían las lluvias torrenciales
y el viento de los páramos
de otro modo a las puertas llamaría.

Así tal vez sabríais
–reconociendo todos nuestros rostros–
por qué con riego humilde
baja el rayo a labrar con fuego nuestra frente;
por qué los mismos pájaros
sin humillar sus alas bajan a nuestros hombros,
por qué esta obstinación de velar siempre,
¡por qué esta dura faena de cantar a la vida!

CASTIGO

A esta pobre comarca
le han cruzado la piel a latigazos,
le inflamaron los pozos

negros del llanto,
la cicatriz de la ira,
le abrieron los muñones a golpazos,
a insoportables ramalazos secos.

Le han rajado la cara
con estampidos de odio.

Y ayer, ¡qué bien sonaba! ¡Qué bien
su mandiocal sonoro,
sus caballos que andaban enloqueciendo el belfo
por el nivel lluvioso del paisaje,
su juvenil coraje de muchacho,
su música de troncos,
su quebracho!

Aquí,
aquí han puesto la mano,
aquí desbarataron las centellas,
aquí las Iniciales de los jóvenes muertos
van del bucle del aire a los claveles,
aquí el puñal del odio,
aquí mataron.

Severa era la vida, como el ceño
ilustre del anciano que con barba de maíces
trajinaba sus pies por la comarca;
severa la intemperie, severo el infalible
recuento de los astros. ¡Y qué bien alumbraba
la lumbre sobre el leño!

Pero aquí han puesto fuego,
hambre,
polvo desaliñado,
cenizas y mortajas;
le han sorbido los huesos, le han labrado
la cara con hachazos.

Aquí han puesto la mano.
Y además, golpes,
golpes rabiosos,
golpes en la cara,
¡feroces puñetazos extranjeros!

ARADO, VARÓN SOLAR...

Arado, varón solar,
duro parto de centellas,
pasión debieran tener
las manos que te manejan,
pasión de querer poblar
de relámpagos la tierra,
pasión que les rompa el cuerpo
de los pies a la cabeza;
pasión de subir más alto,
pasión que nunca cediera,
pasión que por todas partes
te hacine a sol y braveza.

Que te lleven con sus bríos
de decidida firmeza,
manando desde los huesos
hasta la piel sangre ciega;
que te arrastren al torrente
maduro de su violencia
hasta que el sudor amargo
sorba el polvo que golpea
la boca de los gallardos
hijos que te dan su fuerza.

Deja que te lleve un puño
que sea varón de veras,
que te haga sentir el recio
turbante de la pelea,

que te haga beber calor,
que te haga dura la brega,
que te sacuda de cuajo,
que te encienda en la tarea,
que te dé manos que sirvan
para fecundar la tierra.

Trata de cavar abajo
donde las mieses resuenan;
hallarás en las simientes
la miel de nuestra riqueza,
el fervor que nos sacude,
la voz de nuestra protesta,
el calor de la esperanza
que los labradores llevan.

Bueno resultara, arado,
si araras con nueva fuerza
y templado al rojo vivo
—en vez de troj— nuestras venas;
que sean al estallar
duras como tu mancera,
tiernas como las gramillas,
como los surcos severas.

Si alguna vez te tocare
arar algo más que tierra,
ara nuestro corazón
con poder de ancha dehesa;
áranos de parte a parte
sin parar en que nos duela;
llénanos de cosas hondas,
de estrías que se calientan
al calor de las pasiones
y al rayo de las tormentas.

Varón por quebrar matrices,
varón por ley de soberbia:

aprende a quemar abajo
donde las sombras se queman,
junto a las vetas ocultas
donde el barro forcejea
– ¡Oh ambición de averiguar
en las raíces secretas! –
¡y muerde como la muerte
negra que abrumó a la tierra!

MÚSICO PARAGUAYO

Frente a la ramazón ya derrotada
del crepúsculo pasa. Y un hálito
de soledad le cubre todo el cuerpo
calcinándole un viento sofocado.
Tiene la certidumbre de la noche
tapándole los ojos, como un ancho
velo de polvaredas que sacude
su ardiente correntada entre naranjos.

Viene de conocer distintos sitios
y marcha a conocer otros lejanos.
Su oficio es un fervor de dejar siempre
su clave musical en los poblados,
es desgarrar el aire con tristezas
y no volver sobre el camino andado,
dejar su imagen como deja el viento
apenas un recuerdo desolado.

¿Qué originaria luz le ha permitido
la vocación de conocer al tacto
el musical trabajo de la tierra,
la sonora faena de los astros;
de dónde esa pasión de abrir su pecho
y dejar en el pecho de un hermano
la estrellería de su amor, que cae
por el hermoso bosque de sus manos?

¿Qué natural sabiduría agreste,
lo mueve a recorrer, de rato en rato,
los recogidos pueblos de su patria,
cruzados de estelajes y de harapos?
¡Cómo se vuelve sombra de los valles,
que medran a los piés del monte amargo,
llevando su mensaje y varonía
a gente y luna y sitios ignorados!

Y cual si todo el territorio fuera
a llamarse a quietud ante su canto,
ordena los rumores matutinos
en ramos de crepúsculo estrellado;
se llena la garganta con sonidos
que descifra del vuelo de los pájaros,
y va dejando por los pueblos hondos
su imagen popular de errantes pasos.

No tuvo amor, no conoció el caliente
fulgor de una mirada en los cercados,
ni le fulgió en la piel la flor sonámbula
de caricia o de azahar. Desamparado,
creció para mirar que otros gozaran
de su ardor musical, irrefrenado,
mientras él, desolado, desangraba
su rústica canción entre naranjos.

Sombras y peripecias de la noche
en su rostro el dolor dejó asentado,
en tanto la intemperie y el silencio
le grababan su fiebre y su letargo.

La caja de cordajes sobre el hombro
es un arpegio en los caminos largos.

Y un pedazo de luna le sacude
el carbón desvelado de los párpados.

SI PUDIÉRAMOS, ÁRBOL . . .

¡Alto sobre nosotros!,
no, no continúes, árbol, sólo como una airosa
arista enfurecida entre alimaña y lluvias,
no sigas sólo viendo devoradas
las vidas que a tu sombra se cobijan
y a tu sombra reposan; no, no seas siempre
atalaya aborigen de pavores,
¡siéntenos parte tuya –ramas de tus ramajes–
de tal modo que el viento cuando te toca toque
nuestra maraña invicta de follaje y de sueños!

¡Siéntenos parte tuya!
Acógenos, vestidos de enardecidos cantos
y de las abrumadas arcillas de estos tiempos;
condúcenos de golpe a tus honduras,
a tu ferviente entraña de bulbo esplendoroso,
que entonces, sólo entonces zahondaremos
en cada ser, en cada chispa de rotundas verdades,
en la quietud solemne que despierta en la sangre
cuando la sangre misma custodia nuestros actos;
¡déjanos caer abajo, en lo más hondo,
hasta poder aliar nuestro germen al germen
perpetuo y terrenal que te nutre y sustenta!

Si pudiéramos, árbol,
ser como tú plantel de corpulencia,
alto nivel también desde donde los pájaros
desmenucen sus alas y canciones,
siempre discutiríamos con la aridez terrestre
los pasos que daremos, cómo
ha de fulgurar la centella iracunda
cuando los corazones levanten sus ramajes
de fogonazo astral y heredad invencible.

Y nos extenderíamos
–activas e infalibles torrenteras vivientes–

por las habitaciones dolorosas, por el polvo
que azotaron los pies desventurados,
por la infinita zona de los padecimientos
tocaríamos pechos, pechos desconocidos
y lejanos de aquellos que son de nuestra estirpe,
¡por donde siempre siembra la desdicha
su desvelada flor castigando los rostros!

¡No sé, no sé hasta dónde
podríamos calar, hasta qué pecho
o muro o páramo o centella
nuestra palabra viva llevará la dulzura;
no sé si podrán todos soportar el incendio
nuevo de un tiempo nuevo; no sé
más, no sé más que saber que nuestros labradores
izando el sol hasta el furor del monte
se ajustan un escudo
airoso y boreal de potente alegría!

No continúes dando
despojadas raigambres de caída y pobreza,
sombríos manantiales que en la amargura ahondan;
no solamente aquello que pudiera
desalojar la faena tenaz de nuestros sueños,
desamparar al hombre y enterrar su sonrisa;
¡no, ya no debieras darnos
más que un margen de sombra para anclar la fatiga;
más que un remanso fresco
de fragancia en que puedan reposar estas frentes!

También, árbol, quisiéramos,
—con la ingenua inocencia que recrean los pájaros
o ese simple fervor de la lluvia en la arena—
cortar un pan sencillo,
beber un sol sencillo,
¡tender sencillamente la lumbre de las manos
y que nos cubra un monte de hermosura sencilla!

CON ESTAS MISMAS MANOS . . .

Con estas mismas manos, tenaces herramientas
que aguzan tenazmente sus fabulosas llamas,
que con sus diez calientes martillos constelados
yerguen antorchas frescas de semilla labrada,
hemos de abrir caminos a las constelaciones
para que un día bajen a besar las escarchas,
a inaugurar un sitio de sencilla hermosura
donde edificaremos con luz las nuevas casas.

Con estas mismas manos que no siempre pudieron
detener su torrente de soledad amarga,
el turbulento río de las venas purpúreas
que en un telar perenne de vida se crispaban
cuando el dolor tendía sus mantones sangrientos,
cuando la noche oscura colmaba las mañanas,
¿cómo no abrir un hito de dulzura y laureles
para el suspiro tenue de las nuevas muchachas?

Con su férrea materia de incorruptible liquen
una profunda tierra labraremos mañana,
donde apetezca el rayo puntas de fortaleza
y apaciguadamente repose en las guitarras,
donde el claror sidéreo de las Siete Cabrillas
arroje polvaredas de luz en las comarcas,
hasta que el aire ciego, clavel de maravillas,
tenga voz de cristales donde un niño descansa.

Estas dos talladuras de quebrachos fluviales,
de ingente piedra y monte y opulencia clara,
que anhelan el linaje secreto de los hombres
proclamando el austero señorío del alba,
habrán de ser pacientes custodios del sagrado
y minucioso germen que inaugura su magia
sobre el troquel radiante de los hechos futuros,
sobre el crisol humilde de la nueva esperanza.

No tendrán para entonces sus poderosos cauces
menesterosas sombras ni surgentes de lágrimas,
viejo rencor nocturno congelándole el hilo
del fervor calcinado que irá hasta sus espadas;
no han de tener raíces de temblor compungido,
no han de tener rumores de sangre castigada,
no han de tener recuerdos de linaje ultrajado,
¡no han de tener ramajes de vida triturada!

Con estos dos metales fundidos que las hondas
noches carbonizadas y el mediodía abrasan,
con estos dos tizones de fuego saludable
con implacables chispas de herrería golpeada,
grávidos de energía como cántaros hechos
en vieja alfarería de tierras hacinadas,
habrán de abrirse rutas jóvenes de aventuras
—con el honor a cuestas—, ¡ganada la batalla!

COSTA FERROVIARIA

Es el sur.
Residuos óseos. Blancas osamentas
de reses que cayeron derribadas
por un golpe feroz de polvaredas.

Hierba vieja.

Es el sur.
Sequía. Las cañas orilleras
desafían al sol con sus penachos
de sequedad y soledosa pena.

Cañas secas.

Es el sur.
Rastrojos. Manantial seco, desierta
respiración sedienta de los cielos
sobre la red fogosa de la tierra.

Agua muerta.

Es el sur.
Escuálidas mujeres. Cabelleras
como fibras hostiles que parecen
despojos sin sostén de la tristeza.

Pálidas hebras.

Es el sur.
Fosca desolación. Fondo de hoguera
que estampa su amarilla vestidura
en un pobre ramaje de arboledas.

Polvaredas.

Es el sur.
Rígidas líneas, rojas carreteras
bostezando su tedio en el silencio
de los montes oscuros que bordean.

Sol que tuesta.

Es el sur.
Arboles quietos. Niños que contemplan
con los lívidos ojos y los vientres
al viento, como cruces de pobreza.

Hambre negra.

Sol que tuesta.

Cañas secas.
Agua muerta.

¡El Sur!
¡Insufrible vacío que se incendia!

ALEGRES ÉRAMOS . . .

Usted sabe, señor,
qué alegría colgaba en la floresta;
qué alegría severa
como raigambre sudorosa;
cómo el alegre polvo veraniego
fulguraba en su lámina esplendente,
¡cómo, qué alegremente andábamos!

¡Qué alegremente andábamos!

Usted sabe, señor,
usted ha visto cómo
la lluvia torrencial sempiterna caía
sobre un textil aroma de bejucos salvajes
y cómo iba dejando con sus pétalos húmedos
su flora resbalosa,
su acuosa florería.

Usted sabe, señor,
cómo los sementales retozaban
hartos de florecer, jubilosos de hartazgo,
con qué poder la noche deponía
su amargura en la altura del rocío
tal como deponía la desdicha
su arma en las arboledas.

Usted sabe qué alegre
frutecer de racimos por las ramas,

como alegres luciérnagas subían
a encender las estrellas,
a conducir azahares que estallaban
como emoción nupcial o lumbraradas.

Usted sabe, señor,
que antes de que aquí se enseñoreara
la pobreza, frunciendo hasta las hojas,
desesperando al aire,
bien sabe, bien conoce
que cualquier miserable aquí podía
prorrumpir con un canto en su garganta,
en su pecho opulento.

(¡Cómo podías reír, muchacha mía!
Juvenil, ¡cómo izabas
una sonrisa fértil como un grano,
cómo te coronaban los jazmines
y cómo yo apuraba
mi vaso de fervor! ¡Qué alegres éramos!)

Antes,
antes de la amargura,
antes de que sorbiéramos
un caudaloso cáliz de indigencias boreales,
antes de que supiéramos
que en su reverso el sol guardaba al hambre,
¡qué alegres caminábamos!

Antes,
antes de que al aura ofendieran,
antes del mayoral, del tiro, antes del látigo,
qué alegría, señor,
¡qué alegremente andábamos!

CHIRIGÜELO

(1933)

(Un camino en las cordilleras)

¡Ah! Chirigüelo,
tiemblo
de párpados y pájaros,
cúspide tacuaral de inmóvil génesis,
árgana turbia.

¡Ah! Chirigüelo,
toldo,
hormiguero de altura,
sábana de tambores ululantes,
troquel de vientos.

¡Ah! Chirigüelo,
nido
de instaladas hogueras,
amenaza real entre las piedras,
tumbo cerrado.

¡Ah! Chirigüelo,
talla
de aguacatal y sombras,
palmera ilustre de pereza agreste,
polvo de tierra.

¡Ah! Chirigüelo,
gama
de sortilegio indígena,
estupefacto mirador del cielo,
rizo aborigen.

¡No te trajino yo, no te trajino
tiemblo claro,
si no me arrastras al turbión del sueño,
orilla virgen!

¡No te trajino yo, no te trajino
cúspide inmóvil,
cuello de aniquiladas intemperies,
puñal de estrellas!

CARTA A JULIO CORREA

Julio: vuelvo a escribirte ahora, madurado
en este oficio amargo de recordar mi tierra,
llena de estragos hondos y un sino desolado,
la que dejó mi vida tendida en su costado
izando hasta su cielo las sombras de la guerra.

Te recuerdo plantado como un árbol frondoso
ante el nivel caliente de un crepúsculo abierto,
árbol antiguo, agreste; ramaje poderoso
de empurpurada tierra, de polvo fragoroso
resumiendo el silencio del paisaje desierto.

Cuando imagino, Julio, que allí la vida tiene
un telón de sombrío derrumbe oscurecido,
que es una rosa ardiente la pasión y sostiene
el corazón su rama de espinos, se me viene
la voz en hondo trueno de tizón encendido.

Te alcanzó en el sendero la vida más amarga,
y su sabor amargo lo llevaste prendido
como algo que en la densa soledad nos descarga
una dura tristeza, una tristeza larga
arándonos el pulso y el puño decidido.

Has conocido al hombre cuando enseñó el severo
reverso de su sangre poderosa y bravía,
que luego se hizo fuego vibrante y sol señero,
torrentera boreal, remanso verdadero,
abriendo por los montes tajos de valentía.

Todo fue un tiempo clara severidad, tranquilo
beso del esplendor en la luz mañanera,
de roja claridad acostada en el filo
de la tarde, del limpio albor llevando en vilo
el amor, la mies clara, el sol, la primavera.

Después . . . ¡lo que sabemos! ¡Viejo dolor ceñido
al bulbo terrenal que la vida sustenta;
viejo dolor de pueblo castigado y caído,
de pueblo que levanta su ardor amanecido
en la humillada noche como dura tormenta!

Después . . . ¡lo que sabemos! ¡La libertad vendida,
vendido el cielo claro, vendidas las amigas
albas que demoraban su ramazón florida,
vendido el aire suave, la brisa atardecida,
vendido el corazón, vendidas las espigas!

La libertad, fogosa, reclama nuestra mano,
dulce como los sueños, roja como la brasa
radiante que resalta hacia un confín lejano;
la libertad, tan simple como el trigo lozano,
cual la mesa raída y el vino de tu casa.

¿Escucharás también la nueva melodía?
¿No has aguardado acaso que la vida recobre
la fabulosa gracia de vivir la alegría,
de vivirla en las cosas más tiernas cada día,
en el bucle de un niño o en tu mantel de pobre?

Cuando regrese, Julio, habrá flores dichosas
acogiendo el anuncio de las nuevas semillas.
Todo tendrá el aroma de las cosas sencillas.
La tierra, el alba pura se abrirán generosas.
Nosotros, como siempre . . . ¡cantando maravillas!

LUNA

¡Frenética y altiva!,
fulgor de fulgor vivo, centelleante boca,
espesa luna: ¿quién
y cómo y cuándo y dónde
te alzó hasta la atalaya principal de la altura
con arrogancia intacta,
rompiendo detonantes
categorías ígneas de polen desolado?

¡Semblante rubicundo,
no, no eran éstos, luna, no eran sitios
éstos para albergar tu hoguera viva
por apacibles cimas de aromos sonrientes,
sino para que abrieras o labraras
un aposento a los que siempre guardan
el sol sobre la faz desaliñada!

Yo no te llamaría
—luna mendiga del claror terrestre—
nunca jamás para que mansamente
peines la inalterada barba de los severos
campesinos que juzgan conocerte por siglos,
sino para que hiervas,
sino para que arranques rencor y servidumbres,
¡inaugurando un día
una morada pura para los hombres puros!

¡Y ya que aquí desciendes
con tus anchas pisadas de fantasmal bujía,
ajustarás tus pasos de gran fosforescencia
al taciturno paso
fosforescente, claro, de mi pueblo!

¡Vieja lívida luna,
escucha, escucha siempre
si así se te habla, si así se vuelca un ramo

de nuestra antigua fiebre junto a tus crispaciones,
pues echamos febriles y hondas detonaciones
frente a tu recorrido fogoso y detonante!

¡Cómo! Si no tuviéramos
arado el corazón por salud y estampidos:
¿te hablaríamos así, centella de los cielos?

MANO DE CAMPESINO

Mano de campesino, oscura de sudores,
esplendoroso bulbo vestido de relentes,
con los músculos tensos, de fragor turbulento
¡y venas como dientes!

Cada fisura un pozo donde cruje la vida,
cada dedo un martillo de volcánico acero,
un fulgor cada gesto de crispación soberbia
y un monte cada pelo.

Torrente que quisiera descuajarse en los yermos,
lleva el sabor antiguo de los campos amargos,
el almácigo triste de los desiertos lívidos
y un temblor agobiado.

Mil muertes y mil noches de agraviante vacío
dan al puño ese gesto de sol amenazante.
Mil muertes y mil noches que injuriaron su entraña
y le araron la sangre.

Mano de campesino, mano libertadora
de altos amaneceres, desenfrenada mano,
pulso indómito, piedra calcinada entre piedras,
seca raíz de espanto.

¿Qué grano no te enseña con su entraña amarilla
que puedes germinar como germina un campo
a riesgos de semilla?
¡Esperarás, en tanto
te inunde con sus voces
de terror y de espanto
el canto de las hoces!

¡La hoz! ¡La hoz! ¡La hoz! ¡Oh segadora en celo,
lumbrarada tenaz que picotea espigas
picoteando el suelo!

Piensa que alguna vez la hoz puede servirte.
¡Y puede defenderte con ira renovada,
y encenderse y seguirte!

Mano de campesino, cubierta de sudores,
sabrás alguna vez ignorar vasallajes,
cubierta de sudores.

Mano de campesino, volverás a la vida.
Manejarás el viento contra las alimañas.
Volverás a la vida.

Y luego, como un tronco sosteniendo la aurora.
serás incendio claro, llamarada de tierra.
¡Sosteniendo la aurora!

AMOR SOBRE EL ROCÍO

¡Déjame aquí, muchacha,
sobre el mismo fragor en paz del monterío;
déjame en el rumor de estos parajes
por donde el viento esparce gorjeos y panales
en veraniega crestería agraria!

Ponme la mano al hombro,
sacúdeme los párpados de polvareda antigua,
soléame a arrebol de mansedumbre
y que yo desde el fondo del corazón te mire
los ojos, los ojos taciturnos,
ésos que aquí semejan en el momento ufano
dos fulgores de oscura hechicería.

¡Qué fresca está la cuna
que establece el rocío sobre el prado!
¡Qué quietud labradora! ¡Qué encendidos los chorros
de vapor del hocico de los bueyes!
¡Qué picoteo leve el de los pájaros
que en la alberca recuerdan la alegría!

¡Déjame, amor, besarte
en las tranquilas horas del silencio;
sorberme la fragancia de esos parrales húmedos,
fugarme en la frescura de tu boca,
con ese aliento tibio de las recién casadas
con aflicción de cereal molido!

Se emociona la tarde
sobre el enjambre verde de las ramas;
los cencerros se alhajan de rumores antiguos
y a mí me enfada ver que los azahares,
con dulce displicencia,
ocupan mi lugar, entre tus faldas.

Las manos se me quedan
como segando hierbas en tu pelo.
Todo está nuevo, todo.
La alacena me ofrece
frutos que germinaron de tus labios.
En el suelo la rueca, tus vestidos al viento,
¡florido el corazón, floridos los naranjos!

Tiende el mantel. Y espérame . . .
Hoy siento que los surcos se inauguran

como inaugura un hijo su voz en las entrañas.
¡Déjame espolvorearte con la barba
del maíz amarillo
como un ave que en tiempos de la siega
espolvorea mieses en la tierra!

Sólo una vez, muchacha,
besándonos, amándonos, con el fervor a cuestas,
encendidos de amor y atalayando el sol . . .

PEQUEÑA CANCIÓN DE PASCUA

¡Va por los yerbatales
Cristo resucitado.
Santo Tomé le guía,
le enseña los agravios
y le duelen los ojos
recién martirizados!

Pascua castigadora, triste,
Pascua de los días amargos,
Pascua de las tribulaciones,
Pascua de los sacrificios.

¡Pascua desamorada y honda
de monte amargo!

Santo Tomé le pone
a Jesús sobre el hombro
ramazones de yerba;
ve los castigos hondos,
las manos castigadas,
los castigados ojos.

La Pascua ha trepado hasta el monte,
la Pascua ha trepado hasta el árbol,

ya sabe la Pascua que es pobre
si es Pascua de monte enlutado:

¡Ya encuentra la Pascua a los hombres
en lo agobiado!

¡Santo Tomé le guía
donde se rompen gajos
que hacen temblar la sangre
como un oscuro ramo
que en el oscuro monte
se aplasta atribulado!

El filo en la Pascua no duerme.
La Pascua en el filo se abrasa.
¡El sudor que pide reposo
es río de sangre en la Pascua!

¡A golpes se duelen los filos
por las ramas!

El Paraguay le duele.
Santo Tomé le guía.
Mira y encuentra abiertas,
sangrantes, las heridas.
Y El ve, resucitado,
¡que aquí se crucifica!

La sangre se aplasta en el árbol.
¡En la Pascua la sangre bravía
quisiera que el hombre en la yerba
resucite cantando en el día!

¡Y entonces la Pascua irá al monte
con su Alegría!

LOS NIÑOS TRISTES

Nacieron para no ser gastados
en la joven pradera tenue de la alegría,
para no usar jamás sus sonrisas de niños,
puestos aquí tan sólo
con una devoción de nocturnos asombros
y una tenaz faena de escuchar el desierto.

Andan sobre las tierras
inhóspitas, turbadas de sed y sequedades
– ¡inmemoriales tierras de dios y del silencio!–,
avanzan taciturnos
–todo el aire un cordón cayendo a plomo–
como sobrevivientes
de la impiedad, del odio, las catástrofes . . .

Abrumados, lacónicos,
con la rota crudeza de la vida
oreándoles el pecho, toda su estrellería
nublándose de pena,
cansados, tristes, desgastados,
¡vencidos, con un pobre corazón de ancianía!

Y resultara inútil
interrogar a estos rostros de piedra,
echar la sonda en estos pozos ciegos
que a flor de nivel llevan sus aguas calcinadas;
difícil es hablarles
si desde el mismo día lejano y sin memoria
en que nacieron
usaron del mutismo como razón de vida.

Salen por los caminos
desahuciados, de las chozas que el viento
ladeó en su inclemencia;
vienen así, cansados, como si fueran siglos
los pocos años que en los hombros llevan,

como si allí se hubiera desmoronado el tiempo
o no hubiera más tiempo que el tiempo de la muerte;
¡vienen por un paisaje oscurecido
en un aprendizaje de pasos cautelosos
y una clave perpetua de silencio ancestral!

Inmemoriales sombras
de vejación perenne y de castigo
les frunce el tallo joven de la sangre inocente,
y antes de arar el sueño cosechan mies amarga,
trajinan viejo polvo de recodos perdidos
y el turbulento sino de una vejez temprana
les adelanta al rostro los surcos implacables.

¡Debieran despejarse
de sombras que en la sangre les recuerda
los crueles castigos a ciegas soportados!

Y entonces sí, tranquilos y remotos,
en el dulce sosiego lunar de los naranjos,
podrán verse en el ancho
calor de las sencillas arboledas,
en el ojo obstinado de un perro pueblerino
y en el río de los ciclos solares.

¡En tanto se les barra
los amargos ultrajes que labraron sus frentes!

PAISAJE EN AGOSTO

¡Sus ríos mensuales
vierte la luna en tierra, vientre inflamado en sangre!

Clavan sobre las hojas
los chubascos de agosto sus clavos sofocantes,

en tanto los lagartos contra brocales verdes
tejen fulguración y sequedades.

Siestas de largo polvo,
aleros que no guardan cifras de sus edades,
y un cristal fatigoso de lagunas como hoscos
osarios delirantes.

Allá, contra los montes,
—como deseos truncos—, troncos que arden,
¡y el viento con sus pasos de inválido viajero
como un maldito escoplo tala las soledades!

Siestas de largo polvo . . .
Las muchachas entierran bajo el calor sus bríos.

¡Y los recién nacidos traen piedras lunares
sobre la triste frente con paz de monterío!

LLEVARÁS, LABRADOR, POR LAS CIUDADES . . .

La tierra es un oscuro germen de claridades,
fruto sin amenaza de sol que la desmonde,
fruto entrañable, extraño, con gusto a soledades,
¡entraña formidable de creación adonde
la melodía cunde
cuando el furor se expande!

Vástago de sus cuevas germinadoras eres,
labrador de la tierra para la tierra hecho,
sujeto a los grilletes de los duros quehaceres;
te ha dado ríos de leches maternales que cantan,
salud para tu pecho,
sol para tu garganta.

Tú vas por los resoles con eco de arboledas

de raigambres inmóviles y copas viajeras
que la tierra iluminan y tu frente despejan;
detienen tus pisadas trojes de sementeras,
las rojas polvaredas
tu corazón sujetan.

Las tierras tumultuosas –gestaciones maduras
apisonadas siempre– te acompañan y tienes
febriles minerías de sudor en la frente,
bulliciosos fragmentos saludables, perennes
y amargas vestiduras
de montes inclementes.

Se maceran profundas tus manos labradoras,
pues las lluvias les dieron su tutelar sustento,
el sol sus agujeros de llama cegadora,
herramientas taladas por el activo riego
de las aspas del viento
y el ademán del fuego.

La tierra activa inmensos telares jadeantes,
paredes de penumbra, cauces acogedores,
fragua trepidadora de cuyo cauce emana
¡sudor zafado a gritos en los plenos instantes
de crispación humana
de los laboradores!

Tú llevarás la tierra por campos y ciudades
en tu honrada faena de conocer la vida.
Sobre la desolada corteza de tus brazos
conducirás aromas de resina exprimida,
perfumados pedazos
de dulces claridades.

La llevarás por montes y ciudades que laten
con llama exuberante de pulsos laboriosos,
con tiernos colmenares de miel y maravillas
y sentirás de pronto que en tu sangre se baten

los frutales radiosos
y las hojas sencillas.

Tú llevarás la tierra por campos y ciudades.
Los campos y ciudades verán tu crecimiento.
Una ardorosa espuma de luna irá contigo.
Las matas, como reclinatorios. Como asiento
y como abrigo
de antiguas amistades.

¡De antiguas amistades!
¡El tosco mediodía te curtirá entre ardores,
al señalarte un norte de vida y tempestades
la poderosa mano de los trabajadores!

SEQUÍA

Acampando sequías,
¿seguirá el campo con sus trojes secos?

¿Como un responso umbrío
lo que responde al eco desolado?

¿Seguirán como tajos
de sol a sol los tajamares viejos?

¿La mordedura antigua
del resplandor que muerde inmoderado?

¿Seguirá el rostro pálido
de los rastrojos ululando al viento?

¿Esta sangre que asciende
al encender mugidos fatigados?

¿Volcando su verano
los herbarios boreales del desierto?

¿Seguirá el pozo ciego
cegado en sus brocales rezagados?

¿Seguirás, Pedro, a solas
bajo pobres despojos rastrojeros?

¡LÁSTIMA, LAPACHO. . .!

Lástima, lapacho,
¡lástima que estás inmóvil!

¡Lástima que no tengas
la cúpula poblada de estrellas viajeras
con banderas de lumbres decididas
que arrojen resplandor en las praderas!

¡Lástima
que no puedas andar de atajo a valle,
de piedra a luna, de arboleda a río,
como un ancho pulmón exhalando vaharadas
aliento tibio de aguachar ahumado,
luces desfallecidas
en la activa bujía de los astros!

¡Lástima grande!

¡Lástima que no enciendas
tu lámpara boreal en las moradas
como un rosario de lumbrera tierna
bruñida en la intemperie desolada!

¡Lástima
que a la rosada ronda de tus flores
no hurtó el lucero su perfume en fresco
beso varón de claridad y montes!

¡Lástima grande!

¡Lástima
que cuando el sol inflama
su espuela original fisurando y veteando
la lúbrica cintura de la tarde,
lástima que no brames como una tosca mano
con ademán de asir su turbión lacerante!

¡Lástima grande!

¡Lástima
que la radiante tierra que sustenta
el bulbo de tu vida en sus honduras
no amaine en ti su alforja de violencias!

¡Lástima que la lluvia
no consiguió lavarte esos ramajes
de rencoroso polvo y sigas siendo
castillo en encendidas soledades!

¡Lástima, lapacho,
lástima que no arranques
un pedazo de altura para plantarte en ella!

¡Lástima que estás inmóvil!

MÚSICA DE ROCÍO

¡Si el rocío sonase. . .!

Unciéndose a las hojas
como el agua a los cubos olorosos
–frescura vagabunda–,
voluptuosamente cae como cae

la enloquecida flor de un tilo joven,
con alas que se doran y tiritan
bajo tibios bostezos. . .

¡Si echase a andar de pronto. . .!

Si fuera a acometer a dentelladas
la pulpa virulenta de los frutos amargos,
¿qué ramos traería de latidos secretos
y de interrogaciones contenidas?

Si usase pies de duendes. . .

Si con sus leves pasos
y con mínimo iris llegara hasta los leños
a contemplar la dulce fatiga de una hoguera:
¿qué diría al saber que una mirada triste
de leñador cansadamente vierte
en la noche vacía su soledad penosa?

¿Qué diría el rocío?

Si en honda red de venas
fuese a abrir erosiones de agua en las sequías
donde el sol implacable trazó yermo y vacío:
¿desde qué sumergido matorral no subiera
la saludable gratitud del polen
que oró desde la tierra por un beso de lluvia?

¡Si se vistiera de alba. . .!

Si por una vez sólo
se distendiera en sábana de hierbas
y sostuviera, en vilo, las sombras injuriadas
y la desmoronada mueca dolorida de un árbol:
¿lograría zafarse luego de las tenazas
tenaces del agobio?

Si con un eco sordo
substituyera al eco de la muerte,
y fuésemos así, muriendo de rocío
por la sombra huidiza y humilde de la noche:
¿quién no abriría el monte jugoso de su pecho
por sus besos de ardor irremediable?

Si de repente un día
eslabonase todos sus sueltos eslabones
fundando una cantera de cristal y ternura:
¿no sería posible recoger sus flamantes
hebras de maravilla
para el largo reposo de los niños dormidos?

¡Si sonasen de pronto sus aldabas radiosas. . . !

CORTEZA . . .

Está, como nosotros
—vestimenta soberbia de los árboles—,
con una savia amarga royéndole la talla,
trenzándole los filamentos verdes,
¡arrogante confín de lluvia y pánico. . .!

¡Duro oficio, corteza,
estar inmóvil y ofrecer la vida
a la merced de un hacha cogida con destreza,
dura ley la que impone soportar el espasmo
de los que acaso llevan también, como un castigo,
la antigua y pavorosa pasión de ensangrentarte
y la amenaza torva de partir tus entrañas!

¿Cuántos,
cuántos contra los árboles
habrán caído con su mueca rota, heridos por mil años

de opresión y de agravios,
estrellando el jirón de sus harapos,
el extraño zumbido de sus respiraciones
con interrogación desoladora?

¡Duro oficio, corteza,
estar erguido y desgajarse en tajos
de calor torrencial y fiebres tropicales;
duro oficio mirar sin azorarse
la ligadura atroz del monterío bárbaro,
el sombrío pilar de la bravura humana
como agrediendo siglos al agredir tu talla. . .!

. . . como nosotros,
eres inamovible y eficaz relente,
ancho testigo de existencias rotas,
leal a su trabajo de frecuentar raigambres.

LOS DESENTERRADORES DEL AGUA
(Poceros)

Vienen al pozo, al légamo profundo,
al agujero con su ahumada hoguera;
se transportan a un lecho de volcanes,
al día primero, a la pasión primera,
a los originarios ademanes
¡y al origen del mundo!

Varones duros en pulsar derroches
de fuerza varonil que al sol circunda,
tercos en agredir oscuras noches
en la concavidad negra y profunda,
como si hallaran sangre entre las vías
de la veta fecunda.

Buscan las más secretas pulsaciones,
la matriz de la tierra, sus colmenas,
como tentando un haz de corazones
entre aridez y sequedad de arenas;
buscan hallar veneros, minerías
de agua a borbotones.

Arida polvareda lujuriante
les hiere la ingle, abriendo su costado,
como un filo de véspero jadeante
en la plancha solar de un despoblado;
les hiere el pozo, su pasión bravía,
y el barro amenazante.

Bajan así, por los atajos hechos
con un jirón de resolana herida,
con el peso de un mundo sobre el pecho
o de un alba con luz despavorida;
bajan bajo el hervor del mediodía
a las napas rendidas.

Allí eclipsan sus vidas, en la dura
comunión con dulzuras terrenales,
como grabando en negras sepulturas
golpes robustos, golpes aurorales;
allí eclipsan, ardiendo día a día,
sus vidas torrenciales.

Allí eclipsan sus vidas desgastadas
en laboriosa desnudez latiente,
la frente herida y el furor rotundo
de hallar la vía láctea entre el diente
de una piedra, secreta y obstinada,
dando a la tierra un fuego de relente,
al socavón profundo.

TIERRA

Aquí te he visto, tierra,
vuelta furor, solar magulladura,
hoyo mortal, fogata mortecina,
lívida ojera,
¡pozo embravecido!

Para ser planta tuya,
grano en tu surco o llama en tus tizones,
habrá que andar con ojos desvelados,
desollar con las uñas temporales,
vestirse de estridencia,
cazar rayos.

Sólo por merecerte:
esplendorosa médula del fuego,
cuerpo inflamado,
¡diapasón de un trueno!

ESPOSA

Te ensalza un viento fuerte,
algo que rememora lo que en la sangre traes
con cargazón de lluvias y panales,
porque eres, esposa,
–inflamada y flamante en la tarde de agosto–,
señera y orgullosa como un árbol.

Violenta y señera,
con aroma de monte primitivo,
con energía joven de gramillas opresas,
con temporal de frondas y de pájaros,
de modo tal que sólo
pudieras ser la imagen de las tempestuosas
y activantes semillas de la tierra.

Hemos sido labrados
en la idéntica fragua férrea de estos solares
panes nutricios fueron dolorosas raíces
que en la lengua dejaban sabor denso y amargo,
¡y hoy ya no habría nada
capaz de destruir las ligaduras hondas
que nos amarra al sumo sustentador que amamos!

Por algo enardecieron
orígenes de monte nuestra vida,
mechas de sueños altos jamás apaciguados,
y aunque anclen duros años sobre los duros hombros
pudiéramos, esposa, recobrados
a la simple inocencia de los niños,
tomar olor a oscuros y frescos manantiales.

Si yo he querido siempre
temblar entre un temblor de corolas silvestres,
si yo he verificado en el silencio
el pasional jadeo de la sangre en mi pecho,
fue para disponer que mis besos dejaran
el más secreto aliento de mi boca en tu boca.

Porque era necesaria
una piedra angular que acogiera mis cantos,
una raíz distinta a otras raíces;
traías luces claras a mi penumbra espesa,
joven pradera hecha para amansar mi arisca
turbulencia de estrellas implacables.

¡Estás aquí, creciendo
como una enredadera desposada entre muros,
ancho pilar de amor para que yo lograra
—la voz toda aromada de aposento y dulzura—
modelar las canciones
que el cristal meridiano de tus ojos recoge!

Señera como un árbol,
llegué hasta tus honduras con los ojos despiertos

y la sangre dormida viajando a tus latidos,
y lleno de latidos y de arboleda y sombra,
suave esposa, ¡levanto
lustral el corazón amando el mundo!

BOYERO MUERTO

No le habléis ya. Dejadle
con su paz y su greda, consumido,
sin reses que pudieran perturbar la rotunda
quietud de sus harapos extendidos.

Ya no habrá nada. Nada
que vuelva a desceñirle del silencio,
nada que pueda retornarlo al furioso
temporal fulminante del desierto.

No le habléis ya. Dejadle
como él quisiera estar, con su hidalguía
de pasto campesino que ensayaba
por sí solo a llevar su materia vencida.

Estuvo siempre así,
tal como ahora está: sobre las hierbas.
Puntualmente medía las sedientas llanuras
y le bastaba el rumbo de su fuerza.

No tuvo más. Su boca
bebía en tajamares y crepúsculos.
La inmensa laxitud de los campos abiertos
bastóle para ser lo que quiso en el mundo.

Y no ansió más. Acaso
pisó como ninguno sus dominios.

Aposentó sus sueños por todos los paisajes
fatigando el nivel de los caminos.

¡Y cosa triste! Ahora
reposa –cara al cielo– entre malezas.
Para vivir su vida requirió el horizonte.
Para morir, apenas un pedazo de tierra.

¡NO ES CIERTO, CARRETERO!

Desgreñado: qué duras
y turbadas las riendas de tu ceño,
dura y hosca la piedra que sacudes
en hosco trajineo,
pétreas las desgreñadas cabelleras,
desaliñado y áspero el sendero.

Ya sé.
Ya sé que te dijeron
los que siempre quisieron someterte
con palabras que no son de tu pueblo:
–" ¡Lo que recorres, todos los caminos
son tuyos como tuyo el valle entero,
todo lo que conmueves a tu paso
como línea de fuego,
y como tuyo el sol, tuya la vida
con su soberbio tallo duradero!"

¡No! ¡No creas nunca
que estás libre por eso: porque el viento
te orea, porque puedes tocar como ninguno
los tambores sombríos del silencio,
hollar los llanos, huronear los astros
en el azul horóscopo del cielo!

¡Duele el camino en polvo
–desmoronado e impune cautiverio–,
duele el paraje, duelen
los avatares del resol señero,

duele la vida, temblorosa y triste,
duele el hostigamiento
de las cúspides áridas,
de los barrancos viejos!

¡No tienes más, más que ese
insultante sudor de plomo ardiendo,
más que ese sol hostil que te amortaja
y te brilla en la piel resplandeciendo,
más que ese seco y pobre
entusiasmo de trópico sediento!

¡Y retumba tu grito
en la pesada fragua del desierto
como una fuerte voz, como un pedazo
de son sombrío y golpeado cuero,
como un tremendo filo
airado, elemental y verdadero!

De más está,
de más que te hayan puesto
allí para decirte: —" ¡Aquí tienes las bridas
del resol, no hay frenos
para ti, ya te hemos dado
todo lo que fulgura bajo el cielo,
el solar, la tierra roja, el monte
y el eco de tu aliento!".

¡A ver! ¡A ver! ¡Levanta
el fuerte puño despierto
y diles con grito abierto
que nada hay de cierto en eso,
carretero!

PUERTO TANINERO

Y aquí: ¡cifras,
números,

planillas,
recuento de sudor ajeno!

¡Un recuento de risas,
un recuento de ansias y de hambre,
un recuento de harapos,
un recuento de angustias y de sangre,
un recuento de cóleras,
un recuento de árboles
y de furor
y de gesto insultante
y de alcohol y perro y calentura
y bárbaro raudal con mueca de hambre!

Selva virgen.
Mil años que se tiñen
de brioso y voraz tropel de crimen,
que escupen y maldicen.

Cifras,
números,
planillas,
recuento de castigo ajeno. . .

¡Y luego
pobre, pobre sudor de pueblo!

¡TU PAN, PUEBLO MÍO!

No olvidamos tu pan,
el difícil torrente de tu sangre,
jamás, tierra natal, lugar de nacimiento
de una semilla inmensa; jamás, pueblo mío, nunca
el cordón de tus lágrimas, tu andrajo miserable,
jamás olvidaremos que has puesto en nuestra mano

tu germen terrenal para un árbol futuro,
jamás, que fuiste toda de fuego y varonía,
jamás, que fuiste pólvora encendida,
¡jamás, que vencida venciste!

Todos por ti, todos por tus honduras
su corazón fraguaron para forjar sus vidas
– ¡jamás, tierra natal, jamás el sacrificio
forjó pan más augusto que el que lleva tu sangre!–,
y para que pudieran resistirte en tus vértigos,
sufrirte en tus espasmos,
soportarte en lo aciago y en el triste
trance desventurado,
¡y para luego, para después,
fueron hechos del barro férreo de tu materia!

Nos diste la dureza, pero también tus días
de jazmín y dulzura, de naranjos oscuros,
dulces noches de luna destrozada en la arena,
caminos como locos cordones desbocados
que quisieran cercar el aire inmóvil,
y luego,
como el mejor tributo,
tu duro corazón de madero y quebracho.

¡Luego fue la agresión a la madera,
a las soberbias piedras caídas en el polvo,
al mismo polvo popular despierto,
al polvo quebrachal, al polvo triste
que originara el denso mineral de tus hijos!

¡Allí estaban los hombres
en una sola voluntad de gloria,
sin hablar, acumulando espumas de mutismo,
como agrupando furia para herir,
golpear, vengar,
con una voluntad más fría que la muerte,
más recia que la muerte!

¡Y luego el odio como un sol temible
haciendo crepitar cuchillo y sombra,
traspasando los sitios
que ayer iluminaron las luciérnagas;
el odio y su ademán, áspero buque
que todo atravesara,
que todo envuelve como un negro círculo
de agonizante sombra
destrozada y sombría!

¡Qué duro pan, patria profunda,
qué duro pan se muerde cuando muerden
tu nombre los varones
y un gusto a macho fuerte les sacude la médula,
qué duro pan de insufrible silencio,
de temblor inmortal!

Ayer todo era pétalo y perfumes.

¡Hoy todo es un relámpago mordido
de vértigo y de orgullo!

PARAGUAY BAJO EL CIELO

Y aun vosotros,
resquicios ignorados, sitios despavoridos,
fabulosos confines de mi encendida patria:
¿aún seguiréis así, hacinados,
hurtándonos del pecho manantial inflamable,
dejándonos la misma voz profunda
como ráfaga usable para mejores días,
estas gargantas secas, despiadadas,
como un torrente antiguo de todas las llanuras?

¿Qué hay, valles profundos,
qué hay entre vosotros y mi sangre,
soledosos arcones, patios inmemoriales,
que así, sin posible reposo,
busco quemar la voz en vuestra luz temible?
¿Qué habéis hecho de mí que cuando toco el pecho
buscando un pecho de hombre
toco llanuras áridas, parajes solariegos,
un espeso y viviente follaje conmovido?

¿Qué habéis hecho de todos vuestros hijos,
con qué desasosiego desplomasteis la noche
sobre el granito férreo de sus hombros;
con qué cruel arcilla modelasteis sus torsos,
en fragor de qué yunques vegetales sus manos
que ya parecen árboles andantes,
activas vestiduras de raíces fragantes?

¡Bien sé que ahora poco
o nada valdría la voz si no llevara
un puñado siquiera de ese fragor intacto
que bruñe el consumido rumor de vuestra música,
la herencia enloquecida del polvo y del escombro
que horada vuestros límites de sombra,
sin que nos duela el alto ramaje castigado,
sin que nos acometa una sed
de rabiosas centellas!

Estos ácidos frutos
de violentas pasiones, de zumos desabridos
que ahora masticamos al trajinar el polvo,
irremediables frutos de penuria y recuerdos:
¿acaso han madurado bajo el reloj de arena
de estos años difíciles
o es que son el resumen intacto y poderoso
de vuestra savia trágica y oscura
que nos arredra el fondo caliente de la sangre?

¡Pero qué amargo pozo,
pero qué amargo pozo si alguna vez dejara
de nutrirme en vosotros de un aliento terreno;
qué amargo andar gozando claror de albas ajenas,
no padecer la fiebre
de esos hendidos y hoscos territorios lejanos,
de la infalible luna lívida y polvorienta!

¿No es acaso posible
que nos topemos siempre, cara a cara,
con puntual asistencia bajo el ciclo perpetuo
de las constelaciones, que hablemos largamente
mordiendo la presencia de todo lo que es nuestro,
librándome a los rumbos ignorados
que me abran las fronteras –despejadas de sombra–
de vuestro corazón penoso y desolado?

¿No es acaso posible
que todo salga de los innominados
límites calcinados de las tierras sedientas:
la libertad, la vida, el viento de los montes soleados,
el agua que en la fuente de la mano extendida
pudiera reflejar las estrellas remotas,
lo que hace falta al hombre, el simple pan,
el iris del cenit encendido,
las anchas rutas para sus aventuras?

¿Aún seguiréis así,
desmoronando barro fragoroso en las manos,
aun así, fabulosos,
consternados paisajes taciturnos,
labrando nuestros rostros, asediando a la sangre
y aposentando en ella frisos de sufrimientos
y dando a cada cual un gesto, un verdadero gesto
de gravedad solemne,
de austeridad paciente e inmemorial?

¡Ay! ¡Surtidme de centellas!
Llenadme la garganta de un tallo más profundo,

de una voz con un eco de golpeados tambores
con que pueda calar las más graves honduras,
catar la faena dura del humus que en la noche
verifica las gotas del sudor en la tierra.

Abridme el brocal ciego de vuestro gran silencio.

¡Dejadme en el fervor como me habéis dejado
para siempre en la vida!

II

A Miguel Angel Asturias,
en amistad y viaje

POEMAS DE JUAN Y JOHN

¡Ya se están mamando otra vez los gringos!

MIGUEL A .ASTURIAS

I

Este es Juan,
modelado en su tierra formidable,
sin más aire que un aire taciturno,
sin más bolsillo que un bolsillo de hambre.

Este es John,
llegado no hace más de cuatro tardes
y ya mirando con los ojos altos
y escupiendo rencor sobre los árboles.

Este es Juan,
tallado por los días vegetales,
por vegetales días que sacuden
ciego castigo con furor de sables.

Este es John,
vestidura flemática, impecable,
llevando en el ojal su altanería
y su altanero *jeep* de baile en baile.

Este es Juan,
macerado entre ultrajes y de ultraje
desmesurado fuego, domeñando
humilladas arcillas torrenciales.

Este es John,
aproximado ayer, cifra arrogante
en postura de ver si aquí se puede
traficar con los astros vesperales.

Este es Juan,
fulminado, forjado entre avatares
de calurosa lluvia y cicatrices
de musgo seco y secos mandiocales.

Este es John,
quien no sabe que aquí el rayo reparte
sobre el rostro curtido de los hombres
fulgurantes espasmos de metales.

Este es Juan,
verde sangre de una selva que arde
con lascivo calor y que levanta
su señera protesta por los árboles.

¡Realmente notable!
¡Nunca supuso Juan que cualquier día
quisiera John llegar y esclavizarle!

II

¡Aquí está el esqueleto
de un pájaro arrasado por las balas!

¡Es ésta la caldera
viva del sufrimiento, el ascua, los metales,
la urna, el horno del troquel vibrante
con tierras miserables y salvajes que enseñan
su hemisferio temible de centellas y yeguas
de piel escarmentada!

¡Son éstos los dominios
de lunas y comarcas y ademanes
y reverberaciones de resol en las piedras,
de bosque y ligaduras que estremecen
comunerías de explosión silvestre!

Gargantas de quebracho
guardan para nosotros su yacente fragancia
de modo que nos cubran sus viejos agujeros
y con la boca llena de resinas y mieles
podamos –como erguidos bejucos–
trenzar un canto antiguo,
¡un canto todo lleno de su amargo tributo!
¡El Paraguay es éste!

Son éstos los imperios
carbonizados de los ríos tórridos,
con seres solitarios que en los puertos del Norte
gastan gestos, visajes de felinos;
con lujosas jangadas que flagelan las aguas,
¡despojos cercenados de los árboles,
bulbos vivientes, líneas abrasadas!

Diversa y misteriosa es nuestra América,
y si he de nombrar cosas que lastiman mis ojos
de tanto que aglutinan ancestrales castigos
es porque quiero un viento de legítimos gestos
limpiando estas hornallas
con golpes de flagrantes hermosuras
con anchos pasos de rumor nocturno,
¡con frescos valladares de rocío!

Esta es la tierra amarga
donde desembocaron todas las herramientas,
éste es el predio ardiente del reptil y el follaje,
¡feudo soberbio de rutilante hoguera,
inerte tramo, ventarrón sombrío!

Aquí estaremos todos
con nueva voz flamante de azahares,
con las uñas clavadas en las lanzas ruidosas;
¡aquí restituiremos nuestra vida a su cauce
y aquí recogeremos las palabras profundas
como en una enconada cacería!

III

Llegaron aquí un día:

John . . .
Steve . . .
Joe . . .

¡Líneas petrificadas,
rubios pellejos, gritos mayorales!

Miraron la sangría
de la sangre aborigen, las calladas
tierras con pretensiones dominantes;
miraron el latido montaraz, los bajíos
alhajados de hierbas fulgurantes,
¡el tiemblo claro de los grandes ríos!

Aquí, por este lado:

John . . .
Steve . . .
Joe . . .

¡Nosotros, por el otro, golpeando
la calma amonestada por el eco desierto;

llenos de estrellerías, levaduras
profundas, consteladas raíces arrastrando
el músculo hacia el sol, hacia las duras
constelaciones de lenguaje abierto!

Por este lado, ellos:

John . . .
Steve . . .
Joe . . .

Por el otro, nosotros, calcinados
por un viento que abrasa los cabellos;
energías fragantes de linaje eminente
con gesto pisoteados
¡y predios de opulencia entre la frente!

IV

¡Ah, Juan, nos hace falta
un nuevo rifle de ojos encendidos,
marchar de pronto con callosas manos,
viva la sangre, ardiente el puño vivo,
acopiar las estrellas varoniles
provistas de explosivos!

Estarán todos, todos,
Juan, todos los más raídos
braseros con sus leños trepidantes
reuniendo de nuevo los aromos perdidos,
los horizontes férreos, las hermosas banderas,
¡los temblorosos lirios!

Quizá nos sea dado
hallar la maravilla en los bolsillos,

en el ara más triste que inmoló a tus hermanos,
tal vez hallar en los ocultos sitios
no agua menesterosa, sino clara corriente,
no amargas suciedades, sino perlas y brillos,
¡y aun en las pelambres harapientas
un saludable resplandor tranquilo!

Estarán todos, todos.
Los árboles saldrán por los caminos
luego de haber dejado sus flamantes raíces,
pero llevando siempre su diapasón de trinos;
¡la videncia felina, lineal, del crepúsculo
también vendrá contigo!

¡Contigo, Juan, contigo!
Y Tupá, nuestro Dios aborigen,
como una polvareda de fragor campesino,
¡y Añá, gran insubordinado,
con furiosas hogueras ocupando su sitio!

¡Contigo, Juan, contigo!

V

Pues sí,
pues tú y yo morderíamos piedras,
pues tú y yo golpearíamos la sangre
como un fulgor amargo entre la arena;
porque sí, por que no caiga esto,
¡por que otra vez no vuelvan los encendidos pájaros
a habitar las ruinas,
a fraccionar las alas entre ciegos escombros
donde yazga el rocío como un cordón sangriento!

Tienes las mismas manos
que yo, duras para llevar metales,

para forjar metales de antigua rebeldía
y escupir hiel y polvo
si han de enterrar de nuevo la alegría que amamos,
la alegría profunda de los ríos futuros,
¡la tranquila alegría!

Aquí cada pulgada
de cielo y tierra lleva como bagaje
la fe que maduramos, la que siempre ha de hacernos
morder polvo sombrío, asir piedras
que arrojar a la frente de los recién nacidos
antes de arar comarcas derrotadas,
de escurrir bajo el saco la sonrisa,
la virgen y opulenta,
¡la tranquila alegría!

VI

Son éstos:

John . . .
Steve . . .
Joe . . .

¡Líneas petrificadas,
rubios pellejos, gritos mayorales!

Aquí, por otro lado,
nosotros, los que vamos con palas
a abrir las erosiones de la lluvia en las eras,
con el pecho rajado y trabajado,
¡los que llevan las hachas afiladas,
las manos verdaderas,
las decididas balas
y las huellas heridas por tierras ultrajadas!

Por este lado, ellos:

John . . .
Steve . . .
Joe . . .

Por el otro, el tumulto
generoso y cubierto por destellos
entre los duros y ceñidos días,
disolviendo el sudor lleno de arcillas
sobre la piel, enseñando el oculto
mineral de los sueños, ¡las sencillas
y antiguas rebeldías!

John. . .
Steve. . .
Joe. . .

Por este lado, ellos.

¡Y nosotros enfrente,
encrespando la sangre en los cabellos
y besando los surcos con el diente!

VII

¡Ah, compañero:
en qué secreto y hondo
crisol habrá que abrir el semillero,
habrá que echar el puño, la materia
lustral de nuestra vida,
en qué socavón duro la más terrible brasa
valiente de la sangre, en qué amargo
pozo el raigón del grito desbordado!

Sé que sobre estas piedras
puliremos mañana todas las herramientas
en un haz sudoroso y maleable
de ansias de estar de pie sobre los muros
de eficaces impulsos,
de machetes robustos bajo los cielos vírgenes,
¡tal como burilamos
el sagrado lebrel de un puñetazo!

VIII

Escucha, John, escucha:

¡Aquí crecieron altas las palmeras
  con raíces que zumban
en su faena de amarrar tormentas!

Escucha, Steve, escucha:

Aquí miran las aves volanderas
  las grandezas futuras
con los ijares tensos en la selva.

Escucha, Joe, escucha:

Aquí están los que ocultan y conservan
  y como siempre apuntan
sus cerbatanas y afiladas flechas.

Escucha, John, escucha:

¡Aquí está el corazón de los que sueñan
  y desde ahora nunca
te atrevas a violar sus duras puertas!

Escucha, Steve, escucha:

Aquí expande el valor su tolvanera,
sus espadas más puras
y el coraje su amor a la pelea.

Escucha, Joe, escucha:

¡Aquí están las hirsutas cabelleras
que exigen las profundas
alegrías humanas en la tierra!

Escucha, John, escucha:

Aquí se asombra entre bejucos húmedos
la clamorosa sed de nuestra lengua.

Aquí vendrá de nuevo en cada niño
la eterna vida con la frente abierta.

Con las frescas muchachas cualquier día,
¡aquí inauguraremos nuestras fiestas!

IX

Traed la lámpara, hermanos,
¡taladrad estas sombras con las lámparas!

Traed todas las lámparas,
aproximad su bermellón bermejo,
encandeced el viejo pergamino
de estos rostros lavados por la lluvia y la noche,
más aún, acercad su lengua viva
como explorando el hueco de una cisterna oscura. . .

¡Traed todas las lámparas!

Iluminad la casa,
esparcid la simiente del esplendor diurno
por donde ayer tenían su apogeo las lágrimas,
diseminad la llama de una antorcha
¡y ved si en las ventanas la penumbra ha transido
los ojos que miraban desde allí la llanura!

¿No limpiaron de polvo el aposento?
¿Quién no arrancó la telaraña, el manto
penoso y negro, el luto, de su casa?
¡Pasead esas lámparas
y ved si aún anegan los rincones
pobrezas y pobrezas
y sonrisas que ayer cubrió la tierra!

¡Al sol! ¡Al sol las cosas!
Aquí la mesa, a la intemperie, al fresco
aroma del jazmín; aquí, a la luna, al ramaje radiante,
al follaje que arrastra tras sí a la primavera,
¡al sol, muchacho, al sol la vida,
el vino, el pan, el tizón de las lumbres!

¡Traed la lámpara, hermanos!

¡Traed todas las lámparas!
¡Y abrid al sobresalto de una pasión ingente
el fastuoso corazón!

X

Ah, Juan, nos hace falta
un aborigen rifle rastrojero
como un tambor en la intemperie inmensa
burilando el silencio.

Ah, Juan, nos hace falta
un rifle nocturnal y cuchillero
invadiendo el dominio de la noche
con su metal sereno.

Ah, Juan, nos hace falta
el vino, la amistad, el colmenero
fragor del sol crispando la llanura,
quemándonos el pelo.

Ah, Juan, nos hace falta
un temblor de navaja y aguacero
para decapitar sombras y frondas
sembrando nuestros sueños.

Ah, Juan, nos hace falta
un rifle montaraz y trajinero
bañado de sudor, oliendo a pieles
de ultrajes y jadeos.

Ah, Juan, nos hace falta
un rifle piedescalzo y vaqueanero
que al cenit apacible arranque un ramo
de crepúsculo y ecos.

Ah, Juan, nos hace falta
un rifle indomeñable y estrellero
que en las oscuridades enardezca
lampadarios de fuego.

Ah, Juan, nos hace falta
un rifle elemental, un rifle hachero,
que aparte la maraña y entre aromas
reconozca lo nuestro.

Un rifle, Juan, un rifle,
un rifle popular y guitarrero
con su música astral, andando, amando,

un sonriente rifle mañanero,
un rifle airoso siempre ovacionado
por su perenne corazón viajero,
un rifle, Juan, un rifle claro,
    ¡un rifle verdadero!

XI

¡Nuestros son estos rostros,
el denso semental de estas vasijas
de lodo y muerte y sacrificio amargo,
bajo el acero seco, fulgurador, del cielo!

Ah, relámpagos altos,
voluntariosos hijos insignes de estos muros
cuya dureza doma lluviosos estampidos,
pólvoras demolidas por un temblor perpetuo:
otra vez, ¡otra vez!
                —en esta hora nueva—,
¡otra vez estáis todos,
lubricando la palma de la mano con lumbres!

(En un día de guerra
comieron tibia sangre y explosivos,
ceniza oscurecida con instrumentos crueles,
puntualmente llegaron a defender sus montes,
¡y con intensa y eficaz dulzura
tendiéronse a beber las intemperies!)

Seco viento metálico
les cose el territorio de los hombros
y les da un apogeo de ternura y resinas;
un acero caliente les cocina los puños
sobre arenoso yunque tatuado de verano,
y están, sobre el deshabitado

exterminio terral de sus dominios
—modelando el fervor con planetarios golpes—,
¡forjando un nuevo día de creación, un duro
bastión inmarcesible!

Aquí estaremos todos
puntillando con astros las rendijas del aire,
y arrancando del cepo a los esclavos
y arrastrando los pasos por las selvas umbrosas,
¡y siempre enarbolando
nuestro gran corazón tumultuoso!

Aquí mismo, en mi tierra,
¡en la tierra escarlata que originara el sol!

El sol bajo las raíces

1952 – 1955

EL HIJO DE LA TIERRA

Si me toca volver, si me tocara
volver a lo hondo, al haz de los rastrojos,
a lo hondo triste que encendió mis ojos,
a lo hondo cruento que labró mi cara;

si a mi propio nacer volviera para
remodelar mis raíces y despojos,
y tocando ese erial de fuegos rojos
mi propio origen, fuerte, me tallara:

volvería a cumplir el mismo rito,
volvería a cantar del mismo modo,
volvería a esplender el mismo nombre.

Pues arbolando siempre el mismo grito,
la misma luz transformaría todo,
¡la misma luz coronaría a un hombre!

EL CUERPO DE MADERA

Tienes, patria, las manos de madera,
todo el herido cuerpo de madera,
madera y resplandor;
el sudor como lluvia de madera,
de madera los huesos, de madera
dispuesta a resonar.

De madera la sangre
(¡chaparrón de madera!).

De madera los ojos
(cristal de la madera).

De madera los gestos
(sesgos de la madera).

¡Forestal capitán de la madera!

Te hicieron con guitarras de madera,
cajas de percusiones de madera
se rompen a tu andar,
tu mismo andar es playa de madera,
playa para las olas de madera,
de madera y calor.

De madera las uñas
(filos de la madera).

De madera los ojos,
de madera.

Y fibra y capitán de la madera,
¡de madera el amor!

Por eso tienes, patria, de madera
el puño vesperal, de una madera
difícil de quebrar,
la más clara esperanza de madera,
de madera encendida, y de madera
¡tu duro corazón!

LAS RAÍCES

De abajo,
desde abajo,
¡de allá abajo venimos!

De allá,
de las praderas,

de la más honda piedra, de la lluvia,
del revés de la lluvia;
del viento disparado en leguas tórridas,
del aire aquerenciado en leña y humos,
desde el punto inicial
de una raíz gloriosa,
de allá,
¡de allá adentro venimos!

Aquí hay hombres que salen
de una dura corteza
(y son madera),
de aguas e inundaciones
(y son de agua),
de agricultura y riego
(y son semillas),
y hay hombres que son tierra,
que arrastran en la piel tierra adherida,
que tienen piel de tierra,
que tienen tierra en el costado, tierra
que les hornea el pecho,
que son tierra
¡que tierra son para encender la tierra!

¡Venimos desde abajo!
¿De muy abajo? ¿Acaso
desde el filón caliente de la sangre,
desde el fondo ardoroso de las lágrimas
o desde el mismo origen del sudor?
¿Desde el sudor venimos?
¿Venimos ya desde el sudor acaso?

¡Mirad nuestras banderas!,
mirad que vienen de la agricultura,
de muy adentro estas raíces
que deliran aquí, que trepan por nosotros,
que a nosotros adhieren savia y lluvias,
que aprietan nuestras venas,

que amarran nuestras manos,
que nos devuelven siempre
al tirón ancestral de nuestra sangre,
que nos hablan,
que nos recuerdan que de allá venimos.

Venimos desde abajo.
¿De muy abajo? ¿Acaso
como el enigma puro de una flor luminosa
besada desde el fondo por labios milagrosos,
cada vez más de abajo,
de a lo largo del polvo de las hojas?
—¿somos raíces?—
cada vez más atados a la tierra,
¿cada vez más atados a las raíces?

¡Mirad nuestras banderas,
mirad que vienen de la agricultura,
desde la inmensa noche,
desde el día!,
¡desde el punto inicial
de una raíz gloriosa!
¡Temed que puedan encender la tierra,
mirad que vienen desde muy abajo!

EL SANTERO

Lacú, cara de miel, cabello cano,
temblándole, jadeante, la camisa,
fabrica santos, leve la sonrisa,
barcino guante de sudor la mano.

Trabaja en palos. Y al tallarlos tanto,
con calor de melcocha por la frente,
lo llama por allí la buena gente:
"Lacú, cara de miel, cara de santo".

Modela efigies rojas de madera,
pálidos santos de color de luna,
y le suenan los dedos como en una
llanura fatigante y forastera.

Cuando está airado, talla entre avatares,
y cuando alegre, hasta el taller se alegra,
se le envuelve la sangre en noche negra
si se le llena el alma de pesares.

Tales son sus desvelos; son tan fijos
sus labores, sus vértigos, sus sueños,
y es tanta la pasión de sus empeños
que tiene el rostro de sus propios hijos.

Lacú mira el vivir, sigue a la gente,
ante las vidas simples se emociona,
siente latir un gesto y lo aprisiona,
lo fija todo en su labor paciente.

De allí que cuando miran los vecinos
las figuras de palo en sus altares,
se ven, tal como son en sus hogares,
tal como son, jirones de caminos.

Para probar mejor lo que origina
dentro del puño como fuelle ardiendo,
se amarra al brazo enérgico un estruendo
de escopeta o cuchillo o carabina.

Si labra un santo, firme y despiadado
baña el cincel de fuego y agavilla
la gubia con cendal de maravilla,
fragor de tierra, semillar y arado.

Y si es santa, despierto en nuevo brío,
le da un soplo final mágico y sabio:

on flor de pacholí le pinta el labio,
las lágrimas, con gotas de rocío.

Y tanto se parece a sus criaturas
que él mismo es ya raíz, árbol, madera,
palpitación terrestre y verdadera
de cortezas con sol por vestiduras.

Trabaja en palos. Y al tallarlos tanto
con calor de melcocha por la frente,
lo llama por allí la buena gente:
"Lacú, cara de miel, cara de santo".

TODO CRECIÓ EN EL VALLE

Con su arrasado y boreal linaje
de alcor y miradero,
trae este valle un cántaro orgulloso
de tierra y de silencio,
un arcilloso leño que resuena
al espoleo leve de un arpegio,
cuyos vivientes ecos parecieran
estar inaugurando un nuevo reino.

¡A qué no asistió el valle
con los ojos abiertos!

Mirando levantarse las moradas
por sus breñales secos,
creció en vida sencilla, en agua clara
y límpida bajo el cielo;
se echa de bruces a mirar la vida,
a ver lo que se activa en sus veneros,
y se le ve en los ojos las cambiantes
alternativas del andar del tiempo.

¡A qué no asistió el valle
con los ojos abiertos!

En los aciagos días
de guerra y sangre y lacerados muertos,
cuando el llanto le muerde las entrañas
y el hachazo odiseo
parece cercenarnos de su vera,
se lo ve sordo, loco, turbulento,
como un coro de piedras enlutadas
que nunca acaba de gemir sus rezos.

¡Se puebla así de un gesto desolado
y de atónito asombro bajo el ceño!

Pero está alegre el valle si le alumbran
las claras tardes de los nacimientos,
cuando un clamor de madres parturientas
habla al cenit del esplendor más tierno,
y como un río al rebasar sus cauces
siente crecerle adentro
el júbilo viviente que le anuncia
la lumbre del amor y el ardimiento.

El valle quiere amamantar sus hijos,
claros, firmes y rectos,
y le sucede a veces que en las noches
–al calor de un vivac de pardos leños–
convocando a su sangre en rito extraño,
hace un hondo recuento
de sus pasos, sus luchas, sus trajines,
su historia, sus recuerdos,
e indaga siempre si los hijos llevan
la luz sin mengua que prendió en sus pechos,
cuando quiso que fueran encendidos,
firmes, claros y rectos.

¡A qué no asistió el valle
con los ojos abiertos!

Grita a veces: ¡Vivid, limpiad la casa,
precipitad mi sed, mi corpulento
sueño por otros valles,
vuestra luz de apogeos
–alta la frente, la mirada enhiesta,
el puño arisco y recto–,
porque tal vez mañana, a cualquier hora,
tendréis que inaugurar el nuevo reino!

AGUAFUERTE

Sujeto a palos en cruz,
un hombre, quieto,
sobre dos palos en cruz,
con sogas entre los huesos.

Y abajo el viento.

Acaso atada mi tierra
como un tamborón de cuero
sobre dos palos en cruz.

Y enfrente el viento.

¡Toda la patria en el suelo
sobre dos palos en cruz!

¡Y encima el viento!

VALERIANO MÉNDEZ LLEGA A LOS OBRAJES

(La marcha)

A Valeriano Méndez
se le hacina la espalda
en un cuenco fragoso
de ventolera y agua.
Un rojo amanecer
le sostiene la barba
cuando pone los pies
en la débil jangada,
y como azul culebra
el monte se agazapa
por un verde estupor
de guarida afilada.

¡Ah, Valeriano Méndez,
quien no sospecha el rumbo de las aguas,
mientras marcha entre sombras llevando la herramienta
que le ha de atar al yugo miserable, a la amarra
templada y agobiante de los puertos lejanos
donde el oro ha comprado su afán y su esperanza!
¡Valeriano, tatuado de coraje,
jirón de la alborada!

A Valeriano Méndez
–reluciente– le brama
la armadura solar
mientras el río pasa,
Paraná inmemorial
de sangrientas tinajas
y alta temperatura
de belicosas algas
y amenazantes fauces
de airosas cataratas.

(Bajo sus plantas gimen
las serpientes doradas).

¡Ah, Valeriano Méndez,
quien no sospecha el rumbo de las aguas,
quien se alhaja de polvo
ejerciendo el oficio de acosar las entrañas
del árbol, que en el trance del golpe penurioso
arroja sus postreros desafíos al hacha;
Valeriano, de turbio monterío,
jirón de la alborada!

(La jornada)

Hoy Valeriano Méndez,
oreado de ramas,
de verdes guacamayos,
de hermosas madrugadas,
se acostumbra al oficio
¡Ah, Valeriano Méndez,
que al empuñar el hacha
no pensaba empuñar
su canto de batalla!

¡Valeriano, vigor del monterío,
jirón de la alborada!

CARA TALLADA

Fregado por la tierra en tal medida,
de tal manera a su tirón atado,
tengo cara de campo, cara herida
de semilla y sembrado.

Tanto me inunda su dolor de arcilla,
de roja arena y de surgente clara,
que hasta la propia tierra se arrodilla
madrugando en mi cara.

Cara de región grave y de llanura
encandecida, sorprendida, arada;
cara de cicatriz, tajante y dura,
pura y crucificada.

Tengo cara de pasto amaneciente,
de sol brillante en cuesta semillera,
cara de pan llevando por la frente
la activa primavera.

Cara de grumo gris que al aire acuño,
cara de pana o paño de bandera,
cara rebelde levantando el puño
de greda tempranera.

Con visaje sombrío, tengo oscura
cara de cárcel si a mi patria ofenden,
si con golpes le ultrajan la cintura,
la encadenan y venden.

Cara de sombras pongo si me sabe
a sal el polvo que a mi patria embiste,
cara de sombras que ya apenas cabe
sobre su mapa triste.

¡Y qué cara de alegre adolescencia
si irrumpen en pasión sus viejos ríos,
cara encendida, cara con presencia
de muchachos bravíos!

Cara de sangre, cara antigua para
fecundar el fulgor que al sol avanza,

cara labrada por las lluvias, cara
de rama y de esperanza.

Cara de soplo matinal, de hondura,
cara de pala en tierra verdadera,
cara tallada en viva agricultura,
cara de sol, de pan, de sementera.

CONVERSANDO CON JOSÉ ASUNCIÓN FLORES

He elegido esta clara mañana, hermano mío,
para posar mis duras lámparas en tu mesa,
llegar con gesto tardo para hablarte de cosas
que al recóndito tiemblo de nuestro ser conciernan:
los montes, las surgentes, los niños, la poesía
y esas guaranias tuyas como soles que queman.

Yo no hubiera querido sino cantar contigo.
Sin embargo, tú sabes que todas nuestras flechas
deben hoy aguzarse con nuevos resplandores,
y nuestra voz cargarse de implacables centellas,
como a veces debemos, en vez de miel sonora,
llevar en las gargantas ásperas torrenteras.

¡Y cómo no ha de ser! Si tercamente siguen
los amigos de la hez, la oscura gente aquella
que ya de tanto y tanto golpear en la sombra
supone que es posible quebrantar nuestra fuerza,
sobornar el tranquilo panal de nuestro pecho,
tal vez desarbolarnos de nuestra roja tierra.

¡Tal vez desarbolarnos de la tierra! ¿Comprendes,
comprendes que pretenden arrojarnos afuera
de lo que más amamos: las casas, los palmares,
las llanuras natales? ¡Es como si pudieran

arrancarle los hijos a una madre, a la noche
las hebras con que puede tejer sus sementeras!

¡Y qué, qué pueden ésos, ésos que desconocen
lo que es sorber el cáliz de las cosas supremas,
lo que es llenar la copa de generoso vino
y ofrecerlo a un amigo como airosa presea,
que al mirar nuestros pasos jamás aquilataron
el granero de sueños que dejan a sus huellas!

Pero nosotros hemos de averiguar un día
cuáles fueron los hijos más fieles, las maderas
de mayor rectitud, cuáles fueron los árboles
que poblaron sus ramas de más altas estrellas,
qué labios se nutrieron de canciones más hondas
y quiénes repartieron las mieses de su alforja.

¡Y qué, qué pueden ésos tramar contra el soberbio
clavel que levantamos con una luz severa,
si ya no les alumbran los densos alimentos
de las verdades simples, la rumorosa veta
del agua y la honradez, que la primer criatura
del mundo comprendía que iba a llevar a cuestas!

He elegido esta clara mañana, hermano mío,
para decirte cosas y escuchar cómo llegas,
colmada la mochila de pan para los hombres,
trazado el alto rumbo sobre la frente inmensa,
y sentir que galopa tu música hacia el alba,
ganada por la boca del pueblo que despierta.

Deja que aquéllos anden con esa exigua luna
ya arrumbada de tanto desgastarse en la piedra;
déjalos que en la inútil penumbra reconozcan
que ya no llevan sangre ni calor en las venas,

y que al tocar sus rostros descubran que palparon
máscaras desoladas de niebla polvorienta.

¡Que arríen sus banderas! Nosotros levantamos
la claridad más pura, la más valiente arena.
¡Déjalos con su sombra! Nosotros activamos
la labor poderosa que hay en las herramientas,
manejamos cordeles de rocío y tenemos
un ancho corazón para poblar la tierra!

EL CEGADOR DE ALONDRAS

Punza el ojo del pájaro. Y al verse
trémulo como un sol que se derrama,
vuelca la sangre en combustida llama
como si él mismo fuera a enceguecerse.

Su faena es cegar aves boreales
que a la celda le acercan desde afuera,
presumiendo que así se les altera
la voz, en cascabeles musicales.

Cuando un sol de jarabe desafía
la quietud de los montes cenicientos,
él se anuncia con tardos movimientos
yendo al encuentro del fulgor del día.

¿Le viene de otros años camineros
ese afán de cegar un cristal vivo?
Esas urgencias de arrebato activo:
¿le brotaron de andar por los esteros?

"Canta mejor la alondra enceguecida",
pretexta al embozarse en su faena,
para mirar después que se le llena
de alevoso temblor la mano ardida.

Se le siente vivir con gesto artero
de quien vive sujeto a un orificio,
cautivo antiguo de su antiguo oficio,
de sus propias penumbras prisionero.

Comienza el rito: toda la camisa
se le emociona al sujetar al ave,
siente en los dedos un temblor suave,
hiere una leve sombra su sonrisa.

Un alambre candente es su herramienta,
que al rojo vivo se le entrega ardiendo,
aunque ve que el amor se le va yendo
de la mano, al crisparse en su tormenta.

Después la alondra enceguecida canta,
ya un aluvión sonoro, una vertiente
que ilustra con sonidos la corriente
del viento, que en sus alas se levanta.

Y él es todo recuerdos; sus destellos
lo vuelven al muchacho caminero,
que ayer por el atajo naranjero
aprisionaba al mundo en sus cabellos.

Punza el ojo del pájaro. Y al verse
trémulo como un sol que se derrama,
vuelca la sangre en combustida llama,
como si él mismo fuera a enceguecerse.

GUITARRA

Cuando llegue la hora
de hablar alto, guitarra,
de activar tu seguro
confín de resonancias,

¡prepara los cantares
claros para la grama
que aroma, rumbo al día,
las bocas liberadas!

Prepara los cantares, como cuando el asedio
de una hermosa locura te arrojó por el mundo,
te amarró a seis marañas de cuerdas rutilantes
y te adiestro al oficio –con poderío rudo–
de hablar a un ser humano, con el desasosiego
de quien sin tregua alguna golpea por los muros.

¡Prepara los cantares, como cuando nos bañas
el corazón de anuncios!

Cuando llegue la hora
de cantar como quieras,
y el llanto que te anubla,
con alegría viertas
dentro del más tranquilo
cántaro de pureza:
¡a hablar alto, guitarra,
sin arpegios de quejas,
y levantando cantos
que canten la braveza!

Puedes llevar ahora notas de hondura amarga
sobre el precipitado fogón de tu madera;
puedes temblar de miedo cuando los forajidos
silencios de la noche se resecan de niebla;
puede apagarse el ciego paredón de tu caja
con tizne compungido de un colmenar de penas,
porque hoy conserva todo el desbocado signo
desnivelado y roto de una vida desierta.

¡Prepara, en cambio, el cauce de tu entraña sonora
para un temblor de fiesta!

Cuando llegue la hora,
¿qué futura guitarra
–sobre futuras manos
de sangre iluminada–
podrá, con frescos cantos
que alumbren la mañana,
poblar con semilleros
de sonrisa, las faldas
que van a abrir al viento
las jóvenes casadas?

¡Alto el cantar, guitarra, cuando el amor irrumpa
albeando de suspiros las rumorosas sábanas,
conmoviendo una hoguera de liturgia nocturna,
estremeciendo un cáliz de sangre sosegada,
y la mojada lumbre del rocío acaricie
la ternura que vuela por la noche callada,
y tiriten los lechos al rumor del milagro
que un niño trae al mundo con cánticos y ramas!

ESCRITO EN OTOÑO

Madre mía, es la noche;
la airosa noche, madre, la noche de un otoño
que prolonga su triste joyel por los guayabos;
la noche sola, ufana, el distraído
silbo de la penumbra en las palmeras; ella, inmensa
aguardadora de la voz de tu hijo,
la que ha de verme humano como siempre a tus ojos,
inclinado al brasero de tu regazo inmenso.

Aquí estoy, madre mía, solo otra vez contigo,
todos oídos al claro temblor de tus palabras,
todo recogimiento junto al aromo tibio
de tu profundo corazón; así, contigo, en esta noche

en que te veo a solas, a solas con las cosas
que tú y yo recogimos a través de los días
nutridos de luz roja;
aquí estoy, madre mía, descubierta la frente
y con el mismo gesto caminante
que a tu cobijo urdía los sueños que conoces.

Llego hasta ti, en la noche,
con leve paso tardo de criatura que ensaya
agrupar en un puño todo el amor del mundo.
¿Que si apenas sonrío? ¡Cuántas, cuántas
deshabitadas noches labraron mi silencio!
– ¡noches que arrebataron de mis ojos al niño
que hubiera yo querido perder sólo en la muerte! –
me dejaron visajes taciturnos,
revolar de mirada pensativa, insistente
melancólica arena entre los labios,
la misma mueca amarga de muchacho perdido
por los montes ayer, cazando estrellas.

He elegido este otoño
para rendirte cuenta de mis actos,
y tú me selecciones las perlas de la alforja,
diciéndote: he cumplido,
diciéndote que nunca desajusté mis pasos
de esos caminos rectos como el tronco de un árbol,
que nunca estos mis labios se apartaron del agua
generosa del cántaro más puro,
que prolongué en mi sangre la verdad de tu sangre,
que custodié con alma la lámpara que un día
pusiste entre mis manos, señalándome un norte
de sencilla conducta ante la vida.

Debo decirte a ti, junto al sendero
de claridad lunar, pequeña madre mía:
yo no he bebido nunca el vino adulterado
de las alevosías,

no embadurné la boca por los odres sombríos,
no conjuré divinidades falsas;
quise poblar el mundo de opulentos graneros,
soñé para los hombres los frutos capitales,
busqué trazarles rumbos sin duras peripecias,
busqué prenderles alas,
y llegar a este término de acogerme a tu pecho,
ganado el galardón de hablarte a solas.

A solas, madre mía, ante el otoño
—gran sonajero de murmurio y tiemblos—,
a solas, sin que nadie me escuche ni te escuche,
nombrándote a los míos, a los míos, a aquellos
que posaron la palma de la mano en mis hombros,
los que nos fueron fieles en la dicha y la pena,
y que hubieran querido, como yo, en esta noche,
cantar en ti a la madre de todos sus desvelos.

Guarda tú las reliquias
de los antepasados; guárdalas, madre mía,
guárdalas en el hondo zarzal de tus recuerdos,
cúbrelas de silencio, que se arrumben los cofres
en el gris meridiano de nuestro patio humilde,
y que en tu mano vuelvan las bujías
nuevamente a alumbrar los aposentos.

Acógeme, entretanto,
tiéndeme a tu costado, en las almohadas,
como antaño otra vez, como en los días
de copiosa quietud, de gestos, de palabras
que asistieron también con su inocencia
a toda la creación del universo.

LA COPA DE LA PAZ
(BRINDIS)

¡Alcemos esta copa, mis amigos! ¡Que suene
en nuestras manos firmes su prestigiosa lumbre
y exprima un zumo vivo de azul viñatería;
que su profunda y clara transparencia se llene
de resonancias hondas, y se encienda y alumbre
nuestras tierras ardientes con su mensajería!

Alcemos esta copa, la más antigua y pura
copa de temblor claro que la patria elabora
—copa del corazón, de terracota altiva—,
copa de paz que ofrece con cándida hermosura,
copa labrada en hornos de semilla sonora,
al ras de una llanura candente y encendida.

Bebamos de esta copa paraguaya, ofrecida
por estas manos rudas, por los callados hijos
de la selva, el quebracho, la terrestre dureza;
copa de bordes tibios, de arcilla conmovida,
con el cuenco inclinado al horizonte, fijos
sus nuevos manantiales por cauces de pureza.

Con esta copa sola podrá secarse el llanto,
tejerse un hondo nido de amor a las parejas
de pájaros, que afirman su vuelo entre las luces;
con esta copa sola derrotarse al espanto,
lavar nuestros senderos de vértigos y rejas
librando a su habitante de cárceles y cruces.

Que el árbol tenga paz. Que el árbol fuerte tenga
tranquilas sus raíces, de esplendores ilesos,
que nada hiera el fondo de su hondura severa;
que en paz la tierra dura le aliente y le sostenga,
que el aire en paz le alhaje con pétalos y besos
sosteniéndole el viento la rama duradera.

¡Alcemos esta copa, sea la bienvenida
al merecer por siempre nuestra fe y alabanza;
que pechos leñadores sostengan su armonía;
alcemos esta copa prohijando a la vida,
alcemos esta copa de infinita esperanza,
esta copa sedienta de luz y de alegría!

LA PALA

Solo ante el alba, al despuntar el día,
rota la sombra montaraz, inquieta,
camina un hombre y rompe su silueta
el herbaje de luz que el sol vacía.

El yermo hierve, en tanto el cielo efluvia
flechas de fuego que su cuerpo hienden,
resoles vivos su talante encienden,
su talante encerado por la lluvia.

Clava la pala en tierra. El hombre sabe
que una generación de castigada
raíz reposa entre la grama airada,
pujanza vana en la comarca grave.

Turgente, el seno de la tierra envía
un tufo denso que su rostro orea,
y el cuerpo, fustigado, forcejea
con el púber fragor de su energía.

Del fondo emerge una enconada hoguera
que le plasma carbones en la cara,
le enmasilla la piel morena y para
su pulso, al orillar la sementera.

Clava la pala en tierra: sus fulgores
brillan bajo sus ojos mientras sube,
como una ensangrentada, oscura nube,
el recuerdo ancestral de sus mayores.

Allí están, ofrecidos en sencilla
dación por una hondura eterna y quieta,
presencias vivas de raíz secreta,
cubiertos y abrigados por la arcilla.

Son los mismos de ayer, los mismos nombres
desventurados, de ignorada gente,
caras de luna, de apagada frente,
mujeres tristes, miserables hombres.

Viajan desde la sombra antepasada,
desde la pala que los desentierra,
dejando sobre el puño un haz de tierra,
de amarga esclavitud siempre empapada.

El labrador los mira. Ve con ellos
cuán amargo el sudor, cuán triste el día,
cuán oscuro el ayer, cuánta alegría
despedazada encana sus cabellos.

Clava la pala en tierra. El hombre sigue
trémulo, hirsuto en su faena dura,
y si persigue abrir toda la hondura,
la perseguida hondura le persigue.

¡Aunque la pala, en su exigente rito,
su sombra pisa y desde allí levanta
la activante semilla, en su garganta,
del primario relámpago de un grito!

COLOR DEL ALBA

Para el hombre que trabaja
y en los montes deja el jugo,
se enciende un alba de yugo,
cuchillo, caña y baraja.

Decoración de las parras,
campos, casas y viñedos,
sol y música en los dedos,
el alba de las guitarras.

Si es muda ceniza, cobre
que no brilla ni resuena,
triste, vendida y ajena,
es alba de gente pobre.

Fulgor de un hacha violenta
que al pueblo arroja de bruces,
sembrando el suelo de cruces,
¡alba de sangre y de afrenta!

Revienta salvas de vinos,
de horror en su laberinto,
puñal sangrante en el cinto
si es un alba de asesinos.

Herrumbrando los llaveros
sobre los hombres dormidos,
frior de rifles tendidos,
¡alba de los carceleros!

Capitán de resplandores
que echa flores y claveles,
vino puro en los manteles
¡el alba de los cantores!

Alba destilada en rachas
de perfumados jazmines,
alba de amorosas crines:
¡el alba de las muchachas!

Y hay hombres que entre los dientes
llevan albas de emociones,
albas de hermosas canciones,
¡albas de los combatientes!

GUARDAMONTES Y BOTAS

El pueblo es éste, cardo y escopeta,
que enciende en ira su campana rota,
cuando siente pisar sus territorios
guardamontes y botas.

Guardamontes de oscuros capataces
en rigurosa formación de tropas,
resbalando al llevar sus salteadores,
guardamontes y botas.

La gente ve pasar la polvareda
del incendio que llevan en la alforja,
quienes se calzan duros, sudorosos
guardamontes y botas.

Gente simple de heridas y cosechas,
que mientras va descalza por las costas
entre palas, balean sus espaldas
guardamontes y botas.

El pueblo vive entre caliente arcilla,
con los cántaros llenos de su aroma,
bajo un amargo estrépito de cascos,
guardamontes y botas.

Sus hambres cereales le dan fuerza,
en la cuadra sombría en que lo asogan,
mientras galopan sobre su miseria
guardamontes y botas.

Su apetencia rural de nuevos rumbos
le fija al puño una pasión fogosa,
en tanto le recorren, le ensangrentan,
guardamontes y botas.

Preñado de guayabos y pantanos,
el pueblo sopla una aguerrida fronda,
mientras le azotan con furor el rostro
guardamontes y botas.

Su aliento agricultor derriba cercos
de grilletes que el pecho le sofocan,
tirándole a matar, a un matadero,
guardamontes y botas.

¡Hasta que un día libre, libre el pueblo,
con la revuelta hirviéndole en la boca,
no deje en pie, tendido en su trinchera,
guardamontes ni botas!

LÁPIDA PARA LOS ARTISTAS QUE TRAICIONARON AL PUEBLO

Debo hablar de vosotros, de vosotros que en venta
dejáis hasta el humilde cristal de una mirada
—apartando los ojos del farol que alumbramos—,
que enarboláis por pluma la pluma que no inventa,
por honor la humillante reverencia a una espada,
por divisa la pobre moneda de los amos.

Estáis en vuestro sitio. Ya habéis tenido cita
con las sombras falaces que amaba vuestro pecho;
ya entregásteis el Arbol que cubrió la primera
morada de la sangre: la tierra que se habita;
ya habéis herido el aire, que se tumba deshecho
por donde traficásteis también la primavera.

Triste oficio ha ordenado la sombra a vuestras manos:
destinar a un retablo de farsa a la esperanza,
subastando las hierbas, las pasiones, los nombres:
abrir todas las puertas de casa a los tiranos,
presumir que el dinero puede alcanzar o alcanza
las delicadas cumbres del sueño de los hombres.

¡Lejos estáis del alba! Vuestras frentes desiertas
no conocen el suelto poderío del viento,
ni vuestros pies el claro fragor del mediodía
robusteciendo el ala de las mieses abiertas;
de sequía en sequía, sois el abatimiento
que ignora el sorpresivo temblor de la alegría.

No sabéis que la tierra lleva el tenaz empeño
de alimentar sus predios con fervor conquistado
luego de ensangrentarse con luchas y avatares;
lleváis puñales negros de rencor en el ceño,
lleváis entre los dientes el dinero logrado
a fuer de haber vendido las arpas populares.

¡Las arpas populares! Allí están, encendidas,
con el cordaje a punto y en pie de llamaradas,
buscando manos que hablen con voz de varonía;
allí están, largo a largo, resonancias hendidas
en los bravíos cauces del mañana, entregadas
a la faena hermosa de arder con rebeldía.

No era para vosotros la vestidura ardiente
del canto que dirije sus flechas a la vida
con prodigioso vuelo de cuchillo y de riego;

no era para vosotros el panal transparente
de resina y milagro, de miel enardecida
que en la boca llevamos, con vocación de fuego.

¡Habitad el silencio! Ya tendréis otra suerte
mientras inauguremos la fiesta en los senderos,
y palpitantes arpas en el telar del viento
nos hablen de otra vida adolescente y fuerte,
¡y cumplan sus jornadas los varones señeros,
por donde el sol bautiza su nuevo nacimiento!

PEQUEÑA CANCIÓN

A un guerrillero

Fuera con lo que fuera:
con el máuser severo,
con el músculo tinto
de hierba y sementera,
con las balas al cinto,
lista la cartuchera,
¡galopa, guerrillero!

Helor del horizonte
caído del poniente,
relámpago veloz, carbón sencillo,
estampa boreal
seca y valiente,
violenta racha que bajó del monte,
júbilo elemental,
torrente y brillo.

Lista la cartuchera,
erguido el cuerpo entero,
bruñida y combatiente,
valiente y altanera,
radiante ante el relente
la frente compañera,
¡galopa, guerrillero!

Cabello suelto al viento,
polvoroso viajero,
insurrecta pasión, acero puro,
agresivo puñal
en movimiento,
victoriosa saeta, torso oscuro,
filo final,
¡joven guerrero!

—¡Horizonte y bandera,
el alba hermosa su fragor apronte!

—El alba llevo aquí en la cartuchera;
en la vaina de cuero, sol y espuma.

—¿La que cayó a tus puños como un nido,
donde un claro lucero,
hirviente cuenco puro,
pasa dorando el monte?

—¡Sobre la densa bruma
del espartal oscuro!

—La noche se ha dormido.
¡Clarea, guerrillero!

ABRID EL PECHO AL CORAZON

Abrid el pecho al corazón, hermanos,
que el corazón se encienda a cada hora,
que se cubra de sol dando a la aurora
la misma claridad que a vuestras manos.

Que el corazón trabaje, que sonría
saliendo humildemente a ser un hombre,

que tenga en su destino un nuevo nombre,
un nuevo signo en el umbral del día.

Dejadle ser un árbol; que resuene
por dentro como grano en sembradura,
fruto resplandeciente que madura
la amanecida unción de lo que viene.

Dejadle ser un hombre, simplemente,
con vocación de pámpano y arado,
sobre su propia luz atrincherado,
grano de surco, amigo de la gente.

Que pueda el corazón ser lo que quiera,
preñado vientre o llama enardecida,
fertilizante avena de la vida,
color de naranjal de una pradera.

Venablo hiriente, cerbatana, lanza
zigzagueante en el alcor del cielo,
resplandor avizor llevando en vuelo
la progenie de pan de la esperanza.

Dejadle hacer al corazón, que cante
con un collar de fuego en la garganta,
como un brillante soplo que levanta
vuestra triste raíz de arena errante.

Que pueda el corazón ser lo que quiera,
un hombre enamorado simplemente,
¡pero un hombre de pueblo, sonriente,
que aprendió a fecundar su sementera!

LOS HOMBRES

Los moradores de estas tierras duras
llevan cuchillos,

amasijan sus puños yendo al monte,
del monte bajan con centella y brillos.

Los moradores de estas tierras duras
son de madera,
de la madera arrancan su alegría,
a la madera van con su tristeza.

Los moradores de estas tierras duras
tienen guitarras,
con su guitarra suben por las cuestas,
con su guitarra hasta la tierra bajan.

Los moradores de estas tierras duras
llevan fusiles,
suben al hombro fogaradas de oro,
quemaduras metálicas y firmes.

Los moradores de estas tierras duras
hierros trasudan,
hierros afilan para sus puñales,
para el bélico afán de la cintura.

Y siempre
el torvo ceño ante el candil foguean,
avanzan
con sus ásperos torsos de madera,
escalan
con briosa pasión las rojas cuestas,
y ahora
ante el muro de sombra al que se acercan,
con sus guitarras cantan y protestan,
y con el puño en alto ante las rejas,
en el momento aciago en que golpean,
comienza a amanecer
¡y arden y sueñan!

LAS INTRÉPIDAS LANZAS

(SIGLO XVIII)

¡Las lanzas!
¡Las intrépidas lanzas!

¡Siempre con un mismo grito,
clamor idéntico, igual
talante al odiar el diente
y el tiro del caporal!

¡Las intrépidas lanzas!
¡Las exultantes lanzas!

Las lanzas que abrumaron
con errabundo ardor las junglas bárbaras,
las lanzas verdaderas,
las lanzas sanguinarias,
las lanzas restallantes en las rígidas manos
de los esclavos mudos, soltando sus amarras.

Un río de sangre ardida,
suelto en el amanecer:
contra el látigo del amo,
del gobernador y el rey.

¡Las intrépidas lanzas!
¡Las exultantes lanzas!

Acariciando islas y países
las hemos de llevar, todas las lanzas
mojando su fervor en los telúricos
tabacales y chacras,
en el sudor febril de las riberas rojas
que se tuestan y bañan
en las húmedas lenguas de los ríos
y en el radioso imán de nuestras madrugadas.

Viejo alborear de lanzas
frente al sol, frente a la ley,
contra el cepo y el guarapo
y el capataz y el virrey.

¡Las intrépidas lanzas!
¡Las exultantes lanzas!

Y otro día, otro día,
en una marcha agotadora por las noches sin calma,
bajo una atmósfera
sofocante, cargada, mutilada,
¡nosotros otra vez; nosotros, nuestras lanzas,
el linaje infinito pleno de fortalezas
y sortilegios, como un volador girasol de mariposas y
descifrando el robusto [astas,
hábito de abatir las cizañas,
mostrando la madura,
la libertaria orgía de las fornidas lanzas!

NANA EN EL ALBA BUENA

Para cantarte nanas,
canción para la tierna
joya de sus jornadas,
debe encender tu padre
sus más radiosas lámparas,
debe sentir la sangre
más densa y más honrada,
despejarse la frente,
limpiar de madrugada
con gorjeo de mieles
sonoras la garganta,
pequeña luz del mundo,
¡jardín de la comarca!

Acúnate en la suave
ternura de la grama,
tierna y pequeña, hermosa,
en cuyos ojos baila
un sol de cocoteros,
de milagro y de magias,
caballitos de palo
que en tus ojos cabalgan,
niña de yerba, ardiente
prodigio en la mañana,
piel de radiante luna
derramada en el alba.

Cuando así se te canta,
todo aroma los viejos
rincones de la casa;
cuando de pronto ríes
y el universo pasa
temblando en tu mejilla
como surgente mansa,
tiene un sabor distinto
el pan de la morada,
hecha de blancas mieses,
de la más tierna hogaza.

Cuando así se te canta,
tus ojos adivinan
que en su dura jornada,
la sangre de tu padre,
sudorosa y amarga,
torna a su antiguo cauce
de agricultura mansa,
y el sol que cada día
maravillea el alba,
se le enreda en la frente,
se le enciende en la cara.

Elijo el alba buena
para cantarte nanas,
busco por las taperas
flores para tus sábanas,
flores para los hijos
de las rudas jornadas,
flores para tus manos,
flores para aromarlas,
pequeña luz del mundo,
¡jazmín de la comarca!

OTRAS FOGATAS

Aquí se encenderán otras fogatas...
Sobre las mismas nubes,
con sus cántaros grávidos de lágrimas
y el oscuro sudor de los esclavos,
que en la imprevista tarde esparcirán sus llamas.

Las fogatas aquéllas
como clarines de la madrugada,
calcinando los pasos del soldado
que no sabe por qué lleva esas balas,
y bajo la camisa siente un golpe
sanguíneo de presagios que le hablan...

¡Fogatas de soldado,
como ululante sol de la mañana!

Crepitarán aquellas
que en la noche tranquila de los ríos bajaban
como alud parpadeante
de fuego, en el vaivén de las piraguas,
chispeando en la mano de los hombres de cobre
que adoraban la luna, por los bosques y el agua.

¡Fogatas ancestrales,
con su violáceo pedernal de llamas!

Trepidarán las hondas
y olorosas fogatas centenarias,
las que frenetizaron los rituales,
los sacrificios y las danzas bárbaras,
las que arredraron con su paganía
y su idioma espectral nuestras comarcas.

Fogatas valerosas,
como rotundas chispas de una raza.

Mi fogata y la tuya, compañero,
como un golpe de oscura catarata,
la que anduvo temprano en los albores
y por todos los montes con la sangre descalza
y el pelo al aire,
y la mirada clara,
y el puño férreo para izar de pronto
su piedra y su batalla.

¡Fogata combatiente
que nunca acabará de echar sus llamas!

UN HOMBRE

Aquel muchacho andaba
por el húmedo imán de los esteros,
pisando las taperas acechantes
con mustios pasos y ojos cenicientos,
con humildad y tierna
vocación de recodos estrelleros.

Tuvo una vida simple, sed inmensa
de asomarse al idioma de los vientos,

de acariciar los belfos de un caballo perdido
o abrumarse en las parvas del rocío de enero.

Tuvo bienes sencillos:
un puño original, un chiripá de cuero,
la luna que una vez cargó en los hombros
cuando cayó varada en el sendero,
un horóscopo tibio de noche enmarañada,
los jadeantes ijares de su perro,
cuatro palmos de harapos
y el palmo habitual de su silencio.

Luego paseó sus hondas
hambres por un sinfín de sufrimientos,
como quien carga a cuestas esa penosa herencia
del péndulo de sangre que se lleva por dentro,
sanguíneo el tronco airoso de su estampa,
seco ante la amenaza marañal del desierto.

Y mientras que camina
por la arena rebelde de su pueblo,
llevando sus banderas, sus airados cuchillos
por sus valles de luna y naranjeros,
después de haber dejado por ahora
su antiguo predio, su heredad, su suelo,
¡de vez en vez vuelve los ojos
al nostálgico hipar de sus esteros!

ELEGÍA

a Cayetano Ojeda,
caído cuando menos debía

Como esos leñadores que se pasan hachando
la corteza tenaz, y de pronto jadeando
se llenan de sudor,

marchó este hermano nuestro, viandante y trajinero,
llevando sobre el hombro su agobiante madero,
trémulo de estupor.

Marchó hasta detenerse.
Su carne estaba herida
por el blanco diamante
de un cuchillo, alevoso en el acecho,
y al abrírsele el pecho pudo verse
que siempre estuvo hecho
de sangre conmovida,
de polvo trashumante.

¿Le importa en su desgano
que así, de trashumante, se le tilde?
El era sombra de sendero humilde,
su mejor padre, su mayor hermano.

Era del pueblo amigo,
cera de su madero;
su frente enarbolaba hacia su altura
y el hueco de su mano hacia su abismo;

era una lumbre pura
de cosecha y de trigo
su desplante altanero.

Tal vez el pueblo mismo.

Hombre puro y lejano:
¡cómo amaba la vida
con el milagro de su voz, tendida
sobre el viento encendido del verano!

Leño fuerte y fecundo,
su vida tuvo acento
de tiempo verdadero.
Llevó un talante bravo de maderamen cuya
vigencia de esplendor fue a lo profundo;

lo reconoce el viento,
lo sabe el pueblo entero,
la gente que fue suya.

– ¡Detente, Cayetano!,
le gritó un día la muerte,
y él, como un gran pájaro que vierte
su música final..., le dió la mano.

Fué cántaro y guijarro de repente,
calzó otra vez zapatos peregrinos,
y al tener por alcor todo el relente,
le dieron sepultura los caminos.

POEMA

(SIGLO XVI)

Tierra roja,
tierra de los maderos
altos
y las semillas secas:
¡tierra de los encomenderos!

Si te rompen la cara,
si te cruzan el cuerpo entre arcabuces,
si te dicen de pronto:– "Nada
vale aquí más que el Rey";
si te quedas inmóvil, ¿qué te queda
de tu tierra?

Si los encomenderos
te escupen su patraña,
si en las noches de foscas cacerías
el extranjero brama,

si te quedas inmóvil, ¿qué te queda
de tu tierra?

Tierra roja,
tierra de los maderos
altos
y las semillas secas:
¡tierra de los encomenderos!

MACHETE

Aquí quiero clavarte,
recio varón, en una
crispación temblorosa
sobre la tierra dura;
aquí, para que puebles
de coraje y de altura
las fragorosas fuentes
del corazón, y asumas
los gestos varoniles
que los hombres procuran.

Aquí hace falta siempre
que la sangre consuma
calladas combustiones
de enérgica hermosura,
pues por los pobres yermos
la vida tiene puntas
de arado que ara surcos
de negras desventuras,
y a todo un pueblo hieren
con puñado de púas,
le asogan entre cruces
y de bruces lo insultan
y le rompen los huesos
con clavo y ligaduras.

Por eso es que quisiera
tenerte adonde zumban
los sofocantes sesgos
calientes de la lluvia,
por esos sitios rojos
donde los puños buscan
tenerte entre fulgores
de revuelta y de lucha,
que así, lavado el filo
de herrumbres y de arrugas,
desarraigues de golpe
las malezas desnudas,
la vieja servidumbre
de la comarca enjuta,
cuyo temblor vasallo
no hierve ni fecunda.

¡Contempla nuestras manos,
tiéndelas, una a una,
libres por fin, unidas,
como banderas puras!
¡Qué grano jubiloso
no saldrá de la hondura,
haciendo estallar, frescas,
las cosechas futuras,
en tanto un haz triunfante
de racimos, prorrumpa
con un dichoso idioma
de amor y de ternura!

¡Qué no será ya nuestro,
si todo se inaugura
junto a un sol victorioso,
testigo de estas luchas;
qué no será ya nuestro,
si sólo con las súbitas
claves de los preanuncios
la vida nos alumbra;

si todo el porvenir
se emociona en las rutas
por donde vas rompiendo
las alimañas rudas!

Todo saldrá a tu paso,
como alguien que saluda,
y hasta la tierra misma
te habrá de abrir su cuna,
la tierra, entera y virgen,
de pertenencia tuya.

LA GUITARRA PUEBLERA

La guitarra pueblera
sangra y llora,
sangra y llora de pena,
se enerva su madero,
su clavija resuena,
la caja se le dora
de ceniza y se viste
de sombra hermosa, triste,
encadenada, ajena,
la guitarra pueblera.

Densa guitarra ajena,
pobre, pobre,
caja aterida y terca,
negra noche en la cima
de sus cordajes, cobre
que al viento se encadena,
que al aire se arracima,
que a su albor nos acerca,
la guitarra pueblera.

Cuando sangra es madera
que se empina,
bordona labradora
sin ámbitos ni endechas,
sudorosa mancera,
mirada campesina
que no ve sus cosechas,
despojo de la aurora,
la guitarra pueblera.

¡Pero también bandera
cuando el pueblo lo quiere,
salud restañadora
de su herida y su arena,
grano de sementera,
fugaz, deslumbradora
cuando canta y resuena
la guitarra pueblera!

¡VEDLOS PARTIR!

¡Vedlos partir! Unos rompen
con sueños las noches claras,
otros van con embozados
lutos de piedra en la espalda,
bocas de negros visajes
que no resuenan ni cantan;
aquéllos son la creación,
éstos, las cenizas magras,
para unos se enciende el sol,
para los otros, se apaga.

Algunos van por la vida
como arados por fragancias,
varones que a flor de piel

respiran la luz del alba,
firmes como airosa espuma,
tiernos en la encrucijada,
descifradores de un haz
de antiguo trébol que sangra
radiantes mensajerías,
señales para mañana.

Pero hay hombres que no llevan
sino estériles guadañas,
ecos de vacío pozo,
noches de vacía trama,
manos que no acariciaron
cabelleras de muchachas,
besos que nunca iluminan
ni fecundan las estancias,
torsos que no se foguean
con afán de abrir la marcha.

Fuegos altos llevan unos,
como otros no llevan nada.
Estos marchan enlutados
y con la boca cerrada,
con eclipses en la piel,
cubiertos de arena pálida,
pájaros que al remontar
el vuelo pierden las alas
y en los atajos que acechan
se oscurecen y rezagan.

Vigor de lumbre en la vida,
contemplar a los que marchan
resueltos, reconocibles
por el monto de sus ansias,
que en los crepúsculos sueñan,
que en los mediodías cantan,
con labios que alimentaron
las decididas palabras.

Unos cargan en los hombros
sus briosas llamaradas;
los otros, yertas y frías
ramazones y marañas,
y siempre al saber por cuál
sendero los dos avanzan,
para unos se enciende el sol,
para los otros se apaga.

AQUÍ Y ALLÁ

(*Goiania* - Brasil)

Nos trae un viejo fulgor
la senectud de estos árboles,
la savia de estas raíces
desoladas en la tarde,
encendidas de verano,
cubiertas de soledades.

Aquí, lo mismo que allá,
¡lo mismo que por mis valles!

Aquel hombre, ¿lleva y calla
—como en mis valles—
sus brazos que ya no son
sino dos trozos de alambre,
su testa, una calabaza,
preñada de fuego y sangre?

Ya se lo quitaron todo:
el aire, porque es el aire,
los ojos, porque no ven,
los gestos, porque no valen,
los puños, porque son puños,
los predios, porque un Don Nadie
le aró las manos con oro
a otro Don Nadie en las calles.

Y su guitarra, la misma
guitarra que, lejos, arde,
madero de claro acento,
fija, encendida, palpable,
seca protesta en la voz,
protesta viva en el aire.

Aquí, lo mismo que allá,
¡lo mismo que por mis valles!

CHACO

(Petróleo)

I

¡Ah, Chaco,
arena,
plancha de acero,
seca
piel de tigre cebado
con las órbitas muertas!

¡Te van a poblar con sangre,
con negra sangre!

¡A ensuciarte los cuévanos con sangre,
espiar el vientre rojo de tu sangre;
te van a abrir los húmeros con sangre,
con la malaria de la negra sangre,
goteando sangre!

¡Te van a poblar con sangre!

¡Ah, Chaco,
arena,
retorcido recoldo

de calcinada piedra,
cantárida explosiva
de azarosa madera,
matorral combustible,
leñones que se atiesan
bajo un sol rencoroso
de cáscara desierta!

¡Con negra sangre!
Te van a ver por dentro de la sangre,
por acueductos húmedos de sangre,
con la malaria de la negra sangre,
goteando sangre.

¡Te van a poblar con sangre!

II

Pero tú no debieras sino erizar la carne,
Chaco, por tus taperas, por tus torvas llanuras,
con nueva sangre.

Y a tus galvanizadas y grises soledades
infundirles coraje varonil de protesta,
con nueva sangre.

Calentar los fogones secos de esos lugares
con anchas torrenteras de ráfagas y estrellas,
con nueva sangre.

Vestir los diseñados pliegues de los ramajes
con dulce sobresalto de canciones febriles,
con nueva sangre.

Bautizar los carbones que en tus páramos arden
–crepitando en las rojas vorágines sedientas–,
con nueva sangre.

Cincelar la fragancia sencilla de la fresca
maravilla que en alas de la aurora se mece,
con nueva sangre.

Levantar los baldíos calientes de la tarde
como un puño bravío de sol desafiante,
con nueva sangre.

Que no perforen nunca tu vientre con metales
si no fueran tus hijos, cosechando tus frutos
con nueva sangre.

¡Puéblete un filo fértil de gesto insobornable!
¡Yo te contemplo erguido con las duras antorchas,
con nueva sangre!

¡A VER, MUCHACHO!

Pero dime, muchacho:
¿no se te quema la lengua
hoy, no se te carboniza nada
ni te suenan
por dentro cosas amargas,
como si molieran piedras?

¿No sientes estiletazos
que te hieran?

¡Respóndeme, muchacho!
¿No se te estrujan las venas
cuando ves que mientras amas
te tumban, venden y vejan?

¿No se te quema la lengua?

EL AMO DE LOS FEUDOS

Fue el primero, el primero
que se embozó en sigilos de felino,
calcando a la penumbra su emboscada
guarida, su atuendo forastero;
tejió las viejas trampas, la celada
donde arrojó de bruces al cetrino
vástago de estas tierras, a ese fuerte
y encendido varón de las llanuras.

Siempre empuñó primero
la vara del castigo contra el pobre
caminante callado, contra el hijo tranquilo
de faz violada por un surco austero;
dispuso levantar de golpe, en vilo
el implacable clavo
cruel del sacrificio, la feroz bofetada
sobre el rostro ofendido de un esclavo.

Pisa con pie seguro
sus vastas posesiones, se teje una aureola
de sombra ante el despojo de otras vidas,
pasa entre taperales humilladas,
provoca su bostezo un poco oscuro
y un viento artero su pistola.

Tuvo que ser, tenía
que ser éste el primero, el primer bárbaro
que abonara sus feudos con el crimen
y el suelto potro de su ardor violento,
de ésos que no redimen
la mancha de su puño, rojo y cruento.

Este encendió las piras
fúnerales, inquietas,
custodiadoras del temblor nocturno

y del lento reposo de los siervos;
desamarró sus palas,
plantó cuatro piquetas
y a su victima ató con cuatro tiras
de cuero jadeante, y a todós —en su turno—
bajo un silbar de balas,
achicharraba el sol y el hambre de los cuervos.

Míralo así, despierto,
bramando entre alzaprimas y chasquidos
de botas y de sables;
míralo así, sombrío,
untando el odio en carnes miserables
con un rojo y severo
viento de maldición y tabacales.

¡Ah, América profunda,
donde no lame el mar sino huérfanas villas
entre rifles que hieren todavía
—con chispa y fogonazos— las calientes orillas;
míralo un día volteado, frío,
descoyuntado, muerto,
señor ayer de tus praderas y tus ríos,
de tus bosques radiantes y sonoros,
con el rebenque roto en el costado,
el cuchillo caído, inútil, yerto,
mirando un espejismo perdido de tesoros!

¿QUIÉN VA?

¿Quién va dejando un temblor
recóndito en la comarca?
¿Quién va dejando un temblor?

— ¡El arpa!

– ¿Quién puede sonar mejor
que el eco de la mañana?
¿Quién puede sonar mejor?

– ¡El arpa!

– ¿Quién va por el rededor
del monte, dejando el alma?
¿Quién va por el rededor?

– ¡El arpa!

– ¿Quién llama con más fervor
a los hijos de la grama?
¿Quién llama con más fervor?

– ¡El arpa!

– ¿Y quién a la dura gente
le va aireando el semblante,
le deja un sol sonriente,
una pasión que le cante,
y al contemplar cómo esgrime
como una bandera el canto,
va a liberarlo del llanto,
de las cadenas que oprimen?

– ¿El arpa?

– ¡La arisca cuerda del arpa!

¡ES TU DEBER, SOLDADO!

Y bien, soldado,
tú todavía tienes que vigilar la patria,

tú todavía tienes que gastarte la frente por los otros,
mirar cómo a los otros le acuchillan la espalda
y al pueblo le golpean con púas punitivas,
y le rompen los labios con las armas,
y te pegan a ti, y a tu hermano, y nos pegan
los jinetes rabiosos con sus balas,
y andan con sus zapatos asustando a las madres
y con rejas y cascos destrozan las guitarras;
tú todavía tienes que declararte amigo de los campos,
tú todavía tienes que tenderte en la manta
con la mejilla tensa como un muro alfarero
de cal rudimentaria,
como un puño bravío que organiza a la gente,
como un bosque cargado de fragancias,
capaz de ver que al hombre le dan palas, cadenas,
y alimentos que sangran,
y a la tierra le dan de comer plomo,
trozos de alambre, cruces, pálido palo, cáscaras,
y sólo le dan migas miserables
y le dan con las puertas en la cara;
tú tienes todavía que coronarte un tiempo de fusiles
y sacudir tu traje en las comarcas
y poner luego un rostro de revoltoso cobre
que suene a saludable agricultura y vaya
con música profunda,
acariciando oscuras y emocionadas armas
que han de guardar la paz de las cosechas,
que han de guardar las puertas de la casa,
¡y nosotros contigo llenaremos la boca
de escopeta y de patria!

Tú todavía tienes que vigilar la patria.

4 de agosto de 1954

ESTAD ATENTOS SIEMPRE

EXILADOS:

Escuchad, paraguayos:
escuchadme vosotros que lleváis las guitarras
errantes en las manos,
cuyas medallas tienen todavía color acometido
de cántaros granates y profundos,
simples varones verdes con el alma en incendio:
grabad en la retina todos los laminados
paisajes de la patria,
pensar que solamente
fijando en la memoria su desazón y escombros,
seréis mañana el claro fulgor de su conciencia.

Nadie más que vosotros
sois la medida entera de sus lágrimas;
pensad que tenéis rostros de llanuras y bosques,
que sois el repartido surco de las labranzas,
los redentores barros pisoteados;
pensad que sois los hijos exilados de un árbol,
ya que la patria tiene cuerpo de ramas secas
cuyas hojas batieron los desastres.

Todo está decidido
con la disposición de la fuerza y la lucha;
no hay camino que borre vuestras rojas pisadas,
no hay caballos que olviden vuestra destreza antigua
de jinetes,
labios que no pronuncien el saludo caliente del regreso;
todo depende ahora del rapto agricultor de vuestras manos,
del avizor sentido que tienen las simientes
y la honradez de vuestros pasos.

Estad siempre de bruces
para esperar mejor a las semillas,
restañando la herida mortal de los arados;

vale la pena atrincherarse un tiempo en las labores
y arrancarle a la patria ese sudario
y levantar los brazos como flores dichosas
que pasan de un entierro a la alegría.

Escuchadme vosotros que lleváis las guitarras
errantes en las manos,
hombres de una cosecha avasallada.

LA SIMIENTE

I

Una dura Simiente, valerosa,
inmensa y clara,
como un destello azul sobre los montes,
densa, sobresaltada,
ríe como un muchacho por los valles,
ríe por las ventanas,
con sus dedos va a abrir, segura y fresca,
la rumorosa flor de la mañana.

Vertiginoso polen de alegría,
de juventud, avanza,
trae un pan en los labios, nos promete
una dulce morada,
de sus hombros descarga los murmullos
por las hierbas.
Y avanza.

Esta dura Simiente victoriosa,
como ninguna avanza.

Vertiginoso polen de alegría,
siempre sonríe y canta,
tiene el vigor sobre la faz tranquila,

el fuego en la mirada,
trae la gloria, el sueño, la aventura,
la paz a la comarca,
y si acaso quisieran detenerla,
puede saltar las vallas.

¡Habrá que abrir, de par en par, las puertas,
que la Simiente avanza!

II

¡Escucha cómo sube esta Simiente nueva,
que entre los duros dientes una tormenta lleva!

¡Colócala en la mano como un fruto profundo,
cantando a boca llena los júbilos del mundo!

¡Mírala, amando siempre su condición más bella:
tálamo de una estrella nupcial con otra estrella!

¡Escucha cómo crece la Simiente sencilla,
que los hombres viriles pueblan de maravilla!

Abre todas las puertas al viento, que acelera
la marcha cuando llega con luz la primavera.

Esta Simiente tiene musculosa hermosura,
despeinando a las ramas la cabellera pura.

Y sacudiendo un puente con su daga canora,
¡la Simiente prepara los frutos de la aurora!

ELEGÍA AL POLVO GUATEMALTECO

Tenías, Guatemala, que ser, pequeño polvo,
la salvaguarda del honor, tenías
que levantarte un día con tu cara de pueblo,
brotar como caliente rama en los arenales,
preñar tu territorio de vivientes vasijas
–sacudiendo la frente de perfume y cereales–,
levantar los martillos duros en la desgracia,
bramar entre castigos,
para que todo el aire comprendiera de pronto
que su hermano menor, puro y bravío,
sostenía en las manos la conciencia de América.

I

¡Ah,
pueblo, pueblo, polvo resonando
por senderos de sol y advenimiento,
surco sagrado andando,
humana sombra de una aurora espléndida
de amor, sólo de amor profundo,
pueblo padre, parto de los amanecidos
temblores de la tierra, corona de los hombres,
liquen para la vida,
candil de un auroral deslumbramiento, claro
de luz y altura y música:
oh, haber nacido entre tu llama augusta,
oh, haber nacido para asir tus frutos!

Vale sufrir, subir
para alcanzarte, nacer como cualquiera
aunque jamás vivir como cualquiera,
vale la pena combustirse en iras
para acoger tus alas vesperales, tus brillantes

pasos de fuerza y gérmenes,
para alcanzar tus ámbitos fecundos: vale alzarse
y caer,
saltar el cerco
por merecer llevarte y abrasarte.

Pueblo, bravío polvo,
valiente padre popular, abierto
al viento boreal de los pasos futuros,
a las constelaciones tranquilas y a la vida
tenaz de los que te aman,
de los que van por ti condecorados,
por ti sumidos en nocturnos trances,
por ti poblados de pasión y auroras.

Más valdría llevar
– ¡Oh, más, oh, más valdría!–, –
más valdría llevar, si a ti no te lleváramos,
una voz ya vencida por la sombra,
un pulso sin latido ni soberbia,
sin claridad solar,
o un gran saco de lágrimas oscuras.

Estaríamos siempre
hincados en las piedras destrozadas,
sin nada ya – ¡Oh, recuerdos!–,
boca ya sin palabras;
deshabitados, rotos, maldecidos,
sin música final, sin himnos de alegría.

II

¿Qué eras tú, pequeñita de albura y de vellones,
lana por manos claras de tejedor buída,
primer rocío fresco que nos cayó en la mano,
madera en el estruendo de la carpintería

con que el hombre construye la casa del futuro,
en el glorioso acecho del pan y la alegría?

Bebías agua azul, la que transfiguraba
tu garganta en hermosa gruta fortalecida,
pociones de encendida miel de sus colmenares,
leche primaria y blanca de siembra campesina,
rebeldes gotas puras ungidas sin renuncios
para el milagro hermoso de curar las heridas.

Allí esparcía el viento resonancias de selva,
zodiacales y verdes torrenteras que iban
hacia las nuevas frentes con lustre de sudores,
hacia los cañamazos de la sangre y su hombría,
todo injerto en regueros de honradez alfarera,
unido al eco en marcha de una vital ceniza.

Y eso es todo: un pequeño país reconquistado,
en cuyas dulces manos la pasión advertía
sus resueltos avisos, por si el sordo enemigo
pretendiera de pronto, con pólvora y con picas,
galopar en sus tierras con alevosos cascos
o arrancarle a tirones la piel y la camisa.

Y sucedió que fueron rotos los altos muros,
abiertas ya las puertas de la patria, en un día
de ásperas alimañas, y los roncos volcanes
ocultaron sus lavas de antorchas primitivas,
para que el ceño avieso de un traidor no supiera
que allí se guarecían las llaves de la vida.

¡Qué signos extranjeros te marcaron la frente!
¡Cómo podrán bajar de la altura a tu arcilla
para que no nos pueda señalar nuevos rumbos,
para que no nos llame con fuerza hacia una cita,
donde vayamos todos a quemar flores rojas
y América renazca gallarda de sus chispas!

III

¿Quién puso entre tus hombros su madero
y tres veces negó ser de tu arena?
¿Quién levantó su cólera a tu frente?
¿Quién ha ultrajado, pueblo, tus estelas?
¿Quién ofendió tu rayo poderoso?
¿Quién no supo medir tu efervescencia?
¿Quién lanzó contra ti golpes verdugos?
¿Quién profanó tu vara de grandeza?
¿Quién codició tu rutilante fuego?
¿Quién quiso ver caída tu cabeza?
¿Quién se apartó cuando sintió tus pasos?
¿Quién te clavó con su mirada abyecta?
¿Quién injurió en la noche tu corona?
¿Quién vejó a escupitajos tus centellas?
¿Quién bebió en la vasija del cobarde?
¿Quién ignoró tu espada turbulenta?
¿Quién maceró su máscara en la infamia?
¿Quién esquivó la luz de tus estrellas?
¿Quién huyó ante las alas de la aurora?
¿Quién detestó tu barba nazarena?
¿Quién lastimó los dedos con su látigo?
¿Quién arañó los muros de la afrenta?
¿Quién no alabó tu nombre y poderío?
¿Quién quiso para ti llanto y pobreza?
¿Quién ultrajó la sombra de tus héroes?
¿Quién se pobló la sangre de violencias?
¿Quién con rencor tejió su vestidura?
¿Quién temió contemplarte la cabeza?

IV

¡Ah, espina de traiciones!
Oh, pueblo,

ay, desdichado polvo fragoroso:
¿quién humilló tu fabulosa cifra de pasiones,
quién confundió un domingo con un día jueves,
un puñal con un lirio,
quién preparó la fosa para el niño humillado
que en su sitio de muerte todavía lloraba?

Ah, espina de traiciones,
hueco, penumbra, zócalo
de nieblas implacables, rencoroso
número de traición y ojeras pálidas,
hebras de espina muerta,
punta espina, roída espina sangre
de risco oscuro y abrumante noche.

Sostén de un hueso pálido,
inexorable faz de espina odiosa:
¿quién se habrá de apiadar de tu caída?
Raigón del estupor, yacente fibra
mecida de la muerte, centro agónico:
¿qué cielo acogerá tu flor morada
de agostado cadáver?

Ah, espina de traiciones:

¡Ya te demolerán, polvo por polvo!

V

Cuando todo caía
como triste ceniza en tus hogares,
y el aire era una verde luciérnaga sedienta
y enloquecida entre un olor de incendio;
cuando te fué cubriendo el casco, el risco, el odio,
y en vez de cunas se contaban tumbas,

¡qué dura y triste caída,
qué dura y triste caída retrasando los pasos
y el crecimiento azul de las cosechas,
qué dura y triste caída,
retroceso a los huecos de una estrella.

VI

¿Quién no vió, Guatemala, que en la activante hogaza
de tu pan resoplaban los enconados vientos,
que con dedos de odiosa trepidación cubrían
las medallas del pueblo?

¿Qué montaraz no erguía su escopeta en la mano
como metal terrible pensando en tus senderos,
con la camisa rota por las traspiraciones
y el rencor bajo el ceño?

¿Y qué guerrero altivo no apretaba la boca
como siendo llamado por tu arena y tu incendio,
recorriendo la oscura cuadra de sus cuarteles
como animal sediento?

¿Quién no supo que pronto, sin regiones ni orígenes,
los árboles ya apenas serían trozos secos,
arrancándose todas las raíces de cuajo,
marchando hacia tu encuentro?

¿Qué campesino anónimo dejaría en su arado
su admiración y asombro por tu pecho de estruendo,
sufriendo por llenarte de salud rigurosa
desde los pies al pelo?

¿Quién, conociendo todas tus piedras agredidas,
no quiso, en tu hora triste, dejar junto a tu pecho

revólveres calientes y fósforos bravíos
para tus guerrilleros?

Mi amarga, oscura tierra, también por tus volcanes
prendía sus cuchillos de guarania y de fuego,
¡y hasta su gente hambrienta quería fecundarte
de cantos y armamentos!

¡Mi amarga, oscura tierra, también mordiendo polvo,
parecía arrojarte con sus puños deshechos
muchachos paraguayos de hermosura terrestre,
verdes y resurrectos!

VII

Pero oye:
si devuelve
la tierra el grisú negro de los hermanos muertos,
si al abrir los ataúdes se encuentra que los hombres
no son ya sino brotes de nueva sembradura,
si los maizales tienen
nuevamente color de ojos que miran,
de bocas que hablan y de cuerpos que andan,
es que un nuevo linaje te brota desde el fondo,
es que terrosos puños saltan desde tu pelo,
es que por tus follajes
nuevamente en secreto la dignidad se enciende,
nuevamente te salen panes desde los hornos,
nuevamente palpita desde abajo
la libertad en forma de muchachos rebeldes.

Verás los brotes vírgenes;
cómo, sin que lo sepas, te encuentras acunando
criaturas que te nacen de repente,
cómo de nuevo vuelven a empujar los arados,

cómo estos hijos verdes
—logrando la estatura pura de las estrellas—
te tocarán las manos, te besarán la frente,
quemarán la mortaja que te cubre,
y acaso con la misma sonrisa matutina
o la misma escopeta
—restaurando parcelas— llevarán tu bandera.

Son hijos tuyos verdes
—caras de maderamen, semblantes de agua oscura—,
sangres acumuladas en tu infausta ceniza,
barros recolectados de tus predios;
son pañuelos que lavan tus heridas,
son mejillas quemadas del arenal del pueblo.

Son hijos tuyos verdes,
irrumpiendo de pronto de un telón de catástrofes,
con sus caras de surcos y yemas perfumadas,
atizando las chispas de la leña en la hornalla,
y tendrán señalado su destino,
pues ellos nuevamente gritarán por la patria
un canto enamorado,
un canto que otra vez defienda el fuego,
que defienda otra vez la luz de América.

VIII

Y así,
patria pequeña,
polvo de briznas altas,
palpitante laurel, densa esperanza
—color Motagua en el trasluz del alba—,
corona y halo en la plateada frente
de gente vencedora,
enderezada al porvenir, abeja y fósforo
quemados en la piel de nuestros pueblos:

ya verás cómo se alzan o se tienden
en tu lustral salud hombres tranquilos,
nacidos para ti, para tu augusta
exhalación de hogueras varoniles,
fajándose tu rayo venidero, tu fulgor futuro,
ciñéndose tus aires,
tu orgullosa materia,
tu profunda salud de padre pueblo.

¡Fecundarás el pan de tus varones!
¡Cuidarás de tus vivos y tus muertos!
¡Desenmadejarás tu polvo inmenso!
¡Levantarás tu levadura humana!

¡Y amasarás tu pan junto a tus vértigos!

RUEGO AL POLVO GUATEMALTECO

Da luz al que durmió con el rocío
y fue sacrificado.

Al que anegó a la noche con sus lágrimas
y fue sacrificado.

Al que salió a fundar una simiente
y fué sacrificado.

Al que amarró su llanto entre la tierra
y fué sacrificado.

Al que a un pájaro dió miga en la mano
y fué sacrificado.

Al que cosió el zapato para el héroe
y fue sacrificado.

Al que incendió su barba por los otros
y fue sacrificado.

Al que mordió su lengua en el tormento
y fue sacrificado.

Al que prendió con riesgo una cerilla
y fue sacrificado.

Al que supo segar para su hermano
y fue sacrificado.

Al que fue abofeteado en la discordia
y fue sacrificado.

Al que usó como traje a su decoro
y fue sacrificado.

Al que llevó en silencio su amargura
y fue sacrificado.

Al que izó hasta una nube su tristeza
y fue sacrificado.

Al que no vió jamás a su alegría
y fue sacrificado.

Al que sembró los granos terrenales
y fué sacrificado.

Al que supo tener misericordia
y fué sacrificado.

Al que cogió fatiga en sus harapos
y fué sacrificado.

Da luz al que jamás soñó en reposo
y fue sacrificado.

Al que tuvo apetencia de la vida
y fué sacrificado.

DE CARA AL CORAZON
(1955)

CANCIÓN

Busqué un pozo. Resonaba
tu voz, dormida, en el fondo.
Tu voz y el agua. Yo encima.
Yo y el brocal sobre el pozo.
Fuimos tres: tú, el pozo, yo,
palpando sombríos hoyos.
Tú buscando perlas finas
con que alhajarte los ojos.
El pozo, oreando entrañas
de elementales despojos.
Yo averiguando en la tierra,
desenterrando sollozos.
Así te encontré. Te traje.
Latido intangible el chorro
que ordenaba el manantial.
Ascua de emoción tu rostro.
Y un gesto de juventud
en el uno y en el otro.

Tú y yo por honduras vivas.

El amor sobre los hombros

Dos ríos de eternidad.

Dos perfiles en asombro.

MAGIA

Siempre quisimos que el mundo
se viese como hoy lo vimos.
Como lo supimos ver,
como en horas de amor lo presentimos,
siendo lo que anhelaba ese deseo
de ver de otra manera, ver que el río
sale a jugarse en brazos de la noche,
y a la noche escuchar rumor de ríos.

Quién diría que no vi
tu imagen sobre el rocío,
que no vi tu inicial bordada arriba,
que no te vi en el iris de su abrigo,
que no miré tu cabellera negra
como enramada en vértigo a su arrimo,
miraje del albor, encantamiento
del encendido sol que va contigo.

Te vi temblar.
Al verte temblé yo mismo.
Sólo a un sortilegio puro
y mágico pudimos ver lo que vimos,
el camino subiendo hasta los bosques,
los bosques descendiendo hasta el camino,
una amorosa espiga alando el viento,
el viento hablando de secretos íntimos.

Siempre quisimos que el mundo
se viese como hoy lo vimos.
Como se debiera ver,
con esa desnudez del amor tibio,
escuchando en sosiego ese susurro
de tu cálido aliento junto al mío,
del corazón furioso como el soplo
confuso del aprieto de un gemido.

Todo de repente mágico,
tembloroso, conmovido.

Y de cara al corazón
y al reino juvenil de estar dormidos
o estar despiertos, viéndonos el fondo,
cambiando el fuego cándido y la vida
y la muerte en idéntico delirio!

AQUEL DIA . . .

Se asombró el alba; tiembla todavía
por darte a tí, por darme la alegría.
Bello habría de ser el nacimiento
de aquel día apacible, de aquel viento
cuyo rumor nos llega y se arremansa
donde tu propio corazón descansa:
sobre mi pecho, como en una cumbre,
donde tiene la luz su mansedumbre,
y el claro acento de mi voz, su esencia,
recobra alturas de halo y transparencia.
Estábamos ayer con la sencilla
anhelación de hallar la maravilla;
tu pecho, como un pájaro encendido,
volaba a ciegas sin ningún sentido;
mi corazón, lo mismo que ese frío
ramaje encapotado entre el rocío,
como guitarra en trance de agonía,
sufriendo por la activa melodía.
Era una noche que aguardaba el riego
del albor montaraz deshecho en fuego,
Todo estaba con sed, con apetencia
de iluminarse con nuestra presencia,
todo a punto de ser amanecida
claridad fecundando nuestra vida;
los frutos suspendidos en las ramas

y en los braseros las radiantes llamas.
Bello habría de ser el nacimiento
de aquel día apacible, de aquel viento.
Tú aguardabas también la hechicería.
Y hoy sabemos los dos que en aquel día
dejó la vida, con un mismo trazo,
dos raíces de amor y un sólo brazo.

TUS PASEOS

Hoy bajas por la carretera
y yo te escucho cómo cantas;
vuelan pájaros de tus hombros,
vuelan gramillas de tus faldas;
en las colinas de tus senos
se aventan las oscuras gramas,
y se ve en el trasluz del horizonte
que se disipa ya la madrugada.

Tú sales a mirar la noche,
a trajinar por las llanadas,
desprendes el cabello al aire
y la humedad se te rezaga
bajo los pies, entre las piedras,
elemental y sofocada,
y yo te aguardo porque sé que traes
los ojos limpios de esperar el alba.

Necesitas la noche. Sube
su penumbra por tus espaldas,
tomas olor a los tomillos,
desnuda entre las hierbas agrias,
verdes se quedan tus hoyuelos,
florecen verdes tus pestañas,
y vuelves como un árbol caminante,
como raíz nutrida y fecundada.

Por las colinas de tus senos
se aventan las oscuras gramas.
Tú necesitas de la noche,
de los montes y las bajadas.
Pones la mano entre la tierra,
quedas de pronto ensimismada,
y luego vegetal, verde y sereno,
tu rostro se ilumina en la mañana.

F E R V O R

Junto a ti se arremansa,
sin reposar, mi sangre.

Lleva la sangre en vuelo
sus ariscos raudales;
llega a ti conmovida
de fuego y desenlace,
es decir, ya cumplida
su jornada más grande,
su vocación antigua
de sueños anhelantes.
Primero entre los hombres
sus semillas expande,
allí aprende dulzuras
que a tu presencia trae,
conoce altas banderas,
luego te da sus panes,
primero va a la tierra,
después tu sol comparte.

El gran silencio herido
que de pronto le invade,
es por haber tocado
fragorosos follajes,

o amado en sus remansos
los frutos más radiantes,
y por días más bellos
luchar y desangrarse.

El amor es más pleno
cuando llega y reparte
por la tierra semillas
de ilesas claridades.
Entre otras vidas fueron
bruñidos sus caudales;
recogió por la patria
sus más hondos cantares,
al remansarse en ella
cosechó sus mensajes,
y hoy nuestra pobre mesa
está llena de panes
que amasó entre otros hombres,
que por sus luchas arde,
que halló por los caminos,
que hirió por sus combates.

Hoy junto a ti se tiende,
sin reposar, mi sangre.

POR QUÉ

Por qué no habremos de querer nosotros
lo que nunca quisimos; por ejemplo, una casa
sobre el remanso de un río,
con camalotes en sus costados,
con sus ventanas en regocijo.

Por qué no habremos de escuchar nosotros
lo que la noche escucha; por ejemplo, una sombra
que nos sirva de abrigo,

que allí muera misteriosamente
asumiendo el color de sus dominios.

Por qué no habremos de pisar nosotros
lo que jamás pisamos; por ejemplo, un sendero
con olorosos racimos,
con una hoguera que allí se encienda,
con grandes lluvias que nunca vimos.

Por qué no habremos de sonar nosotros
con un eco que suene; por ejemplo, un murmullo
que tiemble en el sonido,
el que responda a las preguntas
que junto al fuego recogimos.

Y porqué no buscar siempre
lo que es parada en un camino,
lo que hay de otoño en un verano,
lo que hay de ardiente en lo más frío,
lo que es sonrojo en unos labios,
lo que es Recuerdo en el Olvido,
lo que es pregunta en la respuesta,
lo que es jadeo en un suspiro,
lo que es vital de esa alegría,
de esa tristeza en que vivimos.

CONOZCO LO QUE TRAES

Escudriño en tu pecho,
tenaz escalo adentro buscando el buen abrigo,
como quien satisfecho puede arrimarse al fuego;
escucho atento, entredormido, el canto
de tus venas azules. Y de pronto
puedo sentir que vibro, me reconcentro y crezco.

Conozco ya, conozco
las lámparas que traes, la bujía
que enciendes, los pequeños diamantes que te cubren
el corazón, la fuente silenciosa
que va de pronto a revelar al mundo
su guardado tesoro;
conozco desde siempre lo que diste a mi pecho,
la pura alfarería que reposa en tus ojos.

Comprendo que tú guardas
la piedra que escogí para el misterio
y el bruñido milagro con que lleno mis días,
la inocencia que acaso perdí por los caminos,
la llama de un yesquero entre las sombras,
el leño tibio de un rincón, el puro
recogimiento que nos dan las lluvias . . .

No olvides lo que quiero:
la rectitud sin tacha, el cristal tenue
de la copa que llenas cuando la sed me agobia,
la luz para las noches sofocantes,
el golpe conmovido de tu andar silencioso,
y el hilo de tu negra cabellera.

Pequeña mía, vuelo
de pluma casi inmóvil por el aire,
tú eres mi albura, el cofre
que guarda las antiguas maravillas,
imán de mis vasijas taciturnas,
un sol que va escalando mis colinas . . .

TRANSFIGURACION

No sé a veces qué somos, si ya cada
grumo de tierra suena en nuestra mano,
si eres mujer o barro de secano,

si yo varón o arena derrumbada.

Si tu cara es latido o si semilla,
si un ramaje de hierbas tu cabello,
si tus ojos dos ascuas en destello,
si mi sombra un helor que se arrodilla.

Tanto llevamos un color de tierra
que nuestro cuerpo es como tierra lisa,
tierra que el viento reconoce y pisa,
que el aire besa y su ademán encierra.

Tanto de tierra somos, tanto enciende
la tierra nuestra sangre y nuestra vida,
que ya no sé si somos sólo herida
de tierra que sus vértigos esplende.

Si te embisto, tal vez ya sólo embisto
una colina, un surco un sembradío,
y, labrador al fin de esfuerzo y brío,
de sol me anego y de calor me visto.

De tierra somos. Ya la tierra muerde,
mujer, tu entraña dulce y fragorosa,
y si mi fuego de varón te acosa,
los hijos saltan de tu prado verde.

No sé si por tu piel se transfigura
la vegetal orilla de un paisaje,
no sé si vuelves o si estás de viaje
hacia la tierra, hacia su agricultura.

Si varón o mujer, no sé; si en vano
pretendemos no ser yerba o simiente,
si dos ramas que sellan su corriente,
¡si dos raíces que se dan la mano!

E L L O S

Hoy tienen por asiento
una menguante luna en sobresalto,
por sortija un impúber meteoro,
por tálamo nupcial los hondos ramos
de un trino jubiloso en el espejo
sonámbulo de azahar de los naranjos.

Tanto esplendor les unge, que el lucero
les alhaja con miel de fuego cárdeno,
tanto celaje de claror les besa
que el alba cela y baja hasta sus brazos,
tanta luz, a raudales, les desvela
que el cielo fragua un sol a sus costados.

Recorren las praderas
con la mirada hacia un rincón lejano,
viadores sin reposo de la tarde,
con la alforja madura de milagros,
ceñidos a un alfanje de aventuras,
alfareros de un viento ensimismado,
caminantes de todos los recodos,
trajineros de todos los regatos.

Más infinitos van que el infinito,
más montaraces que los montes altos,
más taciturnos que una paz nocturna,
más verdes que los árboles callados,
más sonoros que el eco de la sangre,
más soledosos que el silencio claro.

¿Acaso la dulzura
pudo imantarlos en su ardiente prado,
sellar sus sueños en un sólo viento,
en el brillo boreal de un sólo canto?
¿Qué raíz sosegada les dio el fuego
de ese arpegio de luna entre los párpados,

que ya son como riegos de semilla
sobre el activo surco emocionado?

Dejad que lleven sus radiantes panes
como sonoros soles en las manos.

Y que al ras de su azul milagrería,
la tierra acoja el ramo enamorado!

ASI NOS COMPLETAMOS

Al comienzo el amor, buena muchacha,
al comienzo el amor, las soledades
y las noches doradas.

Al comienzo el amor. Y adivinabas
que el pecho que nutría tus anhelos
te invitaba a su marcha.

Te trajo aquí el amor. Y nuestras ramas
buscaron conseguir pronto la altura,
pronto una tierra honrada.

Bastó mirar alrededor. Y el alba
entró resuelta a gobernar el fuego
tibio de nuestras ansias.

Te trajo aquí el amor. Y ya la casa
del amor se inundaba con los sueños
de libertad, amada.

Levantaste los ojos. Te surcaba
la misma chispa con que yo encendía
la mecha de mis lámparas.

Ya no hubo entonces soledad; ya nada
pudo turbar esa quietud profunda
que vive en tus palabras.

Y hallaste lo que es hoy tu nueva patria:
el sueño justo, el pretender sin tregua
una firme esperanza.

Así emprendemos ya, juntos, la marcha.
Y nada es duro entre los dos, por dura
que sea la batalla.

Por triste y dura, pues la vida traza
para los dos una fragante ruta,
radiante y fecundada.

Así nos completamos. Somos altas
simientes injertando otras simientes,
otro sol, otras caras.

Al comienzo el amor, buena muchacha,
para lograr después, palpando el día,
la libertad mañana!

SOMOS UNICOS

Por la densa tristeza del amor, por su alegre
soledad, somos únicos;
única es la penumbra que nuestro lecho expande,
la decisión que insurge de su cuenco desnudo,
la acción de nuestra sangre tiene mayor espuma,
mayor gloria atesoran su fuerza y sus impulsos.

Las dos más desbordantes cenizas de una hoguera.

Los dos más alhajados de un eco taciturno.

Los dos más destinados a sangrar en silencio.

Los dos pechos del yunque más sonoro y más puro.

Los más hechos de llanto, de surco removido.

Las dos más enlazadas emociones del mundo.

Por la densa tristeza del amor, por su alegre
soledad, somos únicos;
únicos por el fuego mayor que enardecemos
-mayor sangre en el beso, mayor su avance oscuro-,
mayor tamaño tienen las rejas de mi arado,
con lágrimas mayores sobre tu pecho acudo,
la ausencia me desgasta con heridas mayores,
aunque regreso siempre mayor y más profundo!

QUISIERAMOS

Todo está claro, hermosa.
De tiempo en tiempo quiero
bajar la voz, lavarla, levantarla en el día,
darla así, simplemente, como un agua sencilla
que te visite al signo de la luna y las flores,
atestiguar el iris de tus ojos,
cantar bajo su sombra.

De tiempo en tiempo quiero
pisar la tierra firme de nuestra sola estrella,
llegar sin que nos cerquen los aires enemigos
a los ocultos sesgos de tu rostro,
sin mirar la congoja dura de nuestros años,
sin ver la herida viva que sangra entre sus fimbrias,

Quisiéramos, hermosa,
y no hay sitio de pronto para la calma, somos

una cuerda tendida en el espacio,
nuestra música triste resuena entre disparos
y nuestra voz levanta su sombra entre las ruinas.

De tiempo en tiempo quiero,
quisiéramos,
en puntas de pie, inmóviles, lograr nuestro equilibrio,
aunque somos perfiles sin reposo
mientras la sangre sigue vigilando a la sangre,
mientras el luto sigue con furiosa guadaña,
mientras un aire turbio
nos recuerda por siempre su espanto y sus heridas.

Así, sólo en sordinas
puedo, de tiempo en tiempo, celebrar tu belleza,
atestiguar el iris de tus ojos,
claramente cantar bajo sus sombras.

DIRAN

Dirán: ¡qué amor oscuro,
qué antiguas y bravías piedras,
qué trepadora sombra encabritada
como un golpe salvaje entre sus venas,
qué noche de presagios, qué profundos
modos de oir su sangre, qué severas
napas nocturnas les orea el pecho,
qué negra estrella sobre sus cabezas!

Dirán: ¡qué amor oscuro,
qué negra estrella sobre sus cabezas!

Dirán: ¡que matutina,
qué pura cerbatana les enfrenta,
qué pedrería alrededor les teje
la estera, el reposorio de sus penas,

qué anillo firme, qué desarbolada
y hendida claridad su amor engendra,
qué luna tempestuosa en cada labio,
qué estrella clara sobre sus cabezas!

Dirán: ¡qué matutina,
qué clara estrella sobre sus cabezas!

AH, NO TEMAS, HERMOSA . . .

Tus manos son dos frescos
remansos que me llevan,
al insurgir de un fondo
de oscura arena,
levantan un nocturno
fragor entre las venas,
enardecidos vasos,
liturgia plena,
pendientes jazmineros
de fuego y seda,
con diez iluminadas
fosforescencias:
alba, rocío, sueño,
irradiación, belleza.

Llevan simientes, bosques,
sol, sementeras,
desnudo corazón,
olas y estrellas,
poder de exhalación,
júbilo y fiestas.

Ah, no temas, hermosa,
que acaso sean
las que más alto vuelen,
las que posean

la urdimbre de la luz
y las hogueras;
déjalas extenderse
hallando perlas
en el rito nocturno
que nos recrea;
táctiles llamaradas,
cántaros que despiertan,
frutos de la creación,
envíos de la tierra!

Sus diez racimos penden
con el rocío a cuestas,
baten constelaciones
de clara fuerza,
toman de la intemperie
su azul firmeza,
sus golpes matutinos,
sus túnicas, sus hebras,
y en ígnea exhalación
activan y se aquietan.

Ah, no temas, hermosa,
que de repente hieran
el aire cuando emprenden
la firme empresa
de perseguir los frutos
más hondos de la tierra;
son opulentos vasos,
liturgia plena,
pendientes jazmineros
de fuego y seda,
alba, rocío, sueño,
irradiación, belleza.

HALLAZGO

Al comienzo era andar, buscar debajo
del pozo, de la arena, de la quietud baldía,
de la hondura un consuelo, un no sé qué sonoro
para su sed, para su herida fría.

Y era siempre el hurgar, meter en medio
de su piel, de su sangre, de su melancolía
la mano en busca de algo, de algo que no supiera,
de algo que fuese todo su aliento y su alegría.

Quería tener toda la plenitud, buscaba
descender a las fuentes de su origen, quería
desentrañar la luna que dormía en el fondo,
aunque fuera su muerte o su agonía.

¡Ya no cabía declinar! Su frente
bajo el agudo esfuerzo se hería y reducía.
Ninguna frente nunca pensó como esa frente
en cuánta oscura piedra se hundiría.

Y era siempre el hurgar. ¡Con qué pausada
expectación tocó lo que encontró ese día,
una luna profunda, un sol, toda su imagen,
todo el amor cantando al mediodía!

A S I E R E S

Hoy necesito todo lo virginal que tienes,
la firme claridad que te inflama y te toca,
la adormecida aurora que tus párpados guardan,
la decisión de azahares que esplende por tus sienes,
las silenciosas salvias de tu umbral, la alegría
que cimbrea tus pasos, que bulle por tu boca,

las velas de la brisa que en tu sendero aguardan,
la subyugante calma de tu melancolía . . .

¡Quién no pudiera un día llegar a ser más hondo
si en mis hombros derrumbas pájaros pensativos,
trinos que exultan toda su ilusión madruguera;
si eres toda de lluvias, de espuma, de latidos,
si vives-pulso adentro- con el cántaro lleno
de una miel milagrosa, esperanzada y viva,
si a tu cintura ciñe un cendal la primavera
y en agua mansa acoges a los seres queridos!

Tú sabes que el sol fulge para nosotros, hiende
su relámpago tibio por tu cálido aliento,
que sus diáfanas ramas, de altura ensimismada,
el nogal de la cerca sobre la casa extiende,
que opimos frutos penden sobre todas las cosas,
que el silencio apetece constelar la morada,
que nuestro pan se orea de un caudaloso viento,
que en nuestro lecho cantan gramillas generosas.

En ti miro paisajes: tu frente es una cumbre
donde la fronda glauca de una nube se abrasa;
reconozco telares arbóreos en tu ceño
que un sesgo de amargura no amilana ni cierra,
en tus ojos los puros mastines de una lumbre,
en tu pelo las ramas, como en lejano sueño,
y en tus manos, orladas por la paz de la casa,
la trémula y primaria densidad de la tierra.

Te quiero así, profunda, con ternura de lino,
con albo helor de cielo besándote la cara,
pecho en flor que es a un tiempo panal y hospedería
de todos los que abrevan su sed en tu camino,
corazón que abre a un tiempo su cálida ventana
y gorjeando lleva su pura estrellería,
su rutilante risa por una noche clara
que aventa el polvo antiguo dormido en la mañana.

¡Resérvame tu boca, la luz que en ella exhalas,
los racimos de sangre de tu ardor, el donaire
que en el recogimiento de tus faldas reposa,
las anhelantes lunas de tu pecho, sus alas,
y que todo el tesoro que reunas, esposa,
se ahonde por el aire,
por el aire me encienda!

TAMBIEN VIENES DE ABAJO

También vienes de abajo, vienes
con fibras en la cabellera,
con barros hondos en el pecho,
con el vientre lleno de tierra,
con toda la ternura en un ramaje
de misterio y de fuerza y de tristeza.

También vienes de abajo, vienes
con relámpagos que no tiemblan,
con mano fiel. Cargan tus hombros
días de profundas esencias;
la hondura guarda su vasija
de una encendida transparencia;
allí me crece a mi la barba dura,
a ti, el pecho de avena y fortaleza.

Todo insurge en nosotros, todas
las antepasadas maderas,
el humo y la ceniza, flores,
de otro tiempo nos alimentan,
los dos brazos sobrevivientes
de antiguas y dolidas piedras,
con el color del tiempo en nuestra cara,
con un sonido de nostalgia y tierra.

Los hijos te nacieron verdes,
porque brotaron en las huellas
verdes de la hondura; son verdes
frutos hallados en la arena,
alimentados de tu alegría,
alimentados de tu tristeza,
verdes hijos que en vísperas de hombrías
las ascuas vivas de tus ojos llevan.

Allí te sellarán los labios,
abajo, donde todo quema,
hija del amor, criatura
ya demudada en su belleza,
allí te espigarán perfumes
y raíces de la cabeza,
mujer segura, iluminada y honda,
enamorada, dulce, fuerte y nueva.

FUEGO PRIMARIO

Mirarte es ver colinas,
mirarte así tendida, detenida y desnuda,
situando planicies de arena en las axilas,
desnuda y dividiendo la blancura caliente de las sábanas,
mirarte es ver que oscuros orígenes te pueblan,
que el aire te enajena por urnas inasibles,
si te miro desnuda . . .

Hay cuestas y hay declives,
hay en tu piel suaves territorios de nubes sensitivas,
hay humos y adherencias de ardorosa madera,
hay una sombra ilesa que escapa del asedio,
si te miro desnuda.

Se ve que en tu cintura
se doblan valles que arden con vientos incesantes;

se ve, rosado y táctil, nimbado por rumores,
el hoyo de agua nívea que tu vientre arremansa
como un rosado tiesto de palpitantes flores,
si te miro desnuda.

Mirarte es ver colinas,
lluvias que se diluyen respirando en tus pechos,
es embestir un campo de tierras onduladas,
es llegar al origen de la sangre,
es imantarse al golpe
que oscuramente sube de tu boca y tus trenzas,
y es imposible entonces no acostarte y vencerte
con sedientas hogueras.

Si te miro desnuda.

EL BESO

Germina un beso puro en nuestro pecho,
un beso que es un poco pan de tierra,
un poco arena y vuelo.

El beso es una ráfaga, un sereno
fulgor que se arremansa en la morada,
un masculino aliento.

La única perla que en mi alforja llevo,
la única luz que arrebaté a mi sombra,
su único alumbramiento.

Es una oscura exhalación, deseo,
un aire tibio que la sangre orea,
un luminoso fuego.

Es un activo manantial, un suelto
clavel sonoro entre los labios, agua
de cántaro opulento.

Es una alondra enloquecida, en celo,
delirante y nupcial entre las nubes,
levísimo gorjeo.

Mujer: hoy dejo este profundo beso,
que ensancha la creación, entre tus faldas,
temblor del firmamento.

Por él su peso alivian mis maderos,
por él subo a los árboles, te busco,
por él te pertenezco.

Por él la ruta es breve, por él peso
el péndulo de sol que te corona,
pulso un afán de sueño.

Por él nacerá el hijo, por él veo
que habrán de prolongarse mis raíces,
mis primarios silencios.

Por él mi propia rectitud defiendo,
por él mi descendencia irá sembrando
sus verdes alimentos.

Por él bajo a la tierra y la poseo,
por él barajo el alma, un poco arena,
un poco arena y vuelo!

TE LLEVARÉ A LOS MONTES

Te llevaré a los montes,
te enseñaré las ciegas resonancias
de la hirviente madera que en silencio conversa
-monte arriba y enferma de arrogancias-
con el viento, que atiza
su báculo impreciso revolviendo las ramas.

Aquí se es simple: mira,
mira esos rostros de apretadas aguas
donde la barba crece, pelo y bronce,
con trémulos visajes de color de campanas;
mira cómo se acercan a la tierra, perpleja
de verlos oficiantes de su sangre primaria.

Aquí huelen tus trenzas
a mojada raíz iluminada,
a sudor cuyo riego de cristal sobrellevan
varones que comandan su castigada savia,
huelen a vehemencia de relámpago agreste,
a levadura y lluvia descampada.

Simple es aquí el amor. Y jubiloso
el ímpetu, el caudal con que prepara
la sangre su encendida vocación fecundante,
la desbordante fuerza de sus hijos de grama,
simple y claro el amor, y silencioso,
con el silencio fuerte de la honradez más alta.

Te llevaré a los montes,
y pronto- monte adentro -prendidas nuestras lámparas,
dorada la piel honda entre panales,
con el ceñido fuego del sol sobre la espalda,
mujer, recogeremos
un palmo, ayer perdido, de tierra ensimismada,
el mágico milagro de los callados sueños,
el transparente orgullo de una nueva jornada!

VESTIMENTAS

Más allá, más allá el amor culmina,
fuera de nuestro ser, más para adentro,
más en la tierra, más hacia su centro,
donde la sangre ardiente peregrina.

Estoy en ti, no estoy, estoy afuera;
estás en mí, no estás, vas adelante,
la tierra en nuestro amor surge vibrante,
por su espesura gris sube y espera.

Nos tiran raíces hondas. Se adelantan
al ras de nuestro andar densos temblores,
un tiesto de amapolas y esplendores,
activaciones que en nosotros cantan.

La tierra llama a nuestro amor, quisiera
que en su fulgor o en sus profundos bozos
de luz se laven todos los sollozos,
todo su ardor de encandilada hoguera.

No podremos huir al estelaje
enconado de sombras de su herida,
aunque ahora de amor andas vestida,
aunque andamos vestidos de follaje.

La tierra engalanada está de arcillas;
de un ardor torrencial vamos vestidos;
ella, de un hambre oscura, de sonidos,
de palas y cuchillos las mejillas.

Aunque a la vera de un cercano día,
con amores se hará un traje radiante,
con ojales de flores adelante,
con hilo verde y fibra de alegría.

Vestida y verde, no con un crispado
gesto de ensangrentados crucifijos,
ella, reuniendo a sus perdidos hijos,
y nosotros, sonriendo a su costado.

NUESTRO LECHO

Un lecho oscuro, un lecho brota y sube,
mujer, sobre el espacio de sol de nuestra vida,
un lecho verde y puro de savias forestales,
circulación de anhelos, majestuosa nube
que ayer no conocía.

En sus cuentos se inician los caudales
donde el amor agita su llama conmovida,
su poderoso aroma que el tiempo no vulnera,
su asiento sin sosiego, sus joyas esponsales,
su honda cosechería.

Los dos allí escuchamos la pradera
de murmullo fecundo que en nuestra sangre anida,
la enamorada gracia que en su raudal despierta,
su retraída brisa, su afirmada madera,
cuanto en su afán porfía.

Umbral sin soledades, sal cubierta
por la mayor corriente de espuma estremecida,
donde germina el fruto de amor de tu cintura,
muchacha grácil, leve, fértil espiga abierta,
mujer de mi alegría.

Huerto donde te tengo, donde apura
mi sed el agua calma de tu copa extendida,
donde depongo el fuego que se obstina en mi frente,
donde amaina sus fueros la ardiente agricultura
que nuestra sangre envía.

Monte en donde me tienes, su relente
deshace las penumbras de mi herida y tu herida,
lecho tallado al golpe boreal de mis besos;
para tu femenina levedad, tul ardiente,
  campo para mi hombría.

Salgo de sus panales; queda impreso
el sello turbulento de mi amor, su embestida.
Voy a sus hondonadas, recojo en esa umbría
circulación de lumbres y a su calor regreso,
como cuando regreso, mujer, hacia tu vida,
tranquilo, fuerte, pleno, esperanzado, ileso,
  mujer de mi alegría!

LAS SONRISAS DORMIDAS

Hoy buscaremos todas
las sonrisas dormidas de la tierra;
esta profunda noche, animando el cortejo
del perfumado otoño que guía un dios agreste,
esta noche andaremos buscando esas sonrisas
que nunca florecieron, las que nunca
subieron a los labios en libélulas rojas
rutilando el fulgor de su alegría...

Ven, mi pequeña dulce:
ciñamos nuestros ojos a la dura intemperie:
oiremos, noche a noche, puesta la oreja en tierra,
todo el rumor que asciende por los húmedos tallos;
removamos las piedras por mirar si debajo
duermen sonrisas tristes que al frío fenecieron.

Salgamos esta noche,
visitemos las rutas, los montes, las cabañas
donde duermen sonrisas que jamás se encendieron,
que no cumplieron nunca su faena y reposan

como espumas suspensas, vertidas sin remedio
por guaridas oscuras y estancias polvorientas;
toquemos esta noche sus derrotadas lunas,
indaguemos su historia, sus nombres, sus orígenes,
de qué ser procedieron, en qué labios remotos
suplicaron latir, nacer en vano.

¡Cuánta noche profunda,
cuánta ceniza hubieron de cubrir esos rostros
para inmovilizarnos en visajes de piedra;
cuánta lágrima tuvo que rodar hasta el punto
de lavar el vestigio final de una sonrisa,
para que no pudiendo germinar, desprendiera
su luz de esos perfiles de infinita tristeza,
para que así cayeran sus rutilantes frutos
de esas máscaras negras sin sosiego!

Ah, sonrisas dormidas,
dejad que en esta noche, con mi pequeña amada,
llegue hasta vuestras huellas, pise vuestra morada,
para soñar que pronto retornaréis al sitio
que las sombras poblaron de inhóspita amargura
y podáis, ya despiertas y joviales,
orlar algún contorno de hoyuelo enamorado
o alguna boca oscura con vuestras frescas alas.

Dejad por esta noche,
por esta noche sola, que os sueñe en nuestras caras...

ELLA

Camarada: es que lleva
sobre la frente femenina lunas,
relámpagos, luciérnagas.

Reconociendo en Ella
sus largas hebras, la intemperie toca
su oscura cabellera.

Su claridad penetra
y anima el poderío de un paisaje
de primarias riberas.

Sus bucles bailotean
al ras del aire, como si sus manos
sencillas se mecieran.

Taciturna en la urgencia
de aprisionar los ecos del silencio,
posa el oído en tierra.

En su rostro conserva
la impaciencia boreal de una semilla
que el rocío atraviesa.

El decoro, a su vera,
se sienta con un gesto de muchacha
de humilde transparencia.

Camarada, es que lleva
lo que mañana, al ascender el alba,
llenará nuestras fiestas.

Simple muchacha, bella,
bravura y amistad, ímpetu y calma,
¡rectitud mañanera!

FUEGO

Pasa un río entre los dos,
un clavel que no se aquieta,
un aire en inflamación
que entre los labios se apresa,
una fracción de alegría,
una embestida resuelta,
vía láctea, meteoro,
una desvelada fuerza,
un beso, un vuelo, una nube
que van a morder tu lengua.

El beso que yo te doy
te deja una sola herencia:
constelarte en su fulgor,
en su fragancia, en su arena.
Activación de mi pecho.
Fruto viril. Apetencia.
Cárdeno deseo. Gloria.
Sed de posesión serena.
Remanso sin torcedura.
Paganía. Fortaleza.

El beso que yo te doy,
aunque leve y táctil, pesa
por no contener sus diques,
sus desproporciones bellas;
fatiga tus labios, baja,
por tus hoyuelos se enreda,
embiste tus brazos, sube,
hiere, escala, se cimbrea,
como labrando en la luz,
como levantando tierra.

Se apoya en tu corazón,
envío solar, esencia
de enamorado temblor,

de nunca extinguida hoguera;
sol, avidez, centelleo
de anegada transparencia,
de clavos que llevo adentro
donde mis hambres te acechan,
donde mis armas te forjan,
donde mis hierros te queman.

El beso que yo te doy
se forja en paz; su madera
columpia ramajes rojos
que te orillan y te llevan,
alhaja tu cuello, busca
tus estancias más secretas,
quiere medir tu estatura,
quiere respirar tus trenzas,
quiere ceñir tus suspiros,
quiere atravesar tu lengua.

Se apoya en tu corazón,
y allí te acosa y te cerca.

ESOS DIAS EXTRAÑOS

Vienes de afuera. Traes
vitales adherencias en la mirada clara.
Se te ve el regocijo. El júbilo te invade.
Repites nombres, cosas. Y al punto te detienes
en ese espacio grave de distancia que existe
entre el fervor que traes y el silencio que habito.

¿Qué tengo? ¿Qué contorno
de penumbra me sella y me fatiga?
¿Bajo qué precipicios cierro los ojos tristes
y apenas ya converso con brumas imprecisas?
¿Qué sucede que apenas te conozco,

que tu mirada clara se me borra en las manos
y me enredo en mi noche y mis recuerdos?

Pronto ves que no entiendo.
Que no estoy. Que no escucho.
Que irremediablemente me pierdo en esa umbría
donde, ciego y perdido, rompo mis pobres báculos;
que he bajado a una estancia de fiebres invasoras
de donde extraigo, huraño y melancólico,
mis diarias cosechas, mis vinos silenciosos.

Algo quieres decirme. Algo quieres contarme.
Pero no estoy. No siento. Persisto en mi guarida.
Me hospedo en esa niebla donde a veces me pierdo,
bajo la estera oculta donde me afano y doblo,
en la triste morada donde enfundo mi sangre,
en mi agujero amargo.

EXTASIS
(Ante un paisaje)

Como un aire que pasa
llevándose una brizna por las cuestas,
un viento extraño, aligerando el paso
por la fragancia de las cumbres quietas,
llevó mi frente hacia no sé qué fuentes,
llevó tus ojos a no sé qué tierras...

El sol destituía
su cárdeno fulgor por las laderas;
me miraste, sin ver, el ceño adusto,
te estreché, sin sentir, la mano diestra.
El crepúsculo haría aquellos rostros
–humo y cobre– en la oscura carretera...

Devanando algo incierto
tu mirada era un tiesto de tristezas;
ciego y absorto, en mi perdida estancia,
removía no sé qué aguas secretas,
viandantes del poniente mis dos manos,
fugitivos tu rostro y tu belleza.

Tal vez, tal vez pensaba
que aquellos rostros -humo y cobre- fueran
nada más que espejismos de la tarde,
no más que arcilla pobre y polvorienta,
tal vez yo te buscaba no sé adonde,
tal vez me dibujabas en la arena...

Que tú estabas lejana,
que yo perdido en una dulce ausencia,
eso es verdad. El monte mismo
parecía volar hacia otras tierras,
y el propio corazón -péndulo al viento-
rodaba por la vieja carretera...

INVITACION

Hoy te invito a un retorno por la patria, no sea
que el tiempo desdibuje su rostro ciegamente
de nuestro rostro, y siga su fuego en nuestra frente
como un lejano leño que sólo el viento orea.

Ocupemos sus llanos, sus montes, como asiento,
reconquistados hijos de su caliente albura,
ganados por el hondo perfil de su estatura,
quemados por su luna, bañados por su aliento.

Que yo te busque siempre por aquella hondonada
y halle tu imagen firme junto a su imagen pura,

que puedas encontrarme junto a su vestidura
y así me reconozcas sobre su arena honrada.

Un hacha y un cuchillo junto a la patria brillan,
un hacha que ha tallado su hosca fisonomía,
un cuchillo esplendente que siempre desafía,
y que erguidos por siempre no se herrumbran ni astillan.

Miremos a esos hombres que por un vericueto
de sombras sobrellevan su penosa madera,
que arrastran en silencio su vida madruguera
y de inclemencia heridos conversan en secreto.

Mira sus fuertes bosques, los enhiestos pelajes
de troncos enlutados que al calor se deslíen,
esas secas raíces que de tristeza ríen,
el dolor guarecido por sus ciegos ramajes.

Mira sus densos ríos, sus helechos abiertos
al rayo calcinante que hiere su cintura,
esos ríos cargados de inmensa desventura
al devolver, temblando, por las noches sus muertos.

Mira la patria ardiendo, mira cruzar sus fondos
varones indomables que alimentan su lucha.
Triste es la patria ahora, su soledad es mucha.
La patria es triste ahora, sus dolores son hondos.

Hoy llevamos pedazos de su diadema herida,
su impulso culminante, su iluminado riego.
¡Que reconozca siempre su fuego en nuestro fuego,
su fuerza en nuestra fuerza, su vida en nuestra vida!

MUSICOS SOMOS

Al fin, no somos ya sino dos buenos músicos
con su guitarra y sus arpegios; ya no somos
sino habitantes quietos de una quieta penumbra
esperando el rocío con atención, de hinojos;
somos dos ciegos músicos que afinan el oído
ganando, palmo a palmo, su sortija de asombros.

Música adentro vamos; de música hemos hecho
la cabaña calmosa para nuestro reposo,
barro y música insurgen del halo de tu pecho,
música y pan callados en rumoroso coro;
esa porción pequeña de sueño que guardamos
ganada, palmo a palmo, con pasos silenciosos.

Y buenos caminantes, música adentro vamos
palpando sobresaltos; con mi música acoso
la floreciente risa de salud con que me amas,
cumplo con la ternura callada de tus ojos;
de vez en cuando escondes nostalgias y recuerdos
y yo el secreto oscuro de mi tristeza escondo.

Nos ciñen lluvias claras; hay aguas andariegas
que suenan muy debajo con sus ecos remotos,
y monte a monte aguardan, al ras de cada hierba,
lirios ebrios que baten polvo de nuestros hombros;
tú siempre reclinada, situada en el punto
de música que ahora circula entre nosotros.

Música adentro vamos; como joya escondida
el silbo entre la lengua, desvelado y hermoso;
convidados del alba y oficiantes del rito
radiante de hallar siempre, junto a cualquier recodo,
el gesto satisfecho de acuñar las monedas
más hondas de la sangre, con música y asombros!

SOLO NOS CABE YA...

Mi dulce y buena camarada, ahora
nos cabe contemplar subir la aurora.

Hemos puesto el amor en un paraje
de soles y esperanzas, su follaje
tiene un claro color por dar al hombre
una nueva canción y un nuevo nombre,
sueños que suben como un agua pura
en fuentes de aire, en iris de hermosura;
vemos de pronto amanecer, amamos
el albo resplandor y no anhelamos
sino ver a la vida, hermosa estrella,
más dichosa, más álgida y más bella.

Mi dulce y buena camarada, luego
no habrá más que atizar la luz y el fuego.

Tú ves que a veces nuestro amor no suena,
no crece en calma, en plenitud serena;
no estás de pronto aquí, no estoy a veces,
otros seres nos llaman, otras mieses
–nuestras también– nos hablan y acudimos,
y no tenemos tiempo, ya no somos
entonces sino luz de otros aromos,
y hay gavillas de hierba en nuestra mano,
porque somos hermanos del hermano.

Mi dulce y buena camarada, vemos
que en ese mismo andar nos defendemos.

Por idéntico ardor nos conocimos,
bajo un fecundo sol estremecimos
un fuego semejante, mientras nada
pudo turbar la fuente enamorada
de las esencias hondas, de la pura
anhelación por dar a la hermosura

de nuestro amor un arco rumoroso
de pan fecundo, de temblor dichoso,
de una nueva medida para el día
gobernando el color de la alegría!

Mi dulce y buena camarada, ahora
nos cabe contemplar subir la aurora.

ESTA GUITARRA DURA
(1960)

Al F.U.L.N.A. del Paraguay;
a sus caídos;
a quienes continúan
con su bandera.

ESTA GUITARRA DURA

I

¡Cuánto de antiguo ardor, cuánto de arena
caliente por su cuerdas!

¡Y cuánto de heroísmo y de mutismo
en su caja guerrera!

II

Por conocer la sangre montaraz en su riesgo
de sacudir sus cuerdas en la oscura desgracia,
por abrir sus claveles de tostado silencio,
esta guitarra dura callará acongojada.

Por su memoria larga de noches anhelantes
en que un trébol lloraba por las sombras aciagas,
por el escueto nombre de un día de inclemencias,
esta guitarra dura llorará tibias lágrimas.

Por haber conmovido su temblor en un ruedo
de gente que podría calcinarse en las llamas
o sacudir sus manos como si imanes torvos,
esta guitarra dura cantará la esperanza.

Por cuando los jazmines recobren su blancura
y el rocío disuelva las cenizas amargas,

por cuanto de hermosura traiga la primavera
esta guitarra dura se colmará de gracia.

III

Cuando puedan bordarse sin llantos los pañuelos,
esta guitarra dura dará un nuevo remanso.

Cuando los montes bajen a besar los esteros,
esta guitarra dura se añadirá a sus pasos.

Cuando la luna asome de pronto a sus cordajes,
esta guitarra dura desatará sus cantos.

Cuando los surcos puedan recoger los luceros,
esta guitarra dura se adornará de arados.

¡Al celebrar un día de victoria más pura,
esta guitarra dura se vestirá de abrazos!.

I

GESTA

DE NUEVO, VARON DEL PUEBLO

¡De nuevo, varón del pueblo,
jinete en un fogonazo,
hay fuerza tuya en la patria,
resplandor tuyo en los llanos,
sangre tuya nombre arriba,
sudor tuyo tierra abajo,
vida de acción montonera
en un lucero encarnado!

¡Todo un pantano podrías
tragarte de un solo trago,
al borde siempre inminente
de ese gesto temerario
con que se cumple la densa
exhalación de un asalto;
bruñido y sereno el pulso,
tal vez fiero y obcecado,
pero con la fuerza intacta
para los trances amargos,
puño de tallado roble,
de maderón de los llanos!

Tienes tanto de lo nuestro
que se escucha en los cañados
¡"Guerrillero"! y hasta un monte
grita ¡"Guerrillero bravo"!,
"¡Guerrillero"! los esteros,
los jazmines paraguayos,
la guitarra que te espera,
la caricia del verano,
como si al decir tu nombre
se hubieran condecorado
con un abrazo de gente
que aprueba tu gesto honrado.

¡Que jamás la tierra piense
que tienes el pulso manso,
que te amedrenta un encuentro,
que sales de un vientre extraño,
de una rama que no sea
de su profundo costado;
que reconozca tu orgullo
de no probar el bocado
de pan indigno que muerde
un traidor acobardado!

Cargas, como se debiera,
juramentos como clavos
golpeando una madera
en sordo golpe cerrado,
dura de cantos la boca,
como dos hachas las manos,
y los brazos como ramas,
como dos soberbios gajos
que talar fuera imposible
dado su ardor temerario.

¡Que no haya cuartel! ¡Que nunca
desmaye tu gesto airado,
que nunca en la faltriquera
lleves más arroyo manso
que ese sudor valeroso
de tu frente sin cansancio!

¡Voluntad, impulso, aliento,
fortaleza, sobresalto,
arrancadas poderosas
de tus ímpetus airados;
acción, empuje, coraje,
desvelo, arrojo, entusiasmo,
braveza, valor, hombría,
vigor, decisión, trabajo,
riquezas del corazón,
del corazón sublevado!

¡De nuevo, varón del pueblo,
jinete en un fogonazo,
sangre tuya monte arriba,
sudor tuyo tierra abajo,
bruñido y sereno el pulso,
tal vez fiero y obcecado,
puño de tallado roble,
de maderón de los llanos!.

DIONISIO ARTURO GUERRERO

Sombrero de ala altanera
cobijando un sol debajo,
machete en cinto de cuero,
machete de hoja cañera,
llegó vadeando el atajo
Dionisio Arturo Guerrero.

La cara dura y tostada,
reyuno negro y lustrado,
en caballo parejero,
con una manta rayada,
machete al cinto ha llegado
Dionisio Arturo Guerrero.

Machete de hoja cañera,
machete en cinto de cuero.

Ah, vozarrón cetrino
y hombre de conocer los recovecos
de la brega total y de la sangre,
el pecho oscuro, el pecho jadeante
de lucero morado o cicatriz,
moreno cuerpo de raíz tajante,
tenso para el acoso montonero,
sol de cañaveral.

Sangre en brillo de metal,
Dionisio Arturo Guerrero

Consigo trajo lo mejor
de estos valles,
los seres bravos y rudimentarios
que se amasaron en la vida y la muerte
y la miseria, como entre barro oscuro,
toda la esencia de la tierra fuerte:
ese destacamento de cañeros
de fuerza torrencial.

Acción de fiero puñal,
Dionisio Arturo Guerrero.

Y no fue necesario
que aprendiera a tirar, no fue preciso
más que dejar un arma como un sol en su mano
o un revoltoso imán entre sus dedos,
baqueano del fusil y el gatillero
para el tiro mortal.

Dura sangre elemental,
Dionisio Arturo Guerrero.

Y tal vez con un monte quemándole la frente
y dejando pedazos de su arrojo al acaso,
señales que mañana florecerán al paso
de esa luna sombría de su sangre latente,
con un arroyo abriendo su valor altanero
y siempre con el labio como un surco tostado,
machete al cinto ha llegado
Dionisio Arturo Guerrero.

Machete de hoja cañera,
machete en cinto de cuero.

CABALLOS

¡Los caballos del pueblo,
son los que pueden siempre resollar polvaredas,
refugiar fuego vivo sin sofrén en sus cascos
al rebasar los lindes de las rojas praderas,
y que van sin renuncio, quemando en los ijares,
la herida del latido que requiere esta empresa
de llevar, en el largo dominio del combate,
la entereza segura, las hiervientes banderas!

Raudos, vertiginosos como hierbas ardientes
sobre la arena.

(En la montura llevan el perfil orgulloso
de los hombres que apretan la mano justiciera,
los rifles que florecen como flores agrestes
o huracanes oscuros de vengadora fuerza;
hollando rutas virgenes, caminos descampados,
correrías sin término por llegar a esa fiesta
del júbilo que anuncia la conquista segura
de un sol enajenado renaciendo en las cuestas!

Intrépidos jinetes curtidos por las lluvias
y el calor de la selva.

Gallardos, rutilantes,
fuertes en el empeño de la tenaz tarea,
pobladores de bosques de rumorosa aurora,
formando las cuadrigas de la victoria plena,
llevando montadores de impávida mirada
sobre el cuero tajante de las grupas ligeras,
los ojos borboteantes, la agilidad intacta,
fieros para el asalto, duros para la guerra.

¡Piafando entre las redes de las sombras silvestres
sobre las peñas!

En la montadura cantan los bravos tiradores,
los valientes que miran el rostro en la escopeta,
los que ayer, amasados en la miseria, pueden
bastarse con el fruto de su propia entereza,
los hombres poderosos de corazón moreno,
los duros, torrenciales de aguerrida impaciencia,
los que en un puño tienen la justicia y el canto,
los revoltosos puros del honor de la tierra!

¡Los caballos del pueblo,
la cincelada arcilla de la piel en centellas,

la boca con espumas de rocío y luceros,
conmovidas las ancas como campo de avenas,
reverberante el trote sobre la madrugada,
calientes las orquídeas del belfo a la carrera!

¡Los caballos del pueblo,
como asaltando montes, como apagando estrellas!

CASI CANCION AGRARIA

Una parcela de tierra
si quisieras, si deseas
algo de vida en la tierra.

Un solo palmo de tierra.

Un fuerte puño, un ardiente
deseo de tierra buena.

De buena tierra en la tierra.

Vida al aire libre, viento
que se asiente en tierra propia, en posesión repartida
por todos y para todos, lo que ha sido
sangre tuya, sudor de mano de tierra
en tierra ajena, escondida, y que ahora
pudiera ser tierra viva
por tu mano.

Tierra labrada en tu mano.

Como de sombra y palmera
verde o roja, hacerse de hoyada propia,
que es como tener un arroyo manso
temblando en el pecho,
como savia,

como encender una savia
que se abona en tierra propia.

Como savia en tierra propia.

Relente y hortal, un algo
de tierra como de sol repartido
o de luna calcinada
donde echar el cuerpo, un gesto
de cabeza descansada, donde echar el cuerpo
–el gesto–
en la tierra descansada.

Sobre tierra descansada.

Desatado el pulso, tira
nueva el pulso, la membrana de la mano
como ya descortezada
de llaga y sudor, sin adobarse en aquella
laceración increpada, sucia, oscura
que sin remedio aparece
al castigarse a las bestias.

Sobre el cuello de las bestias.

Y casa sin sombra ajada
de arena y cal, y de caliente arboleda
apropiada, en plena vida, con tierra
donde echar los huesos, una parcela donde hasta pueda
un árbol pobre caerse
sin que caiga en tierra ajena.

En tostada tierra ajena.

Y un buen puño y aparejos
de labranza, de provinciana labranza,
y fuerte sudor y todo en asentamiento
de comunal esperanza, todo encerrado en un gesto

de asentamiento en la tierra,
en tierra propia, callada
fuerte sol y cuerpo echado
sobre tierra descansada.

En posesión repartida
sobre tierra descansada.

JUNTO AL RIO

I

Gritó: "Viva el pueblo,
su valentía, su hazaña,
su valor, sus valerosos
pasos de huella encarnada!"

¡Y cómo tembló aquel grito
en la madrugada!

(Lo tengo ante mí, gesteando
la mano dura y bizarra,
la malla de su bravura,
modesta cuanto arrojada.)

Y había un riego oscuro de aguacero
sonando en las cañadas.

(Lo tengo ante mí, raído,
atalayando distancias
de caminos colorados
y calientes enramadas.)

¡Y en la llanura verde un potro suelto
de luz cruel y bárbara!

II

Fue un grito como fibra
–"¡Viva el pueblo!"– desatada
sobre la tarde sedienta,
de calor y de batalla.

¡El popular grito suelto
de su guitarra!

Y ahora, mutilado, por las aguas del río
–boyando como un ojo sin descanso en las algas-
levanta todavía su protesta y su hombría,
dura y martirizada.

Todavía levanta su entereza y su grito.
grito y lastimadura de fuerza paraguaya,
su indómito coraje de varón agredido
sobre su tierra amarga.

¡Idéntico el asombro con que ayer sacudía
su grito en la guitarra!

CUIDADO, DICTADOR!

¡Es este otro combate, Dictador,
otra fuerza!

Cuando hoy tiemblan las cárceles
y a favor de otro viento se mueven las banderas,
y retrocede el rojo
matadero de horror de tus verdugos, queda
poco de tu soberbia, poca cosa
te va quedando, nada
más que esa pobre y negra pistola en tu cintura,
fría en premonición de lo que llega.

Dictador:
no hay bayoneta
que pueda amojonar tu triste sombra.

De nada sirve ahora,
no servirá de nada que por cuatro monedas
vendas el patrimonio, el pan, la patria, lo que el pueblo
custodia por razón de pertenencia,
que te defiendan perros carceleros,
cerrojos y piquetas,
de nada ya las sordas alambradas,
de nada esa abyección de charreteras.

Otros jinetes pican, Dictador,
las espuelas.

Entre bravos
y en barajada ardiente aquí se engendra
lo de mañana, lo que aún tiene sabor de sufrimiento,
follaje oscuro y ácida tristeza,
coraje, indignación, cuanto adelanta el paso
a cada paso de una acción
certera!

Cuidado, Dictador: un sol erguido
amaneció quemando en las afueras,
una guadaña de cortante filo,
un acero en fulgor de capitanes
fragorosos,
un asunto de valles calcinados,
una cuestión de enérgicas hogueras.

¡Cuidado, Dictador! ¡Tu misma sombra
tiene puñales de acechanza fiera!

El matadero oscuro retrocede.

¡De otro modo se mueven, Dictador, las estrellas!

CALOR

Bajó el verano.
Baja
y calienta la tarde las hogueras
como exprimiendo cera enloquecida
en las cortezas,
los surcos
y la piel de las bestias.

Un verano de fuego.
Está un soldado
aplacando la sed mordiendo yerbas,
abriendo el insaciable
labio reseco a una ardorosa siesta.

Bajó el verano.
Y suelta
un pájaro encendido
y un esplendor de hogueras.

REGRESAN VICTORIOSOS

I

Guerrilleros quemados
de resolana y polvo en el aliento,
llegan juramentados,
la quemadura del valor al viento

Regresa victorioso
el aguerrido grupo del combate,
la blusa airada y el perfil fogoso.

Fuertes y acogedores,
con el prestigio del honor al hombro,

alegres,
vencedores.

II

Y el júbilo está en ellos.

(La tarde que nos quema)

El acero en temblor de una campana.

(Cuanto en nosotros suena)

La acción y la bravura y la esperanza.

(¡Cuánto de libertad aquí se lleva!)

III

El charol de la piel como en destellos,
los ojos como oscuras piedras fijas,
las caras grises y como sortijas
en amotinamiento los cabellos.

(¡Y la victoria plena desbrozando
esos cabellos!)

Hoy vuelven victoriosos, el gesto inquebrantable,
suscitando alabanzas para su omnipotencia,
y parece que el día se abriera en un desnudo
pétalo de alegría sabiendo que regresan!

(¡Como si el campamento se alumbrara
con su invicta presencia!)

PILAR PAREDES

I

Bien está, Pilar Paredes,
que hayas buscado a nuestros guerrilleros.

(De Yegros a Villarrica
–breve aún el trecho andado–,
fué el sitio de la emboscada
donde cayó tu muchacho.

Donde tapó con su sombra
la sombra de su caballo.

De Yegros a Villarrica,
gajo de laurel tronchado.)

Bien está, Pilar Paredes,
que hallaras el campamento,
bien que el fusil parezca entre tus manos
retorcijón de un leño,
bien que los valerosos –por mujer valerosa–
te conozcan el pelo!

(De Yegros a Villarrica,
tramo de arroyo y bañado,
fue el crimen, tiro a mansalva,
que le estaba preparado.

De Yegros a Villarrica,
breve aún el trecho andado.)

II

Bien está que se sienta piedad por los caídos,
bien que un agua de lágrimas como un ácido trago
nos traiga su memoria por las tardes,
pero vengándolos.

Bien está que la tierra les disponga un silencio
y bien que ese silencio piadoso recojamos,
bien que mientras podamos los velemos,
pero vengándolos.

Bien está que una madre les guarde en su latido,
¡pero vengándolos!

¡Y Bien, Pilar Paredes,
que hayas llegado aquí para vengarlo!

HOY CANTAN LOS SOLDADOS

Hoy cantan los soldados.

Acaso
fuera el cantar más puro de esta guerra,
acaso de claveles se les llena la boca
o de impacientes lluvias la cabeza.

Hoy cantan los soldados.

Acaso
por lo de ayer, por cuando vieron cerca
a la muerte en aquella encrucijada
que amenazó cobrarles su riesgo y su braveza.

Hoy cantan los soldados.

Tal vez . . . O simplemente
por amor, por dulzura o por tristeza,
o por ese rumor que exalta el pulso
cuando una vida en la pasión se quema!

LA PIEL DE LA MISMA ARENA. . .

¡Color claro el de este día
que nos vió en la misma brega,
trajinando el mismo monte
con parecida escopeta,
rubricando nuestro pecho
con idéntica braveza
(la misma manta en el suelo,
el mismo ardor en las jergas),
compartida la lealtad,
compartida la pelea!

Te vió, jornalero, el día
estrechándonos la diestra,
en tanto hablábamos cosas
tuyas con palabras plenas,
ofreciéndote los hombros,
el corazón, la bandera,
los pensamientos, los himnos,
la propia frente despierta,
el ardor, la gallardía,
la mejor sal de la tierra.

Aquí, juntos, asediando
la sombra de las taperas,
sembrando en airoso gesto
tal vez la chispa primera
de un viento que nunca vimos
soplar en las sementeras,
nuestra, por fin, la victoria
de la causa que nos quema,
nuestro el río, la corriente
que orilla nuestras riberas,
nuestros los surcos calientes
como nuestras las estrellas.

Quemados del mismo sol,
trozos de las mismas piedras,
los hombros del mismo verde,
la piel de la misma arena,
entonando el mismo canto,
quemando la misma hoguera,
templando la misma vida
noble en la misma firmeza,
con el mismo resplandor
cayendo en las mismas cuestas!

Tanto sufrir noches bravas,
tanto diapasón de espera,
tanto sacudir el cuerpo
como una soga reseca,
tanto conocer el hambre,
las prisiones, las afrentas,
¡y vernos ahora juntos,
idénticos en la fuerza
que ha de quebrar el ultraje
de toda ofensa extranjera,
de todo yugo sombrío,
de toda oscura cadena!

Juntos, en encuentro limpio,
la piel de la misma arena,
resarcidos del oprobio
y con la misma protesta,
juntos abriendo las cárceles,
juntos en la misma gesta,
los dos cantando en la tarde,
los dos de pueblo y de tierra!

¡JUSTICIA!

De gente altiva, de sudor sombrío
será esta gloria,
este poder impávido,
este redoble puro y justiciero!

Habrá de ser de guerra,
de cerviz no domada, de inveterado orgullo
de vivir, de soberbia profunda en el valor
y en los trabajos de la vida,
habrá de ser de tierras indomables,
de formidable corazón, el barro
de dignidad profunda que renazca mañana!

(Porque tendrá justicia la cicatriz abierta
de la piel de los niños como rosas quemadas,
cuanto hubo de apretada desazón en las noches
de maderas caídas y luz desamparada,
quien dejó flores grises sobre un pecho caído.
quien vio a su madre pura cayendo ensangrentada.)

Porque habrá de cumplirse
cuanto de sol asuste a los verdugos,
que sacuda el rocío de esta rosa violenta,
que arrebate un oscuro grito vociferado,
que estampe la inicial de nuestros bravos,
que respire en su sangre!

(Porque tendrán justicia los gestos anhelantes,
los suspiros callados, la oración sofocada,
aquel ciego de pueblo que no entendió de pronto
si iba tocando lluvia cuando sangre tocaba,
quien apretó los ojos cegados por la pólvora,
quien conoció de bruces las descargas cerradas.)

¡Que a gente altiva y a sudor sombrío
se cumplirá esta gloria,

este poder impávido,
este redoble puro y justiciero!

NOCHE

Será noche de espera
larga, de quedarse en silencio,
de enloquecido viento de verano
grávido en los esteros.

Será noche de espera,
de apretarse los unos a los otros bebiendo
sigilosa, ansiedad, inquietud de intemperies,
tensión de grito adentro;
de calentar la frente dura sobre la manta,
de confundir el sueño y el desvelo. . .

De apretarse los unos
a los otros, como al calor de un leño,
grises caras de barro, saludables
caras de barro ardiendo,
atrincherando un gesto de aliento y de coraje,
adiestrando los ojos avizores y atentos.

Tal vez sólo de espera,
de estrella y campo abierto,
de senderos que sigan esperando
que podamos abrirles más senderos. . .

Tal vez sólo de espera. . .
¡O sólo de fusil con boca hambrienta
de espera y grito atento!

FIEL ARMA DE BRILLO FIERO

Hoy duro metal que acera
la mano del guerrillero,
mañana activo lucero
sobre un surco que se viera
desnudo de afán guerrero.

Hoy arrogante y severo
sobre barro de trinchera,
fiel arma en la torrentera
de la acción del pueblo entero.
Fiel arma de brillo fiero.

Mañana el acero fuera
fiel arado cosechero,
cambiando el brillo altanero
por fulgor de sementera,
libre de sangre guerrera.

Libre ya del entrevero
para cuando el pueblo quiera,
con su tranquila y severa
labor, verse en un sendero
libre de su brillo fiero.

Libre de sangre guerrera,
fiel arma de brillo fiero.

UNA CARTA

Hoy apenas podría,
con ira o con ternura, en la cadencia
de caminar contigo por la rúbrica oscura
de estos senderos tibios que el fervor ilumina,
señalarte la gracia, la impaciencia, el declinio

de las tardes,
o emocionar tu pecho recordándote el paso
de una inocente niña de rosicler de pueblo. . .

¡Vieras lo que ocultaba
nuestra tierra, lo de fruto en sazón
que apenas si advertíamos, lo que hay de buena cepa
a resurgir, lo de profunda y esencial madera
en cada corazón, esa pulgada
de contenido ardor, de sofrenada revuelta,
lo de esperada y buena cosecha en nuestra tierra!

¡Cuántas hondas verdades,
compañera! ¡Cuánto bautismo
elemental de vida! ¡Cuánto de no poder aquí decirte de valor,
de saludable belleza,
cuánto de honor recuperado, cuánto
de esa canción que un día nos dejará esta espera!

(Ayer, ayer tuvimos
–y esto al calor del fuego en un repecho
difícil, de reposo, digamos–
cerca del campamento, sed y anhelo
nocturno– más anhelo que sed, según recuerdo–
cuando una niña leve
color de rosicler, nos trajo
agua dulce de cántaro de barro
que resbalaba en su ternura, en cántaro de barro,
una sencilla niña de rosicler de pueblo.)

Vieras aquí los hombres
–los retorcidos por las sudestadas,
los despiadados hijos marrones de la arena–
en aupamiento ante su propia luna
de fervor pensativo,
como en acción de resurgir al golpe
de nuestro canto,
de nuestra soñadora alfarería.

(Aquí son las guitarras
–y esto al anochecer o en los desoladores
mediodías–
como cuchillos acariciados,
como canteras donde cantar la lucha
y el amor, como soldados,
como soldados buenos del amor o la guerra.)

Hoy te llevo, te traigo con nosotros
en estas largas horas, rumbeando las colinas,
a corazón traviesa preparando los himnos
de mañana,
las seguras canciones, las proezas,
las seguras proezas que se alzarán mañana.

Vieras aquí el recuerdo
entre nosotros, el recuerdo,
el paso
de aquella niña rosicler del pueblo. . .

QUEMA

Fuego lejano.

Asedio
revoltoso en la tarde.

Los machetes
–como los hombres– se levantan y parten.

Fuego.
¡Quemazón de cañaverales!

¡JUVENTUD, MIRAD LOS HEROES!

(En memoria de Félix H. Aguero
y Mariano R. Alonso)

¡La tierra otra vez, la tierra
recibiendo nuevos gérmenes!
Si ayer amansaba raíces,
hoy es barranco que siente
que le penetran semillas
de levaduras calientes,
clamores de juventud
que la aran rabiosamente.

Yo sé que duele cantar
lo que se nos va y se pierde,
porque cantar a los muertos
es cantar lo que nos duele;
pero hay que erguir la palabra
cuando el que ha muerto es un héroe,
lección para los que quedan,
firme resplandor que esplende
trazando una carretera
de dignidad y relente,
líneas dignas para el hombre,
caminos de arena ardiente.

Por donde pisaron estos
la libertad nunca muere,
no morirá como nunca
murió lo que es rama fuerte,
sagrado pan de la tierra,
incendio solar que vierte
su calor sobre los hombres,
su ternura en las mujeres.

Son vida de nuestra vida,
¡Juventud, mirad los héroes!

Ved que cruzan los maizales
con aires de sol naciente,
tal vez rota la sonrisa
o riendo de la muerte.
Pasión de nuestras pasiones,
vencedores, ahora y siempre,
de los que llevan y arrastran
la cobardía indeleble,
la traición en las ojeras,
el crimen sobre los dientes.

Caen cantando a la vida,
como cantan los que vencen.
El viento les da su signo,
el sol les marca la frente,
y ya que el viento y el sol
en mil estampidos llueven
gotas de luz y tormenta
y cálices esplendentes,
miradlos fuentes de luz,
sentidlos fuego creciente,
surtidores de pasión,
corazón de nuevas gentes.

Sabed que germinan ramos
de salud brava y reciente,
metal de orgullosa vida,
gallarda sangre caliente,
seguro fuego y furor
que redimieron la muerte.

¡Son vientos de juventud
que fecundan las simientes!

C A L Í
(A Calí, estafeta)

¿Calí, Calí su nombre,
así tan breve como es ella misma,
como raíz quebrada, como cántaro de agua,
como un aire de lluvia? Es todo cuanto nombra
a esta niña–muchacha
que nos huele a palmera por ahora,
a arroyo manso, a densidad de arena,
a culantrillo tierno todavía . . .

Nunca nos dió su nombre
como si fuera a equivocar un paso
o le urgiera el secreto; y nadie sabe
porqué ese gesto
de haber llegado aquí,
de ser niña o mujer según fuera el minuto
de luchar o reir o cantar juntos.

Adolescente apenas
–con una calidez de rosa impúber
y una mirada lánguida de silvestre silencio–
trajina entre soldados su figura,
su risa breve, resedá entreabierta,
de quien apenas cuenta los años de su vida.

Ella es quien sale al valle,
al arenal de los senderos largos,
a recoger los ecos del sigilo enemigo
con riesgo de caer como un lucero,
y todo en ella es albo y leve
y tierno,
cuando prende a las trenzas un clavel encarnado
y a su andar un susurro caminero . . .

Desconociendo cómo
llegó hasta aquí, es ahora entre nosotros como cualquiera,

como quien queda de repente mudo
o quien se asombra ante un cantar,
como quien se ríe de un buen decir de campesinos
o anuda su tristeza en gesto adusto.

Niña o mujer, según fuera el minuto . . .

Nunca nos dio su nombre
ni huella alguna de su vida, nada
que diera a conocer lo más trémulo suyo,
y así, casi ignorada entre nosotros, tiene
perfume de palmera,
de arroyo manso y densidad de arena,
de culantrillo tierno todavía. . .

TEMPLE

No, no vivirán de rodillas
los hombres bravos,
agachada la cerviz,
los ímpetus doblegados.

Podrá ser, podrá quebrarles
la sed un minuto el labio, el agua
faltarles acaso, el aire; podrá ser que el aire mismo les falte
en el trance aciago, todo el viento
ya un cordón desesperado, sangre seca,
pero jamás doblegarlos!

Tal vez cárceles, en negras
duras cárceles acaso, fríamente
desollar su piel, su pulso, pero nunca
someterlos y domarlos, tal vez se sientan sangrantes
sobre maderos clavados, tal vez
en cárceles bárbaras. . .
¡pero no desesperarlos!

¿De rodillas? ¡No! ¡Son hombres
de músculo temerario, el ademán poderoso
y libre de los asaltos, fuerza enérgica, segura,
de ardor desencadenado,
el grito, el puño guerrero, la redentora protesta
que jamás serán domados!

¡Ni en la vida ni en la muerte,
habrá quien pueda doblarlos!

DE BRUCES

Cuando cayó, todavía
resonaba en los robledos
–"¿Quiénes, al fin, qué traidores,
quiénes, qué verdugos fueron?. . ."

El muchacho avanzó en sombras,
braceando en el silencio,
como bebiendo el respiro
de bruces sobre su pecho,
como tocando la noche
de murmullos estrelleros.

– ¿Quiénes, al fin, qué traidores,
quiénes, qué verdugos fueron
los que dejaron al campo
como res de animal muerto,
sin vida nuestros solares,
nuestros surcos chacareros,
vacíos los tabacales,
los cañaverales muertos?

El muchacho avanzó en sombras,
de bruces sobre su pecho,
como quemando los ojos

de preguntar al desierto,
de recoger los carbones
turbios de cada repecho,
de chamuscarse en las hierbas,
de revistarse por dentro.

–¿Quiénes, al fin, nos dejaron
con la voluntad latiendo
capaz de arrancar un monte
con las riendas de los dedos;
quienes nos fueron vejando
hasta dejar nuestro aliento
como una brasa caliente
adherida a nuestro cuerpo?

El muchacho avanzó en sombras,
braceando en el silencio,
desteñida la maraña
morena de sus cabellos,
la faltriquera cargada
de ansiedad como de anhelos,
cerrando los ojos grandes
como dos pétalos negros,
como tocando la noche
de caminos estrelleros.

Cuando cayó, todavía
resonaba en los robledos:
–"¿Quiénes, al fin, qué traidores,
quiénes, qué verdugos fueron? . . . "

LA CARABINA

. . . aquella carabina que escuchaba,
como los hombres, lo que se decía,
lo que el vivac cobijaba en su manta
de hoguera repentina.

Parecía escuchar, en esas noches,
cuando un leño encendido mantenía
agrupados a todos, en un ruedo
de comunión tranquila.

Parecía escupir con temerario
desprecio cuando oía lo que oía,
esas bravas historias con que el pueblo
refiere su osadía.

La carabina fiera y obstinada,
la carabina en gesto de vigilia,
airosa en el fragor de los combates,
tierno en la varonía.

Esas bravas historias de castigos,
de pobres tierras, de albas oprimidas,
que sentíamos todos como afrentas
en plena carne viva.

Hasta palidecía al son de aquellas
historias de violencia enfebrecida,
historias de aguardientes y veneno
en jarras de agonía.

O de pronto, con gesto de muchacho
o de arriero en pendencia, se vestía
de un arrojado brillo revoltoso,
de coraje y de hombría.

Como si fuera el único callado,
el que sólo en silencio padecía,
se fue secando como un pobre anciano
de barba desteñida.

Hasta que ayer, como si nos dejara
junto al vivac que levemente ardía,
lo encontramos, partido en dos el caño,
como boca dormida.

El gatillo crispado, el gesto altivo,
buen amigo alineado en nuestras filas,
soldado vivo, atento a nuestros actos,
soldado en rebeldía!

¡YUNTERO!

Luceros contra el lucero
caliente de la mañana,
de dos en dos, compañero!

¡Apero al aire,
al sendero!

Sin paso de bueyes pobres
ni sudor de bestias tristes, sea sin ojos
de animal de matadero;
nada de vida de bueyes
ni de animales,
yuntero!

¡De cara al sol,
compañero!

Pero sin yugos, sin duras
ligaduras, vadeando la mañana
con picana de luceros,
sin castigos,
sin sudor negro, sin tiras
de coyunda el día entero!

¡Cara al sueño tempranero
de ver la tierra sin dueño
que es el sueño verdadero!

¡De cara al sol, compañero!

EN CIRCUNSTANCIAS AMARGAS

Te conocí, hombre del pueblo,
en circunstancias amargas.

Te encontré barro adentro,
como debiera ser, como somos nosotros,
como los que se asombran de su piel soleada,
en la tensión de la misma intemperie
de cuero verde
del bosque y la entrañable jornada. . .

Así fué nuestro encuentro.

Te relucía el tajo
de la miseria en el rostro, como el que deja un látigo
torrencial,
con el eco del nombre asordinado por la injuria
del hambre y de los años,
la vejación y el fardo de la desgracia.

Algo violenta había,
de verdad, en el fondo de tu mirada,
de ciego menosprecio de la vida
y la muerte en tu guitarra. ¡Y cómo
no había de haber esa alimaña,
si tu frente era sólo como un mapa
de fruncidos reveses, la red de recibir otras violencias
de agonía y tristeza anticipada!

Fiero ha sido el destino
aquí,
bajo las enramadas,
fiero el amanecer y tostador el sol de la mañana,
el caminar oscuro, desolador el monte
y la ración de pan ácida y magra.

Así fue nuestro encuentro.

Nos corresponde ahora la pelea
juntos,
el afán tesonero, omnipotente,
de calentar las manos en la madrugada,
desahogarle el grito, el grito a tu instrumento
de madera sonora, de madera
medio quemada y medio bárbara!

¡Fiero el destino! ¡Fiero
el batallar ahora por la casa,
como hechos de la misma respiración rebelde
y de la misma esteva levantada,
con algo de menosprecio (¡trágicamente necesario
ahora!)
de la vida y la muerte en la guitarra!

LA VIOLENCIA QUE NOS TRAJERON

Y aquí estamos de nuevo todos
desvelando las carreteras,
los que tienen los ojos claros,
de agua marrón o azul luciérnaga,
los que salen de las marañas
enfebrecidas de la selva
y los hombres de las llanuras,
donde el verano es como cera
derretida bajo los troncos
purpúreos de las arboledas,
los hombres de tierra adentro
y los hombres de las fronteras.

El odio y la violencia muerden
desde hace tiempo estas arenas,
enloquecen los animales,
traen veneno a las praderas,
hacen oscuras las surgentes

y a nuestras reses parturientas
retorcerse sobre su vientre
abominando lo que engendran;
el odio que todo cubre,
la violencia que todo quema,
la violencia del enemigo
que nos vuelca en las carreteras.

Y allá están los enterradores
con su opresión y sus violencias,
agraviando nuestros palmares,
saqueando nuestras cosechas,
abriendo al extranjero toda
la grave y amarga madera
de las puertas de nuestra patria,
que es como la casa materna,
como la casa donde mañana
levantaremos nuestras fiestas,

La violencia que nos trajeron
la que ordenaron desde afuera,
tiene presagios rencorosos,
deja ceniza en las ojeras,
oprime los ojos del día
y ha soltado en la noche cadenas,
destrucción, castigo, muerte,
duros agravios, dura afrenta,
y hace que estemos aquí todos
desvelando las carreteras.

Pero llevamos entre las manos,
que han de lavar las horas negras,
alto fulgor, claveles rojos,
espigas de las sementeras,
un caliente y nuevo sendero
y un nuevo fruto y una tarea
tan ancha como los latidos
del corazón en esta empresa;

alto fulgor, claveles rojos,
espigas de las sementeras,
todo lo que soñamos, todo
cuanto encendió estas carreteras!

TRIBUTO EN GLORIA

Es éste el barro puro
de nuestro amor a América,
el arado profundo,
señero, con que alerta
un pueblo valeroso
su sangre y sus hogueras!

Con estos graves rostros sus yermos fecundamos,
con estos hombres bravos de estampido y pelea,
con estos combatientes corceles ocupamos
nuestro sitio en la empresa.

Con estos enlutados proyectiles reñidos,
con los claveles rojos que tiñen las banderas.

(Cuanto damos de aliento
como ardiente moneda,
de duro sacrificio,
de incendiada madera.)

¡Cuánto damos de arrojo y sol resuelto
a su trinchera!

Sangre de nuestras tierras, amigos, sangre parda
de este mapa cruzado de lágrimas sangrientas,
de este pequeño mapa de naranjos y noches
raídas destrozando su furia en las praderas,
contribución bravía que ofrecemos en cántaros
rebosantes del fuego que por dentro nos quema!

Este es el barro puro, sediento, calcinado
de nuestra fuerza.

Nuestro holocausto es éste y éste el ramo de gloria
de muchachos verdeantes que son nuestra diadema.

(Es éste un combatiente
laurel de nuestra América.)

Con estos corazones mártires, labradores,
con esta flor oscura de muerte y de leyendas,
con esta desollada juventud ofrecemos
nuestra orgullosa ofrenda.

¡Cuánto damos de arrojo y sol resuelto
a su trinchera!

SIN RESPIRO

Sin tregua, sin desmayo es esta brega,
sin que se turbe ese cristal activo,
quemante, que nos quema.

Sin zozobras tonantes que oscurezcan
el río, el pan, el torrencial milagro
de nuestra brava empresa.

Con plenitud, con cantos, con la fuerza
del cálido zureo de un palomo
delirante en las siestas.

Sin caídas, sin sombra es esta siembra,
de hermosura y de grito contenido
como una piedra inquieta.

Sin que en aciagas horas se nos prenda
en la mirada una escondida lágrima
colmada de tristeza.

Sin renuncios, sin soplos que no sean
sino obediencia al fuego insobornable
que en nuestra sangre suena.

Sin que el súbito vuelo desfallezca,
sin que el guayabo en flor caiga de noche,
sin que una brizna muera.

Sin llantos, sin congojas que a las cuerdas
de las guitarras prendan esas notas
de inocente incerteza.

Con la fuerza del tajo que se deja
cuando un puñal enamorado graba
un nombre en las cortezas.

Sin respiro, sin sueño, sin flaquezas,
como cuando el amor calienta un rostro
de anhelante belleza.

¡O como cuando el beso de la espera
tenga el aroma de los durazneros
tocados de una estrella!

II

R E C U E N T O

CON LA MANO TENDIDA

Ahora es tender la mano
como los ciegos, como quienes cantan
por los pueblos:
abierta para todos la palma.

Y es ir echando en ella
luceros, cosas de la casa,
lo que pudo tener en nuestros días
sabor de yerba amarga,
de lluvias tristes de fragor sombrío
o de espurio rencor de una palabra.

Es ir echando en ella
lo que hubo de maleza y viejas lágrimas,
lo que fue grito al caminar, lo que fue sangre
sucia y acorralada,
lo que hubo de impaciencia escarnecida,
lo que de tierra y heredad manchada.

Es ir echando cuentas
como un bolsón sobre la espalda,
lo mejor y peor, lo que tuvimos
de sangre buena y mala,
de desazón nocturna o de semilla
caliente y saneada.

Es ir echando cuentas
de cuanto nos tocó de muerte y de esperanza.

¡Y de esa vocación de ver la vida
sobre su palma desollada!

ARPA NOCTURNA

Y vendrás, noche sola,
con la agredida
cuanto caliente entraña apaciguando
la arena calcinada,
la arena dura, la de la sangre, noche,
impaciente,
la que ha vertido sobre ti
en la batalla desafíos,
la que ha de ver desnuda– vuelta al revés–
en horas de recuentos
su cruz, su vehemencia, sus lágrimas.

Aquí, junto a nosotros
en la hora exacta y justa
del ahondamiento o la expiación, en el preciso
día de recoger muertos y lágrimas,
el día de remover los catafalcos que nunca
fueron más que raíces, más que grumos de tierra
pequeña, para tapar los ojos
como piadosas ráfagas.

Vendrás tú, noche sola, frescura de las vísperas,
a sosegar la frente fatigada y guerrera,
a columpiar un gesto de efusión en los hombros
libres de la revuelta.

Acaso haya una brisa que le apacigüe el pulso
a este pueblo que vierte su bélica inocencia
en un vaso violento, del que extrae el latido
de su sangre en la tierra.

Acaso así el lucero se aleje del amargo
estupor del recuerdo de cuanto vio en la arena,
y vaya recobrando la voz su sofocada
cuanto hermosa cadencia.

Y acaso así contemplen todos los capitanes
–todos los capitanes de esta asombrosa empresa–
limpias las manos, limpias de toda crispadura,
con una nueva hoguera!

ACORDE PARAGUAYO

I

Cabría preguntarse
si habrá vasija exacta que recoja
esta sangre vertida;
si el solar merecía este castigo
de luto y sol oscuro, si por qué habría todo
de salir del augurio,
de un barro macerado en sacrificio,
del corazón besando su temblor más sombrío . . .

Cabe al fin preguntarse
por qué este azadón duro que cava en las entrañas,
por qué el dolor, por qué ese vivo orgullo
quemándose en bravuras de esta triste morada . . .

II

Ah, cuántas veces mudas ante el esfuerzo airado
de quienes calcinaban la frente en sus senderos,
tierras de lunas muertas, de latido agobiado,
que avaras retenían su abundante granero.

Cuánta impiedad, ay cuánta, cuánta ciega atadura
el corazón ajaba con su gesto abrumado,
al ofrendar a extraños su clara agricultura
y a sus hijos apenas su ardor desconsolado.

Y cuánto se ha llevado de fuego apisonado
por sus vetas crueles, por su amapola oscura,
cuánto de sembrar sangre por su suelo cansado,
cuánto de fe viviente cavando en su hermosura!

A gente a quien sacuden dolores de ascendencia
cupo prender la chispa de esta enérgica hoguera.
Y así, ¡cómo medirse cuanto fue en su conciencia
silencio doloroso, largo carbón de espera!

Tablas de ley de sangre, de honor, de conmovida
llama en imprecación o de sangre exaltada,
¡a cumplir vuestras letras aquí juega la vida
su holocausto y su gloria sobre la luz volcada!

Si la frente en congojas suda arena hacinada,
si en muerte y vida puede nuestro pulso jugarse,
¡con qué ademán calarse nuestra intensa mirada,
con qué pasión podría nuestros actos juzgarse!

Así ha de ser de gesta sin piedad, de acosada
plenitud este grito que el corazón lacera,
¡el impávido grito calentando esa hornada
de valor temerario convertido en bandera!

INDICE

Carta de *Gabriela Mistral* 7
Poema de *Rafael Alberti* 9

DIAS ROTURADOS
Poemas de la Guerra Civil
Paraguay 1947

Las palabras no cuentan 12
Elegía inicial 14
Soldados de la aurora 15
Estampa 17
Canción del combatiente 18
Presento a Tacaxi 20
Hospital de campaña 23
Todos aquí llegamos 23
La marcha de Juan Ramón 24
Rapsodia de la amistad 26
Del trigal se levanta la esperanza, hijo mío 28
Los héroes en la muerte 29
Con levedad de réquiem 30
Fraternidad del fusil 32
Ronda al castigo 34
Tuyo es el día soldado 35
Fue entonces que lo sacaron 36
Aprendiendo a ser hombre 38
Canción a un niño en retaguardia 40
¡Taninero! 42
¡Mi sangre es sangre de pueblo! 43
De regreso 46
¡Volveremos! Recuerda... 47
Canto a la libertad 48
Después del final... El corazón esperanzado 50
El sembrador caído 52
Ya en el camino... 55

RESOLES ARIDOS
(1948 - 1949)

Pase señor 60
Vértigo 61
Paisaje 63
Perro viejo 63
De moneda solar, pueblos dormidos 64
Puerto del norte 66
Surcos furiosos 68
Fulgor 68
Costas mudas 70
Río profundo 70
Canción 72
Croquis 73
Canto en el sur 74
Guitarra de sembradores 75
Las verdes copas 77
Galope en la selva 78
Campesino muerto 80
Crepúsculo 81
Solar 82
Versos a... 84
Duro quebracho 85
En los días venideros 99
Terrón de tierra 100
Ya se los ve llegar 102

DESPIERTAN LAS FOGATAS
(1950 - 1952)

Abuelos coloniales 111
Castigo 112
Arado, varón solar 114
Músico paraguayo 116
Si pudiéramos, árbol 118
Con estas mismas manos 120
Costa ferroviaria 121

Alegres éramos 123
Chirigüelo 125
Carta a Julio Correa 126
Luna 128
Mano de campesino 129
Amor sobre el rocío 130
Pequeña canción de Pascua 132
Los niños tristes 134
Paisaje en agosto 135
Llevarás, labrador, por las ciudades 136
Sequía 138
¡Lástima, lapacho...! 139
Música de rocío 140
Corteza... 142
Los desenterradores del agua 143
Tierra 145
Esposa 145
Boyero muerto 147
¡No es cierto, carretero! 148
Puerto taninero 149
¡Tu pan, pueblo mío! 150
Paraguay bajo el cielo 152
Poemas de Juan y John 157

EL SOL BAJO LAS RAICES
(1952 - 1955)

El hijo de la tierra 172
El cuerpo de la madera 172
Las raíces 173
El santero 175
Todo creció en el valle 177
Aguafuerte 179
Valeriano Méndez llega a los obrajes 180
Cara tallada 181
Conversando con José Asunción Flores 183
El cegador de alondras 185
Guitarra 186

Escrito en otoño 188
La copa de la paz 191
La pala 192
Color del alba 194
Guardamontes y botas 195
Lápida para los artistas que traicionaron al pueblo 196
Pequeña canción 198
Abrid el pecho al corazón 199
Los hombres 200
Las intrépidas lanzas 202
Nana en el alba buena 203
Otras fogatas 205
Un hombre 206
Elegía 207
Poema 209
Machete 210
La guitarra pueblera 212
¡Vedlos partir! 213
Aquí y allá 215
Chaco 216
¡A ver, muchacho! 218
El amo de los feudos 219
¿Quién va? 220
¡Es tu deber soldado! 221
Estad siempre atentos 223
La simiente 224
Elegía al polvo guatemalteco 226
Ruego al polvo guatemalteco 234

DE CARA AL CORAZON
(1955)

Canción 238
Magia 239
Aquel día... 240
Tus paseos 241
Fervor 242
Por qué 243

Conozco lo que traes 244
Transfiguración 245
Ellos 247
Así nos completamos 248
Somos únicos 249
Quisiéramos 250
Dirán 251
Ah, no temas, hermosa... 252
Hallazgo 254
Así eres 254
También vienes de abajo 256
Fuego primario 257
El beso 258
Te llevaré a los montes 260
Vestimentas 261
Nuestro lecho 262
Las sonrisas dormidas 263
Ella 265
Fuego 266
Esos días extraños 267
Extasis (Ante un paisaje) 268
Invitación 269
Músicos somos 271
Solo nos cabe ya... 272

ESTA GUITARRA DURA
(1960)

Esta guitarra dura 276
I Gesta - De nuevo, varón del pueblo 277
Dionisio Arturo Guerrero 280
Caballos 281
Casi canción agraria 283
Junto al río 285
Cuidado, Dictador! 286
Calor 288
Regresan victoriosos 288

Pilar Paredes 290
Hoy cantan los soldados 291
La piel de la misma arena... 292
¡Justicia! 294
Noche 295
Fiel arma de brillo fiero 296
Una carta 296
Quema 298
¡Juventud, mirad los héroes! 299
Calí 301
Temple 302
De bruces 303
La carabina 304
¡Yuntero! 306
En circunstancias amargas 307
La violencia que nos trajeron 308
Tributo en gloria 310
Sin respiro 311
II Recuento - Con la mano tendida 313
Arpa nocturna 314
Acorde paraguayo 315

Este libro se terminó de imprimir el 16 de mayo 1990
en la IMPRENTA SALESIANA,
Tte. Fariña 1295 c/ Cap. Figari. Tel.: 22-303
Asunción - Paraguay

He pretendido que mis libros respirasen como los hombres; que contuviesen el aliento de nuestra naturaleza encendida por su vasto espacio verde y por el verano; por eso los poblé de personajes y de árboles que cantan y de gente cuyo oficio era sentarse en mitad de la luz del mediodía o del fulgor de la luna, de guitarreros demorados bajo las ventanas para entonar sus endechas; quise que esos libros invitasen a los viajeros a detenerse y a contemplar la magia de nuestra región escarlata, y los he imaginado saliendo a las calles y andando como esos vecinos en cuyos hombros descansan las golondrinas después de un largo vuelo. Resumiendo: quise que mi obra oliese a huerta con azahares en flor, a valle perdido entre las colinas, a bosque o a persona trashumante, y que sus páginas tuvieran un color de banderas sobre los techos solitarios de los pueblos. Al fin y al cabo, yo había salido del silencio de esos pueblos y no podía vivir sino con la costumbre de llevarlos conmigo.

Elvio Romero